

Cuentos eróticos de verano

Juan Abreu, Antonio Alamo, Fernando Aramburu,
Arturo Arango, Eduardo Berti, Juan Bonilla,
Luciano G. Egido, Ramón de España, Mario González Suárez,
Enrique de Heriz, Fernando Iwasaki, Andreu Martín,
Marcia Morgado, Vicente Muñoz Puelles,
Ana Rosselli, Rafael Sender

La sonrisa vertical



Aprieta el calor, sobra la ropa, ya se vislumbra la isla paradisiaca desde la ventana del avión, se alarga la siesta, la jungla espera, el cámping nudista empieza a llenarse, no hay colapsos en Internet ni colas en los cines... Todo se confabula para propiciar la aventura erótica del verano.

¿A qué audacias nocturnas puede entregarse una turista en una ciudad donde nadie la conoce? Cuando uno no es policía, ¿qué usos puede darle a unas esposas? Donde hay dos, ¿falta un tercero? ¿Por qué es tan excitantemente peligroso que su cumplan los más inconfesables deseos? ¿Es posible sentir un frío mortal en plena canícula? Entomólogos que persiguen no precisamente insectos, nudistas obsesionados con la ropa, arquitectos perdidos en la selva en busca de la suprema excitación, coleccionistas de ombligos..., todos los protagonistas de estos dieciséis cuentos sucumben al hechizo de ese Eros que anda suelto en verano. De este modo, los dieciséis encuentros (o desencuentros) narrados en este volumen desvelan las múltiples caras de un erotismo exacerbado por el tórrido ambiente estival, que estimula al demonio depravado que llevamos dentro, espolea el deseo hasta la perdición o el éxtasis, y provoca turbadores y deliciosos espejismos.



AA. VV.

Cuentos eróticos de verano

La sonrisa vertical 119

ePub r1.1

Titivillus 14.04.16

Título original: *Cuentos eróticos de verano*
AA. VV., 2002

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Prólogo

El cuento que quizás escriba algún día

No sé si me piden este prólogo por mi cargo de director de la colección *La Sonrisa Vertical*, o por considerarme erotómano mayor del reino, como me define algún amigo. En todo caso, cumplo con mi deber no sin cierta inquietud, ya que, ofreciéndose este libro como exaltación jubilosa del verano, se supone que debería unirme con entusiasmo cálido (y nunca mejor dicho) a los gozosos relatos que transcurren entre playas, bikinis, concupiscentes oleajes, inextricables selvas, calurosos y exigüos cuartos, islas exóticas, ciudades turísticas y blanquísimas azoteas. Relatos que se desarrollan todos, en suma, durante el verano, ese periodo estival que es normalmente tiempo de vacaciones y que, a mi parecer, genera siempre el apagado estremecimiento del bostezo.

Confieso que mis ya casi olvidadas erecciones no han estado nunca provocadas por desnudeces atractivas tostándose bajo un sol que sólo me ha ofrecido sudores y melanomas cutáneos. Podría confirmar este rechazo una vieja idea, la que vertebra el cuento que quizás escriba algún día. En ese cuento, el protagonista encuentra a una hermosa mujer en el escenario de una playa nudista, y, a partir de un cruce de miradas, toda la pasión del personaje masculino se concentra en realizar denodados esfuerzos para lograr vestir a la mujer, calzarla, adornarla con toda la panoplia fetichista de la seducción, partiendo de la idea de que el atuendo es un posible generador del goce orgásmico, y para buscar un escenario alejado de la arena en que los dos se han conocido.

Pero de pronto me doy cuenta de que la aventura del protagonista de mi historia nace en una playa. Sin el ambiente veraniego nada habría sido posible. Así pues, que a nadie le extrañe que estas líneas mías precedan a la luminosidad estival de estas narraciones tórridas que disfrutarán, sudorosos o no, nuestros lectores.

Luis G. Berlanga
Madrid, marzo de 2002

Flor del Bosque
Fernando Aramburu

Tengo en mucho que tú, querido L, por ser mi mejor amigo, sepas la verdad, que es tanto como decir que te la cuento yo con mis palabras porque no hay otra persona fuera de mí que, con buena o mala intención, pueda dejar testimonio auténtico de lo ocurrido.

Que mis vecinos, al leer lo que se ha escrito de mí últimamente en el periódico, me vuelvan la espalda por la calle y anden murmurando que merezco el peor castigo estipulado en el Código Penal, me importa menos que lo que piensen aquéllos por quienes siento estima, mi mujer y tú en primer lugar. Mi mujer hace días que no se pone al teléfono. Así que hoy por hoy eres la última esperanza que me queda de encontrar quien me escuche y quien me crea.

Te ruego de antemano que me perdones si en el curso de esta confesión me excedo en los detalles. Lo cual, de suceder, será achacable en parte a la costumbre de expresarme en el estilo prolijo de los de mi profesión, que nos pasamos la vida haciendo descripciones minuciosas de esto y de lo otro, cosa que lamento; pero sobre todo se deberá a la inquietud que me causa la idea de dejar en el relato parcelas en sombra adonde pudieran acogerse algunas dudas tuyas. Las dudas son, como recordarás que nos enseñaban los frailes del colegio, el pasto de la desconfianza. Te aseguro aunque no haga falta, pero por si acaso, mi sinceridad, y empiezo.

Me hallaba a mediados de enero en una región intrincada del bosque amazónico. Corría la estación seca. La frontera de Venezuela distaba como dos jornadas de marcha de nuestro campamento, quizá un poco más. El dato importa apenas para lo que me propongo relatar. Has de saber que hay por allí población indígena dispersa, mucho peligro de alimañas y mucho incordio de

mosquitos.

A principios de mes yo había viajado por mis medios a Manaus, donde me esperaba el doctor K. D. Berg con su equipo. El equipo lo integraban, descontándome a mí, dieciséis personas, biólogos alemanes en su mayoría, además de dos franceses, un danés (que, para más señas, es quien ha ido con el cuento a la prensa) y yo. Había también un médico, una pareja de fotógrafos, cuatro estudiantes en periodo de prácticas y el grupo habitual de porteadores a sueldo.

La tarde de mi llegada ya lo tenían todo dispuesto para partir al día siguiente. Estaba previsto que remontáramos en barca un trecho del río Negro y luego nos adentráramos Branco arriba hasta donde este río se estrecha, se bifurca y, a puro de bifurcarse, termina perdiendo el nombre.

El plan consistía principalmente en establecemos por espacio de dos meses al pie de la sierra Pacaraima, en la vertiente brasileña, y explorar la zona con vistas a la confección de un catálogo de lepidópteros. El doctor Berg confiaba en descubrir especies hasta hoy desconocidas. Tenía el hombre el capricho vanidoso de tomar a su cargo el asignarles una denominación. Entre científicos, querido L, no es desusado cojear de ese pie. Convengamos en que hay vicios peores.

Pero a lo que iba. Berg es una autoridad en materia de insectos. De lo mejorcito que te puedas imaginar. Ha sido director del Instituto Entomológico de Berlín durante largos años, no me preguntes cuántos; muchos, en cualquier caso. El día que me reuní con él en Manaus me reveló que tenía empeño en hacer un buen trabajo, lo uno porque, como había recibido un estipendio sustancioso del gobierno de su país, a la vuelta debía rendir cuentas a sus protectores; lo otro porque, según me dijo sin tapujos mientras cenábamos en el comedor del hotel, a su edad aquel proyecto estaba destinado a ser el último que le habrían de asignar antes de su jubilación, ya consumada para estas fechas, supongo. A la hora de reclutar a los miembros de su equipo, había buscado a las personas más capaces. No por otra razón, añadió, estaba yo comiendo peces fritos a su lado.

Tengo que decir que al doctor Berg lo conocí hace aproximadamente dos años con motivo de unas clases magistrales

que vino a impartir en mi facultad. Dado el prestigio enorme que rodea a su persona, su presencia por fuerza había de intimidar a un profesor joven como yo, en los comienzos de su carrera profesional, al que, se mire por donde se mire, le queda, si le dejan, mucho camino por recorrer. Así que durante el tiempo de su estancia en nuestra ciudad me conformé, lo mismo que otros compañeros del departamento, con admirarlo desde una distancia prudencial; eso sí, al loro todo el rato por aquello de sacar alguna enseñanza de sus palabras, y también porque sentía grandísima curiosidad de averiguar cómo se maneja un hombre de fama internacional dentro y fuera de las aulas. Nunca se sabe... Tú ya me entiendes.

La víspera de su despedida, al término de un almuerzo de trabajo, se vino de pronto a mí y, tras cerciorarse de mi nombre, me reveló que estaba al corriente de mi libro sobre los arácnidos. Agradecí, azarado, unos cumplidos que me dirigió en voz alta. Imagínate, ¡el gran Berg dándome una palmada en la espalda delante de todo el mundo, el decano incluido! Luego pensé entre mí que quizá sus elogios no habían sido sino halagos de circunstancias, y aun recelé que tal vez el doctor Berg se había valido de mí, del primer pelanas que se le puso a tiro, para deshacerse de algún pelma que no paraba de importunarlo en otra parte del salón.

Hete aquí, sin embargo, que en octubre pasado me llevé una sorpresa mayúscula al recibir una invitación oficial de la Humboldt-Universitit para sumarme en calidad de investigador a la expedición amazónica del doctor Berg, por expreso deseo de éste. Me acometió, figúrate, una euforia tal que di mi consentimiento y me fui a vacunar sin conocer en pormenor el tipo de colaboración que de mí se esperaba ni tan siquiera la cantidad que se me había de remunerar por mis servicios.

Total, que llegué a Manaus en la fecha convenida. Pude llegar antes, pero me retuvieron en Santarém ciertos regocijos a los que me empujan con demasiada frecuencia mis debilidades de varón. Repartidos en dos embarcaciones motorizadas, subimos los ríos que te he mencionado. Venía la corriente mansa y menguada por ser tiempo de no llover.

Nos tomó desde el principio un calor horrendo, pegajoso, húmedo, arduo de respirar hasta que uno, qué remedio, se acostumbra. Vi por el trayecto restaños infestados de caimanes. Les

tirabas cualquier cosa, una botella, un limón, y al momento armaban en el barrizal una zalagarda de colas y patas y bocas abiertas que parecía como si los hubieran puesto a hervir en una olla.

Hicimos noche en un sitio que llaman Catrimani, más que nada por repostar combustible y porque Berg no quería que nos cayese la oscuridad yendo por el caudal que se iba estrechando, cargados además como íbamos con las provisiones, las tiendas de campaña y todo aquel instrumental delicado que llevábamos.

Al otro día subimos hasta Boa Vista y uno más tarde, a pie, hasta un pueblín de nombre Uraricoera, que a lo mejor no figura ni en los mapas. Allí nos esperaban unos guías con los que, tras una noche de descanso, partimos hacia el lugar donde nos pareció bien asentar el campamento.

Yo ya iba avisado de que habíamos de sufrir mucha mosca y mosquito, y por mi cuenta llevé unos frascos de linimento que me ayudaron más y mejor que una pomada con que gustaban de embadurnarse los alemanes. De atardecida extendíamos las mallas con sus focos, metíamos durante la noche centenares de insectos en recipientes de vidrio y por la mañana, a la luz del día, procedíamos a clasificarlos. Los fotógrafos cumplían su función, Berg reunía y cotejaba nuestras notas, y por la tarde, después de comer, nos tendíamos a dormir dentro de las tiendas.

De este modo transcurrieron las dos primeras semanas sin otro contratiempo que la picadura de vete a saber qué bicho que puso a la muerte a uno de los franceses. Postrado estuvo el infeliz en su colchón hinchable durante varios días con sus noches, acometido de unas fiebres y delirios y temblores que yo pensé que se nos iba sin remedio. A pique de ser evacuado al aeródromo de Boa Vista, se curó como por ensalmo de lo que fuera que tenía. Recuerdo que fue este francés quien avistó en una ocasión un jaguar; pero el jaguar es demasiado asustadizo para resultar peligroso, a menos que lo acorralen o que intenten agarrarlo como a gato doméstico. El francés no escarmentó. Cogía arañas peludas, tan grandes como la palma de su mano, y se las ponía a caminar por los hombros y la cara.

Pues bien, es el caso que una indiecita menuda y escurridiza merodeaba por las proximidades de nuestro campamento como

atraída por saber qué gente éramos. Tenía costumbre de acercarse sola hasta una distancia de entre cien o doscientos pasos. Yo esto lo sabía y lo sabían el danés y otros dos con quienes compartía la responsabilidad de una fila de mallas por la parte de un arroyo por donde la indiecita solía aparecer y mostrarse, y desde donde, en el momento de irse, nos echaba una especie de grito agudo de pájaro cuyo significado, si es que alguno tenía, ignorábamos.

No me preguntes a qué raza ni tribu pertenecía la mozuela. Comprenderás, amigo mío, que con todo lo que estoy pasando desde que el asunto saltó a la prensa me falta ánimo para meter la nariz en mamotretos de etnografía. Te diré que la indiecita llevaba consigo las más de las veces una calabaza seca y hueca, similar a una pera grandota, de la cual bebía, y una cerbatana de carrizo. De esto último deduzco que andaba también a la caza por aquellas espesuras. Quizá nos miraba con algo de prevención por juzgar que con nuestra presencia y nuestras voces le espantábamos los animales, y aun puede que por encargo de los suyos nos estuviera vigilando. Una mañana la llamamos y huyó; otra, uno de mis ayudantes y yo tratamos de atraparla, no más que por verla de cerca y conocerla, pero fue en vano.

La indiecita era baja de estatura, ancha de rostro, con poca y chata nariz, los ojos rasgados, muy oscuros, y la tez tostada, tirando a cobriza. Llevaba la barbilla y los carrillos, de suyo sonrientes, pintados con unas dedadas verticales como de bermellón. Tenía los cabellos largos hasta el arranque de la espalda, lisos y negros como es propio de los nativos de la Amazonia. Le calculaba yo menos de veinte años. Andaba casi en cueros, las téticas al aire, el culito que era un poco como de chiquilla, sin la anchura demasiada que van dejando los años y los partos, y todo lo demás también a la vista salvo la entrepierna, que se cubría con un trenzado de cortezas.

A mí la mozuela, durante un tiempo, se me figuró una curiosidad entre tantas que adornan la selva. No le daba yo al principio mayor importancia que la que me merecían los monitos de los árboles, con perdón. Pero poco a poco me fui aficionando a mirarla. Y pues que era joven y, a su modo, hermosa, y no voy a negar que alegraba la vista como una orquídea en el apogeo de su floración, se me encendió un apetito muy fuerte de gozarla. Luego mi apetito derivó en desazón, atizada de continuo por la falta de

consuelo sexual que me apretaba en aquella floresta innumerable.

Te confieso, querido L, amigo entrañable, y es la pura verdad, que mis padres al engendrarme no sé qué pisto de genes embutieron en mi persona que he dado en tener una naturaleza difícil de gobernar, a tal punto que, si me forzaran a elegir, te juro que antes me abstendría del comer y del beber, por muy necesarios que resulten para la subsistencia, que de regalarme con los deleites pasajeros de la carne.

Tardes hubo en que, habiéndome vencido el sueño, se vino la indiecita a dormir conmigo dentro de mi fantasía. Se escurría sigilosa bajo mi cobija y al punto me cumplía de muy buen grado ciertas imaginaciones de varón que de fijo sobreentiendes. Lo hacía con la misma agilidad que mostraba en todos sus movimientos, y al llegar la hora de acostarme más de una vez me levanté mojado de mis poluciones. Un domingo bajé de urgencia al pueblo de Boa Vista para desfogarme.

A la mozueta, por lo linda y lozana, le puse de nombre, en mis conversaciones solitarias, Flor del Bosque. Ya sé que suena cursi, querido L, pero ¿quién me oía susurrarlo?

Una tarde, en que más me hubiera valido echarme a dormir junto a los otros, divisé desde la entrada de la tienda de campaña, por los prismáticos, a la indiecita subida a un árbol. Sólo de verla se me vino a la boca una sonrisa. Al pronto me escamó su postura. Juraría que se andaba satisfaciendo en cucullas con un fruto del yeyo, que es, para que te hagas una idea, un a modo de pepino de un dedo de grosor y cáscara lisa, rematado en una protuberancia por donde suele desparramar, cuando está maduro, las semillas que se apiñan en su interior. Cuelga por racimos de las ramas. No hay sino verlo para que a uno se le represente en sus pensamientos la forma del miembro viril, a tanto llega la semejanza. Yo ignoraba entonces que los indios y las indias hacen uso medicinal del yeyo. Es probable que, contra las conjeturas que me inspiraba el rijo, la indiecita estuviera curándose alguna llaga o acaso aliviándose de una mala menstruación, aunque a mí me pareciese otra cosa.

Se apoderó a este punto de mí (nota hasta qué extremo me derramo en sinceridad) grandísimo deseo de vivir un lance como aquellos que me hacían tan grato el dormir por las tardes; se entiende, claro está, que con la conformidad de Flor del Bosque, ya

que por mucho que me domine la lujuria detesto a muerte el obligar a las mujeres a lo que no quieren. Sobre esta cuestión, que tan directamente me afecta ahora, envié días atrás una carta al periódico, pero no la han querido publicar.

Confiado en que mis compañeros reposaban dentro de las tiendas, junté una brazada de pertenencias mías con objeto de ofrecérselas a Flor del Bosque a cambio de su simpatía. Determiné confitarla con una de mis cantimploras de aluminio, así como con unas latas de refresco, un llavero y otras futesas similares, todas brillantes y metálicas.

Cargado con ellas me dirigí hacia su árbol sin mirar de frente a la indiecita, sino nada o a lo sumo con el rabillo del ojo para que no cobrase recelo ni temor. Y por el trayecto fui pisando las ramas del suelo con intención de que crujieran, de manera que Flor del Bosque se percatase de que no me acercaba a ella con mañas de cazador. No sabía yo que para entonces ya estaba el danés observándome por detrás con sus prismáticos.

Andando mi camino de la manera más tranquila que puedas imaginarte, topé delante de su árbol un brazo de agua rojiza como de cinco metros de ancho sobre poco más o menos. Como no se atisbase el fondo, supuse que no me quedaría más remedio que cruzar el arroyo a nado. Soy buen nadador, tú bien lo sabes. Sentía, sin embargo, cierta aprensión por aquello de que en la selva amazónica las fieras más voraces se esconden dentro de los cauces y, la verdad, nada me apetecía menos que un mal encuentro con un reptil o con un remolino de pirañas.

Consideré apenas un segundo la situación; vi el agua remansada; vi que la distancia era poca y el premio tal vez mucho. El instinto y el apremio, conchabados, derrotaron sin dificultad a la prudencia, y como no barruntase peligro ninguno resolví ganar la orilla opuesta, confiado además en que el chapuzón me había de servir de baño refrescante.

Ya me había descalzado, ya estaba en paños menores, ya alargaba el primer pie hacia el agua cuando Flor del Bosque dejó caer su yeyo al centro del arroyo. Al punto se formó en derredor un hervor de yareiros. Entreví sus fauces negruzcas, las hileras de agudos dientes, las colas espinosas que salpicaban con una furia de cuchillos. En un amén desapareció el yeyo de la superficie; poco

después el agua recobró su traicionera quietud. El corazón me golpeaba con fuerza dentro del pecho. «¡Dios mío!», pensé, «¿qué habría sido de mí si hubiera llevado a cabo mi propósito!».

Luego alcé los ojos, distinguí en una rama alta la mueca risueña de Flor del Bosque. Se acuclilló la mozuela y sin vergüenza de que yo la viese, sino con manifiesta candidez y nada de malicia a mi entender, se introdujo un yeyo en la rajita, primero de un extremo y luego del otro; y tras mostrármelo de nuevo lo tiró al agua, donde los yareiros dieron cuenta de él a su modo frenético. Comprendí entonces que la mozuela humedecía el yeyo con su flujo por que lo devoraran los yareiros, que son de suyo carnívoros. Y comprendí también, con una mezcla de asombro y agradecimiento, que la linda indiecita, la orquídea de mis sueños, mi Flor del Bosque, acababa de salvarme la vida.

Sintiéndome por ella aceptado, cosa que el danés no podía percibir desde lejos, tendí la mirada en todas direcciones por ver de hallar un tronco que me sirviese de pasarela. Por azar reparé en que una de las ramas de un árbol que se alzaba a mi costado, gruesa como para aguantar sin quebrarse a un hombre de mi tamaño, se cruzaba a una altura de siete u ocho metros con otra del árbol de los yeyos en que estaba encaramada la mozuela. Me desprendí sin tardanza de las dádivas arrojándolas a la otra orilla del arroyo. Luego empecé a trepar el árbol aun a riesgo de romperme las uñas, bien cierto del peligro que corría de desplomarme y acabar mis días repartido en las entrañas de las fieras acuáticas.

No poco a gusto se reía Flor del Bosque de mi torpeza. ¿Te acuerdas de la cucaña que ponían por San Juan, cuando éramos niños, en la plaza de nuestro barrio? ¿Y de los chavales que se partían el alma por subirla hasta la punta y una y otra vez resbalaban de vuelta a la base? Pues algo parecido me sucedía a mí, con la diferencia de que el árbol no estaba engrasado, sino que por falta de asideros no atinaba yo a sujetarme. No me desanimaron las tentativas fallidas. Era tan intenso el deseo de llegar me hasta Flor del Bosque que, arañándome los brazos y las piernas, desollándome las rodillas y con las yemas de los dedos descarnadas, conseguí aferrarme después de un rato a la primera horquilla. De ahí hacia arriba la sucesión de las ramas facilitó mi empeño, de modo que sin grandes fatigas pude alcanzar la que valía para pasar al árbol de mi

linda amiguita.

Se hallaba entonces Flor del Bosque en una altura inferior, agazapada en el naciente de una rama. De pronto, sin cambiar la expresión jovial de su rostro, comenzó a lanzarme yeyos, no sé si con intención de ahuyentarme o por juego. Los tiraba con tanta fuerza como tino, de suerte que me alcanzó varias veces en las piernas y en el vientre. Lo celebraba con risas tan angelicales y tan graciosas que yo, por que durasen, prefería no sortear los proyectiles, aunque dolían.

Cuando llevaba disparada obra de una docena de yeyos, intercepté en el aire uno que me venía derecho al ojo. Se conoce que mi acción debía de tener algún sentido ritual para los de su estirpe, pues es el caso que la mozuela se quedó de repente rígida y seria y como anonadada, y al fin, poniéndose de pie, se inclinó en una especie de reverencia o vete tú a saber.

Temeroso de haberla ofendido, le dirigí desde mi rama unas palabras afables en idioma portugués, acompañadas de suaves y apacibles ademanes. No las entendió. Quizá no las supe pronunciar como es debido, quizá no estaba ella instruida en la lengua mayoritaria del país. Sin el socorro del lenguaje me parecía harto difícil sondear su disposición hacia mí, llenarle los oídos de galanterías y ternezas, manifestarle mi pasión y, en suma, seducirla.

¿Qué hacer? ¿Declararle mis aspiraciones mediante una monería obscena? ¿Remedar como un tosco camionero a las puertas de un burdel de carretera los meneos de la cópula a fin de que no hubiese duda sobre la clase de esperanza que me había llevado hasta allí? La idea de conducirme igual que un hombre bruto me repugnó. Miré un instante dentro de los ojos tiernos de Flor del Bosque en busca de una salida a mi desconcierto, y después, decidido a no escatimarle respeto a la mozuela, imité su reverencia de hacía unos instantes. Ella me correspondió visiblemente complacida. Entre sus labios sonrientes asomó la dentadura blanca; luego despuntó, como impelida por la risa, la punta de la lengua, que, asustada tal vez de su atrevimiento, enseguida volvió a ocultarse. Créeme, querido L, que aquel gesto al parecer involuntario enardeció mi deseo hasta extremos que no son del dominio de la cordura. Por un momento llegué a pensar que yo no estaba allí, encaramado al árbol, sino dormido y soñando como cada tarde en la tienda de campaña.

Opté a este punto por desprenderme de la única prenda que me cubría, en la confianza de que a la vista de mi desnudez Flor del Bosque tomase algún partido. O bien mostraba a las claras su rechazo marchándose deprisa por donde había venido, quizá después de atacarme con su cerbatana, o bien se quedaba en su lugar, lo que para mí equivaldría a una invitación a acercarme. Como quiera que ocurriese esto último, determiné pasar sin demora de mi árbol al suyo, extremando, claro está, las precauciones, pues malditas las ganas que tenía yo de darme de merienda a los yareiros.

La rama, como te he dicho, era consistente y a propósito para desplazarse por ella. La hubiera atravesado resueltamente de no existir abajo la amenaza de los monstruos carniceros. Los suponía al acecho en el fondo borroso de las aguas rojizas. Recorrí bien abrazado, no te vayas a creer, cosa de dos metros, raspándome el pecho y los muslos con la áspera corteza.

La rama, al adelgazar, empezó a inclinarse ligeramente bajo mi peso. Traía yo previsión de que así habría de suceder y, por lo tanto, no me asusté. En aquel momento, te lo juro, hubiera hecho un pacto con el demonio para cambiarle mi alma, si es que tal órgano tengo, por la destreza de un simio arborícola. ¡Con cuánto gusto habría sido yo mono por espacio de unos pocos segundos! En dos brincos me hubiera puesto como si nada en el otro lado.

Así pensando, entendí que para alcanzar el árbol frontero me convenía colgarme no más que de las manos. Sin otra sujeción seguí avanzando hasta cerca de donde una y otra rama se juntaban. Fugazmente vi mi silueta reflejada en el arroyo. Formaba yo desde luego una figura ridícula con mis blancuzcas carnes europeas, el miembro oscilante y el trasero fondón de los que se pasan las horas sentados a un escritorio. Pero me daba igual, pues estaba convencido de que nadie me miraba. Todo iba como quien dice a pedir de boca. Mis brazos se mostraban firmes y seguros; los racimos de yeyos pendían cada vez más cerca; libre de temor, me alentaba el convencimiento de que estaba a punto de consumir una bella, maravillosa, inolvidable experiencia.

Hacia la mitad del trayecto llamó de pronto mi atención un susurro de hojas agitadas. Enderecé la mirada, vi entre estupefacto y divertido que Flor del Bosque venía con mucha agilidad a mi

encuentro, suspendida de la rama de su árbol. Traía un yeyo pinzado con los dientes. Le rogué en mi idioma que retrocediera. De sobra me figuraba que la dulce muchachita no entendería mis palabras; pero supuse que acaso el tono de mi voz le alumbrase el entendimiento, según ocurre a menudo con los perros, que, sin saber lo que les dicen, atienden y obedecen.

En un instante nos hallamos los dos colgados cara a cara. Se quedó ella quieta, como cediéndome la iniciativa. Bien que me tentaba estrecharla contra mi pecho; pero me detenía la certeza del peligro que aparejaba soltarse siquiera de una sola mano. Por resarcirme me deleité en su cercanía, en la sonrisa parada en el canto de los labios, en el suave calor de su cuerpo esbelto, en sus pupilas atentas donde podía ver mi semblante reflejado como en un espejito. Yo no recuerdo haber vivido nunca un momento de dicha más intensa.

Al punto advertí que Flor del Bosque se sentía fascinada por mi barba. La escrutaba con detenimiento y acaso con un punto de temor. Esto último lo creo así, querido L, porque no se atrevió a tocarla sino con la punta del yeyo, como quien se recata de pasar la mano por las hojas de una planta urticante.

En ese intento se produjo un primer roce de las rodillas, de los vientres, así como de sus pequeños pechos con el mío. Su juventud sin picardía me encandiló. Igual que una chiquilla enfrascada en un juego inocente, rodeó mi cintura con sus piernas. Me envolvió de sopetón una profunda vaharada femenina. Discerní el propósito de la mozuela no bien hubo encajado el yeyo en mi boca y, cautelosa, tocó mi barba con la planta de uno de sus piececillos. Enternecido, me tomó la risa y a ella también, para que luego venga el imbécil del danés diciendo lo que ha dicho.

Al deshacer la postura, las nalgas de Flor del Bosque descendieron hasta rozar como al descuido la mismísima punta de mi excitación. Faltó muy poco para que la mozuela se ensartara por sí sola.

El calor apretaba de lo lindo. Toda la selva a nuestro alrededor parecía sumida en un silencio expectante. En mi vida he sufrido tanto de no poder gozar a mis anchas. Tenía, como quien dice, a la mozuela a mi entera disposición y, sin embargo, no me era posible estrecharla entre mis brazos. ¡Si la hubieras visto: confiada, alegre,

tan cerca su cara de la mía que yo no me cansaba de respirar el aire que espiraba por la boca!

Retrocedí con esperanza de atraerla hacia lo más grueso de la rama; pero no me siguió. Antes al contrario, torció el morrito como pensando que me iba. Así que volví sin tardanza a su lado, y esta vez no tuve empacho de apretarme a ella con idea de que notase en el vientre la dureza de mi hombría. De nuevo su sonrisa avivó mis ilusiones. Doblé entonces las rodillas a fin de ofrecerle mi regazo como asiento. Entendió ella al parecer que le proponía un juego e imitó mis movimientos con ligereza y gracia que a mí sin duda me faltaban.

Después, en la creciente desesperación que me imponía el deseo aplazado, alargué las piernas por trabar a la mozuela de la cintura como ella había hecho conmigo poco antes. Pero lejos de permanecer inmóvil, también extendió ella las suyas, de modo que quedaron las cuatro extremidades enlazadas en el aire. Como percibiese que tenía Flor del Bosque apoyado el lomo sobre mis empeines, me valí de mi fuerza para levantarla. Se ladeó a este punto la faldilla de cortezas. Quedó al descubierto la mata de pelo crespo cruzada por unos labios entreabiertos y morenos. Mientras mis piernas resistieron el esfuerzo me entregué a comerme aquella dulce rajita con los ojos. Mejor me la hubiera comido de otra forma si no me lo hubiera vedado la incómoda postura.

Rendido de voluptuosidad, me solté de la mozuela y, liberando una mano, me atreví a tentarle entre las ingles. No se resistió. Yo quise más. Bien sé que no debí; pero me confundió el que Flor del Bosque abriera resueltamente los muslos a la llegada de mis dedos. Uno le introduje, no sé cuál, te juro que sin violencia, sino con pensamiento de que la dominase igual que a mí la necesidad del placer.

Ella se percató entonces de que yo ambicionaba otra cosa distinta de aquellos juegos y risas en el árbol. Al instante reculó hasta alcanzar su rama. Apenas se hubo colgado de ella, profirió un gemido breve a tiempo que se detenía. Se volvió a mirarme. Había en sus ojos negros súplica y espanto. Me pinchaba en el pecho una culpa grande y le pedí perdón con palabras que para ella nada significaban. Algo musitó entrecortadamente en su idioma, como si me contestase. Su rostro bello se había aquietado en una mueca

crispada de terror.

Vi de súbito una hormiga que atravesaba rauda su frente. Un segundo después eran diez, treinta, tres mil hormigas salidas de yo no sé dónde que le bajaban por los brazos y los cabellos hasta cubrirle en poco tiempo el cuerpo entero. Hice amago de acudir en su socorro, pero no fue posible llevar adelante mi buen propósito. El árbol de los yeyos estaba infestado de una turbamulta de hormigas. Ya una primera hilera trataba de pasar a la rama de la que yo me suspendía. Flor del Bosque emitió un agudo chillido. Después cayó al arroyo. Oí el salpicón, los coletazos en la superficie del agua, pero no quise mirar.

Por la noche el doctor Berg, en el curso de una conversación que sostuvimos a solas, me aseguró que en principio no había razón ninguna para creer que mi versión de los hechos no fuera cierta. Con eso y todo, consideró que mi presencia en el campamento perjudicaría seriamente el proyecto, por lo que juzgaba preferible que me volviese cuanto antes a mi país. Me prometió discreción y que hablaría en privado con el danés, que era quien le había ido con cuentos raros, para que el asunto no trascendiese a la prensa de nuestros respectivos países.

Me vine, claro está, a partido. Eso sí, para despejar dudas solicité que todos los miembros de la expedición supiesen de mi boca lo ocurrido. Berg, comprensivo, mandó que se reunieran en torno a la hoguera del campamento. Delante de todo el equipo insistí en que mi encuentro con la muchacha india había sido fruto de una decisión voluntaria de ambos. Aseguré con lágrimas en los ojos que un ataque de hormigas voraces había desencadenado de manera inesperada el trágico accidente, que no había mediado agresión ni abuso ninguno por mi parte y que me sentía profunda y verdaderamente afligido. Les juré por lo más santo, primero en inglés y luego en mi alemán imperfecto, que no había habido posibilidad ninguna de ayudar a la pobre muchacha. Y para certificar mis buenas intenciones, me ofrecí a referir el caso personalmente a la policía brasileña.

Noté que mis palabras eran acogidas con gesto aprobatorio por la mayoría de los compañeros. El danés, con la mirada clavada en el fuego, guardaba silencio; pero, en cuanto llegó a Europa, le faltó tiempo para levantar contra mí las calumnias que ya conoces. Me

han dicho que incluso habló en televisión.

Hannover, febrero de 2002

Invitemos a Mariela
Arturo Arango

El apartamento, ubicado a cinco o seis cuadras de la oficina, era de lo más cómodo a que podíamos aspirar. La dueña era amiga de una amiga de Elvira y cobraba lo habitual por el cuarto: veinte pesos la hora si sólo se usaba el ventilador; treinta, si se encendía el aire acondicionado.

Pero el principio de esta historia no debe ser el momento en que Elvira me dijo «Ya tenemos dónde ir, di tú qué día te conviene», tocándome otra vez delante de todos, haciendo que la oliera, mirándome, la lengua rozando sus labios, tan procaz, tan, cómo no decirlo, puta. El principio fueron esas miradas de Elvira, tal vez también las mías, no sé. Hubo siempre entre los dos una manera de jugar que, al menos en mi caso, en un inicio fue tan inevitable como inocente. Me divertían sus respuestas, su afán por acudir siempre a salidas que parecieran más inteligentes que las mías (su risa de triunfadora, «No sé para qué me buscas la lengua si al final te pones colorado»). Aquellos escauceos me aliviaban las horas de oficina, los papeles interminables, el mal humor de los clientes. Quiero explicarme: no pretendía acostarme con Elvira. Me gustaba (a todos nos gustaba: alta, flexible a pesar de sus treinta y cinco, radiante aún en sus días de mal humor), pero no era mucho lo que podía ofrecerme esa vida tan distinta de la mía (¿qué tenía que ver yo con el brillito con que Elvira se decoraba las uñas?).

Fue un mal chiste lo que provocó lo que estoy llamando, quizás equivocadamente, el comienzo. Era tarde, ella entró en la oficina buscando unos papeles que había extraviado. Faltaba acaso un minuto para las cinco, afuera los demás se arracimaban en torno al reloj que nos libera, yo debía acabar un contrato que había comprometido para el día siguiente. Elvira salía y entraba, apenas sin mirarme, demasiado interesada en sus papeles perdidos, en el reloj, en la puntualidad de su marido, que siempre, a las y cuarto,

hacía sonar desde la calle la musiquita de su claxon para que ella saliera corriendo, taconeando, un beso por la ventanilla, una mano en adiós a los que quedaban en la acera. No sé qué andaba descompuesto en su alma ese día que hizo que me creyera. Le dije que había visto sus papeles tirados en el piso poco antes de que pasara la empleada de la limpieza. «No puede ser», me dijo, sin una pizca de desconfianza, y se derrumbó en una silla, las manos en el rostro. Lloraba.

Antes de pedirle perdón, de darle un beso en la frente, la abracé, con fuerza. Yo de pie, ella sentada aún, ahogada en sollozos, encontré una ternura imprevisible, que le desconocía (¿y no son esos descubrimientos súbitos, esas iluminaciones, lo que nos aproxima más a nuestros semejantes? ¿Y no está allí también el fundamento de esas ilusiones que, opacado su esplendor, luego nos resultan inexplicables?). Elvira se abrazaba a mí, yo pasaba mis manos por su cabeza, tocaba la tibieza de su nuca, le pedía perdón, le rogaba que se calmara. Afuera sonó la musiquita de su marido. «Ay, coño», dijo ella, y me separé, un poco avergonzado, temiendo. Elvira recogió su bolso, se miró en un espejito, rectificó malamente la pintura que las lágrimas habían diluido. «Total», dijo, y me miró, como descubriendo que yo estaba allí, que era yo quien la había abrazado. «Gracias», y me besó, en los labios. Dio unos pasos hacia la puerta, miró, sonriendo ya, hacia el bulto que latía en mi entrepierna, «No vayas a salir así».

No importa lo que pensé esa noche, lo que esperaba. Imagino que padecí esa felicidad fugacísima que sigue a una conquista (a lo que se pretende una conquista). En todo caso, supongamos que mi ego latía con la misma intensidad que mi sexo: el uno satisfecho, el otro esperando serio. Pero ahora quiero apresurarme, llegar de una vez al cuarto que alquilaba la amiga de la amiga de Elvira. Me queda por contar que tramé una frase, que la pronuncié como una parodia: «Ayer tu perfume me enloqueció». Yo estaba detrás de ella, en la cola del almuerzo, y dio un paso hacia atrás, su cuerpo pegado al mío, «Es para ti, disfrútalo», sin pretender parodiar mi parodia, conmoviéndome. Y luego, a las cinco otra vez, mientras los demás corrían hacia el reloj, me dijo «Ven», la seguí al despacho del jefe, que estaba de viaje por las provincias, pasó el seguro a la puerta, nos besamos. En la oficina del jefe había un buró, archivos, la

simulación de una salita. Me senté en el sofá tapizado en damasco, me abrí la portañuela. «Bésala», le pedí. Me la tocó. El brillito de sus uñas fosforesciendo sobre la piel de mi glande. «Ven, acuéstate», le dije. «Se mancha», respondió, «en las oficinas se singa de pie». Me dio la espalda, se subió la saya, se inclinó sobre el buró del jefe.

Lo único que me gusta de las mujeres altas es que se pueden coger de pie sin demasiado esfuerzo. Las nalgas de Elvira eran mejor que todo lo que hasta el momento había visto de ella, y los diez minutos que nos quedaban antes de que el esposo nos interrumpiera con su algarabía me permitieron besárselas, separárselas con la lengua, humedecer el anillo del culo que, creía yo, era lo que me estaba ofreciendo. Cuando la fui a penetrar, Elvira se separó un poco del buró, se paró en puntas, flexionó su cuerpo hasta tocar el piso con las manos, las piernas tensas, los muslos unidos. El sexo, rosado, flamígero, se abrió, inexcusable. Ardía por dentro, estrecha aún, palpitante. «Singas rico, papi», me dijo, mientras recogía con una de las servilletas del jefe los restos de semen que habían caído al suelo.

Que Elvira me llevara al despacho del jefe, me dijera «Se mancha», indicaba no sólo audacia, sino también sabiduría. Imaginar que el jefe (algún jefe: el que teníamos entonces estaba de estreno) la había iniciado en aquellos menesteres se convirtió en un incentivo más para mi excitación. El alcance de mi herejía se multiplicaba: había un marido, un espacio, una jerarquía profanados. El jefe se demoró una semana en regresar a su puesto («Si tiene buen olfato va a darse cuenta», le decía yo a Elvira quien, a su vez, se había ocupado de reponer las servilletas gastadas), y cada uno de esos cinco días laborables puedo contarlos como si fuera uno solo: la puerta, el seguro, el beso, mi sexo y sus nalgas al aire, el otro beso, negro, la lengua (humedeciendo ahora también los labios nacarados, disfrutándolos), la gimnasia. Un día le pedí que me diera el culo. «Aquí no», me dijo, «que me gusta mucho, y grito».

Ya dije que el jefe era nuevo, y a los jefes nuevos les gusta trabajar (o hacer ver que trabajan). El nuestro llegaba antes de las ocho, luego se perdía («Voy de recorrido», decía a la secretaria, en voz alta), y regresaba poco después de las tres. Cuando se acercaban las cinco yo comenzaba a vigilar con impaciencia la puerta de su

despacho. Elvira, desde su puesto, me miraba. «Qué ganas», me decían sus labios. Y yo me ponía de pie, le hacía ver los latidos que me acosaban. Al tercer día de abstinencia habíamos desplazado nuestros juegos a las ocho horas de trabajo y a todos los ámbitos de la oficina. Era delicioso, pero insuficiente.

No me gusta relacionar el sexo con la palabra vicio. No soy un moralista, pero no tengo más remedio que reconocerlo: Elvira, esa extraña, amorfa relación con Elvira se me había convertido en una adicción. Y una adicción es malsana, porque ata, irremisiblemente. Yo advertía que toda mi vida, todo el sentido de mi vida, se reducía a Elvira, a mis juegos con Elvira (acaso porque no existía otra compensación en eso que entonces era mi vida). El vicio, además, crea en nosotros el miedo a perder el objeto que nos proporciona tal placer (tal atadura), y provoca la fantasía de que sólo la satisfacción absoluta de aquello que nos domina podrá liberarnos. En este último punto, al menos, Elvira y yo estuvimos de acuerdo: o nos acostábamos, o nos volvíamos locos (y yo, que vivía agregado en la casa de mi hermano menor, no tenía un espacio que ofrecerle).

Reconozco en ese «al menos» una precaución, una reserva. Nuestro jefe declaró la urgencia de un trabajo para el que la colaboración de Elvira le era imprescindible y, una vez que ocurría su regreso por las tardes, se encerraban juntos, bajo la orden de no ser interrumpidos. Mi desasosiego fue incontrolable. Me parecía ridículo sentir celos y, para consolarme, trataba de estimularme con lo que podía estar ocurriendo dentro del despacho, sobre el sofá tal vez (el jefe tendría el derecho de mancharlo), y entonces aguzaba el oído para tratar de descubrir un quejido, un suspiro, me decía que debía de ser para mí muy excitante imaginar a Elvira desnuda (en rigor, yo aún no la había visto desnuda). ¿Eran celos lo que me atormentaba? ¿Puede hablarse de celos cuando está ausente no sólo el amor, sino cualquier otra forma de afecto? ¿Cómo llamar a esa manifestación del egoísmo que aparece cuando únicamente nos une con la otra persona el lazo delicioso, arrebatador, del sexo?

Afortunadamente, la amiga de Elvira conocía a una señora, el apartamento nos era cercano, el precio resultaba aceptable y el comienzo de las vacaciones del verano ayudaba a relajar eso que llaman la disciplina laboral. (Pero ¿es éste en verdad el inicio de la historia? ¿Importan tanto Elvira, esos días enloquecidos? ¿O fueron

un accidente, un pretexto, la vía que el destino usó para que llegáramos a Mariela?).

Mientras mi amante se desnudaba me detuve en los muebles que ocupaban el cuarto. Había una cama amplia, vestida con sábanas de blancura impecable, dos mesitas de noche, un clóset, una cómoda. En una de las mesas de noche había una grabadora, y varios casetes de esa música que los locutores radiales presentan como romántica se ofrecían como parte de las atenciones de la casa. Sobre la otra, un búcaro humilde, un girasol plástico, un cenicero. El ventilador descansaba sobre la cómoda. Me acerqué a encenderlo. Las maderas ocultaban su humildad tras un barnizado impecable, reciente. Me detuve a ver la galería de fotos que era exhibida bajo el cristal. Estábamos, obviamente, en el cuarto de una adolescente. O, al menos, las imágenes que estaban allí se detenían en los quince, dieciséis años de una muchacha delgada, de mirada pudorosa, muy blanca, el pelo siempre cortísimo, pechos generosos.

La desnudez de Elvira, perfecta para mi gusto, no pudo atenuar el desencanto de aquella primera cita. Yo iba con la ilusión de penetrarla contra natura: estaba aquella promesa implícita desde la primera vez, y, además, eso era, pensaba yo, algo que el jefe no habría podido hacerle en la oficina (si es que hacían algo más que preparar el informe anual de nuestro trabajo). Elvira se negó rotundamente, alegó hemorroides, no estar preparada, me hizo escuchar voces que conversaban fuera, en la sala de la casa («Si grito, después con qué cara salgo de aquí»). Pero más que esa obsesión que reconozco absurda, y que me acosa cada vez que inicio relaciones con una mujer («Tienes alma de bugarrón», me decía mi primera esposa), lo que me faltó esa vez, lo que me hizo desperdiciar no sólo la belleza sino también la avidez, la voracidad de Elvira, fue la falta de encanto. Sin trasgresión no hay encanto. Encerrarnos en el despacho del jefe, jugar a buró a buró, había sido insatisfactorio (¿lo había sido, realmente?), pero en aquellas prisas, amenazados por la llegada del esposo de Elvira, mi corazón había latido de una manera que ahora me faltaba. Y escapamos esa mañana, pretextar obligaciones fuera de la oficina cuando las vacaciones del verano alejaban del trabajo a todos los que tenían hijos que atender, había sido demasiado fácil, y seguro.

Por fortuna, Elvira no se dio cuenta (o simuló no darse cuenta)

de mi desencanto. Cumplidas las dos horas, bañados ya, vestidos, maquillada ella, me pidió un último beso, que la abrazara, que la besara. Parecía, más que el animal erótico de siempre, un ser desamparado, y comencé a temer que llegara a enamorarse de mí. Al salir del cuarto, me pidió que la mirara bien, «¿Se me nota la cara de bien singada que tengo?», me preguntó, y reímos. Esa complicidad era lo que más podía agradecerle.

Afuera la sala estaba vacía. Tosí, tosimos. Tal vez la señora, que nos había recibido con una profesionalidad impecable (silenciosa, seria, nos dio los buenos días, nos mostró el cuarto como una auténtica mucama, sin hacer ni uno solo de esos comentarios procaces a los que otras, en su situación, se ven obligadas), tal vez, decía, nos había dejado a solas, en una muestra de confianza realmente excesiva para los tiempos que corren. Me disponía a dejar los cuarenta pesos sobre la mesa de centro, cuando oímos un rumor de cortinas. La adolescente de las fotos apareció ante nosotros. Tenía, en efecto, no más de dieciocho años, y sus ojos, hermosísimos, estaban ocultos tras unos espejuelos pequeñitos, que parecían diseñados a propósito para su rostro. En su mano traía un libro, como si hubiera estado estudiando. Le entregué el dinero, y me pareció que se ruborizaba. «Hasta la próxima», nos dijo cuando salíamos. Yo me volví a mirada. Sonreía. Me sonreía.

«Se llama Mariela», le comenté a Elvira una semana después, frente al diploma que se exhibía también bajo el cristal de la cómoda, y que yo no había descubierto en nuestra primera visita. Tal vez porque las miré de otra manera, o porque en esta oportunidad Elvira se unió a mi observación, pero no sólo el diploma me pareció nuevo, sino también algunos retratos en los que era difícil no haber reparado antes. En especial uno, tomado en la playa. Mariela estaba sentada en una tumbona, los pechos espléndidos apenas contenidos por la pequeñez del bikini, la mirada detenida en un mar tranquilo. Era, a no dudarlo, una foto muy reciente. Y descrita de la manera en que lo he hecho, podría pensarse en una pose ingenua. Sin embargo, tanto a Elvira como a mí nos pareció que se manifestaba en ella un extraño talento para la provocación. A la mirada serena la acompañaba una sonrisa que, de seguro, estaba destinada al autor de la foto, y que era incitante, agitada. Aunque el encuadre se limitaba a la cabeza y el torso,

podía verse una pierna cruzada sobre el brazo de la tumbona (las piernas, entonces, estarían groseramente abiertas). Delicadeza, vulgaridad, ensoñación estaban mezcladas en aquella imagen.

Comentamos Elvira y yo, acostados ya, acariciándonos, la frase con que la muchacha nos había despedido. Al comedimiento mostrado por la madre se le oponía ese «Hasta la próxima», que podíamos entender como una invitación al regreso, o como la evidencia de que había estado al tanto de nuestros juegos, y que se sentía, aun desde fuera, partícipe de ellos. Especulamos acerca de cómo habríamos actuado nosotros mismos, a esa edad en que el sexo puede ser la única obsesión, el único motivo de placeres y angustias, si nuestras familias se hubieran visto en la necesidad de alquilar un cuarto (nuestro propio cuarto) para ganarse unos pesos adicionales. Ambos estuvimos de acuerdo en que nos habría resultado insoportable la presencia de una pareja (de sucesivas parejas) sobre el colchón en que habríamos de dormir esa misma noche.

«¿La complacemos?», le pregunté a Elvira. «Hazme gritar», me pidió. Si vaya ser sincero (¿es alcanzable la sinceridad?, ¿es posible, alguna vez?), debo dejar a un lado la modestia. Me gusta tanto mamar, que mi goce sólo es inferior al de la mujer que está conmigo. Mi boca ha aprendido a reconocer, a registrar, sobre todo a encontrar. Soy minucioso, y paciente, y en pocas otras actividades mi intuición trabaja tan bien como cuando estoy en el trance de mamar. Mi lengua y mis labios actúan como seres autónomos, y rozan, palpan, absorben, penetran. Mis dientes y mi nariz ayudan. Los primeros muerden, o sirven de sostén a la lengua cuando ella comienza a fatigarse. La nariz frota el clítoris si la lengua entra por ese conducto ya empapado, abierto, anhelante. A veces me gusta mirar la piel que de rosada se va tornando más oscura, hasta llegar a un morado intenso, luminoso (y ver también el vientre que se contrae, el ombligo que se hunde); otras, cierro los ojos, voy perdiendo la conciencia, la noción del tiempo. Elvira gritó. Me pedía que se la metiera ya, me decía que no podía más, al tiempo que, cuando mi lengua dibujaba espirales en torno a su clítoris, me imploraba que siguiera haciéndolo, y se le escapaban unos ayes que debían estar resonando en los oídos de Mariela, excitándola a ella tanto como a mí mismo (porque si bien ella no tenía a su alcance

las delicias de aquella piel que yo tocaba, sí poseía a su favor el incentivo de la clandestinidad, el saberse una espía, una fisgona). Una mordida llevó a Elvira al orgasmo, y cerró las piernas con tal fuerza que estuvo a punto de estrangularme. Me eché sobre ella, la besé en la boca. Le abrí las piernas otra vez, y me pidió que esperara, por favor. «Estoy muy irritada», me explicó. Me gustó oírle decir que estaba irritada, y cuando la penetré su grito fue agudo, me atrevería a decir que incontenible (como son incontenibles los gritos de dolor).

Fue evidente que no estábamos equivocados. La sala estaba a solas otra vez. Yo llamé a la muchacha, «¡Mariela!», y ella vino casi corriendo, el rostro encendido, quién sabe si por el placer o por la vergüenza (por el placer de la vergüenza), el mismo libro en la mano. Le entregué el dinero. «Hasta la próxima», le dije. Elvira, siempre más audaz, le tomó una mano, se apartaron unos pasos. Vi que Mariela asentía, con aire de sorpresa. Una vez fuera, Elvira me dijo que le había pedido que nos dejara puestas las sábanas en que ella habría dormido. Me aseguró que había llegado a decirle que queríamos sentir su olor. Me conmovieron el atrevimiento y la imaginación de mi amante, y la besé, digamos que apasionadamente, sin importarme que estuviéramos en medio de la acera.

«Las sábanas no están limpias», nos dijo la mamá de Mariela y se encogió de hombros, indicándonos que no estaba del todo conforme con aquel capricho nuestro, pero a la vez sin concederle demasiada importancia. Pero, como esperábamos, en esta ocasión no eran las sábanas usadas la única novedad. Había otras dos fotos, ahora sí puestas allí, indudablemente, para nosotros. En una, Mariela era todavía una niña, y estaba de pie, con un orinal en la mano, totalmente desnuda, y una sonrisa de picardía. Aunque ese tipo de fotos no es para nada extraño, no es usual que las jóvenes se permitan exhibirlas. Son bromas de personas mayores, que llegan a acomplejar a la criatura que, iniciando ya la adultez, descubre que, siendo aún inocente, ha sido violada en su intimidad. Pero, además, no era un bebé la Mariela desnuda, sino una niña de unos siete u ocho años. Su sonrisa no era de sorpresa, menos aún de candor. A esa edad sabemos bien de qué se trata el artefacto que apunta su lente hacia nosotros. La otra postal hacía aún más evidentes sus

propósitos. Era uno de esos retratos que se acostumbran a tomar con motivo de la celebración de los quince años de las muchachas. Mariela, cubierta sólo por una toalla, estaba acostada en la cama, bocabajo; la cabeza, erguida, se apoyaba en la palma de las manos; las piernas, delgadas, preciosas, se levantaban también, cruzándose. Pero el mensaje estaba en la sábana: estampada en rombos rosados y amarillos, era la misma que se nos estaba ofreciendo a nosotros, contaminada por el olor de Mariela, por sus sudores nocturnos, quién sabe si también por los jugos de sus masturbaciones.

«¿Y si invitamos a Mariela?», me permití preguntarle a mi amante. Los ojos de Elvira brillaron, entusiasmados. «Me encantaría», respondió. Le pedí que saliera de la habitación con cualquier pretexto. Tal vez la madre ya se hubiera ido. Mi camisa cubría la desnudez de Elvira hasta medio muslo, sus pezones eran visibles por entre la abotonadura, la oscuridad de su monte de Venus, copiosísimo, marcaba un triángulo detrás del tejido ligero. Se demoró unos minutos en regresar. «La mamá todavía está ahí, cocinando. Le dije que necesitaba llamar por teléfono», me explicó. Pero, además, me dijo que cuando estuvo frente a la madre de la muchacha se dio cuenta de que tal invitación era una locura. No sabíamos la edad de Mariela, que podía ser aún menor, a los efectos de la justicia. No habíamos cruzado con la señora más palabras que las imprescindibles para concertar el alquiler del cuarto, y su apariencia era la de una mujer convencional, sólo necesitada de dinero. ¿Y si se daba cuenta de que Mariela participaba de nuestros juegos, y nos acusaba de haber pervertido doblemente a su hija? Me parecieron exageradas las previsiones de Elvira. Si Mariela aceptaba venir a la cama con nosotros, jamás diría una palabra a su madre, a menos que contara con su complicidad. Pero también era verdad que, si la muchacha no había cumplido los dieciocho, el riesgo que corríamos era grande.

«¿Dormiré desnuda?», le pregunté a Elvira, y nos detuvimos los dos a oler las sábanas donde permanecían aún el olor de Mariela, y su tibieza. «¿Qué le harías si lauviéramos aquí?», quise saber. Elvira cerró los ojos, sonrió, maliciosa, evocativa. «La abrazaría por la espalda», me dijo, «que sienta mis tetas rozando su espalda, que sus nalgas me presionen el bollo. Le besaría la nuca, le mordería la oreja, le pediría que me lo mame (tu lengua es muy rica, pero la

lengua de una mujer siempre es más rica que la de un hombre)». Elvira hablaba, y yo las veía a las dos, de pie, frente a la cómoda, sus cuerpos duplicándose en el espejo, la desnudez de Mariela tan real, tan palpable como la de Elvira. Las vi abrazadas, una a la espalda de la otra, vi las manos de Elvira acariciar los pechos de Mariela, su tesoro, vi los dedos que pellizcaban los pezones, vi los pezones erguidos, cada vez más oscuros. Mariela se dio vuelta, abrazó con fuerza a mi amante, las dos bocas se buscaron, las manos palparon los sexos, los pechos se frotaban unos contra otros. Cayeron en la cama, junto a mí, abrazadas, el olor de Mariela rodeándonos, el calor de ambos cuerpos tan cerca del mío, tan posible. Mariela descendió hasta el sexo de Elvira, a quien la sola intención, la proximidad de una lengua de mujer, la hacía enloquecer, gritar, como fuera del mundo. Las nalgas de Mariela, pequeñas, radiantes, se alzaban, ofreciéndoseme, y las besé, y luego hice que mis dedos entraran en un orificio, y en el otro, y en los dos a la vez, y luego en los de Elvira, y en los cuatro, al mismo tiempo, mi boca buscando ya sin saber de quién era esta pierna, de quién la mano que me tocaba, la vulva que me apresaba, la lengua que se detenía en mi espalda, los dedos que me abrían las nalgas, y me penetraban también, hasta el dolor.

Terminamos desfallecidos, bañados en sudor, Elvira y yo. Por primera vez nos quedamos tendidos un rato más, ella abrazada a mi pecho, una mano mía sobre su cabeza, como protegiéndola. «¿Te puedo pedir un favor?», me preguntó, «cuando te vayas a venir, dime que me amas. Pero dímelo con mi nombre. Dime: “Te amo, Elvira”». Lo ridículo desarma, lo patético puede ser tentador.

Al salir, Mariela nos despidió, como siempre: la mirada pudorosa, el rostro encendido por el rubor, el «Hasta la próxima» habitual cuando puse el dinero en sus manos (sesenta pesos esta vez, nos habíamos excedido del tiempo previsto, debíamos darnos prisa para llegar a la oficina antes de que concluyera la hora del almuerzo). Pero ahora, me pareció, sudaba, como si en vez de venir del interior de la casa, hubiera estado expuesta al duro sol del verano, y las ventanas de su nariz latían, un leve temblor agitaba sus dedos. Elvira, familiar, la besó en la mejilla, «Chao, niña, que descanses».

Nos habituamos a invocar a Mariela. La pregunta «¿Qué le

harías?» pasaba de mi boca a la de Elvira, la imaginación de uno o de otro desatándose, su cuerpo delicadísimo regresando una y otra vez a unirse con los nuestros. La repetición de un rito puede vaciado de sentido. La insistencia en un cuerpo suele deshacer la fascinación que nos condujo a él. Y esa pregunta era siempre la misma, sin variaciones en las palabras que la componían, como tampoco en la entonación de nuestras voces, en la expresión con que la decíamos. La persistencia sobre Mariela, la ilusión en que se convirtió, la danza de su imagen entre nosotros, no hizo más que avivar mi necesidad de ella. Quiero decir que había una insatisfacción, una ansiedad que requería ser paliada. (Las fotos bajo el cristal de la cómoda también seguían variando, provocándome, y cuando la colección pudo agotarse, comenzaron a aparecer los objetos: unas sandalias olvidadas a los pies de la cama, una bata de casa sobre el butacón, la puerta del closet abierta, mostrándonos su intimidad, un blúmer sucio en el baño, que yo olí, interminablemente, para apropiarme del olor real de Mariela, para imaginar que ese olor era el que nos esperaba en las sábanas, y se lo di a oler a Elvira, le dije que ese olor estaba en su lengua, y estaba en la mía).

Al final, ya también como parte del ritual, el «Hasta la próxima», los besos en la mejilla (porque ahora yo también la besaba, y ella permitía que mi nariz rozara su orejita, que mis dedos acariciaran su nuca). La reincidencia en un rito deshace su maravilla; la reiteración de una imagen incumplida, acaso inalcanzable, enloquece. Y, al llegar al éxtasis, estaba la voz de Elvira suplicándome que lo dijera: yo repetía, siempre de la misma manera: «Te amo, Elvira, te amo», y ella se estremecía otra vez, se abrazaba a mí, con fuerza, se entristecía, «¿Por qué tengo que pedírtelo?».

«Hasta el jueves», susurré al oído de Mariela al despedirme, «Te dejé un regalito en el cuarto». Antes había regresado a la habitación donde, ex profeso, había olvidado el reloj, y a espaldas de mi amante dejé una postal bajo el cristal de la cómoda: *El origen del mundo* se llamaba el cuadro reproducido en ella, y detrás yo había escrito: «¿Será así tu sexo? ¿Podré conocerlo?». La desesperación confunde. Que esa postal me hubiera sido regalada por Elvira con una pregunta similar a la que yo hacía («¿Mi bollo se parece a

éste?») no provocaba escozor alguno en mi conciencia. A la semana siguiente, según lo había previsto, me excusé con Elvira: un cliente me había citado con urgencia. Intento otra vez la sinceridad: en realidad fue ella quien se excusó conmigo, nuestras palabras cruzándose en el aire, anulándose o confirmándose. Me molestó oírle decir que tenía tanto trabajo acumulado que le sería imposible escaparse el jueves en la mañana, como ya teníamos por costumbre.

Llegué solo al apartamento, para justificar mi llegada en solitario dije a la mamá de Mariela que mi amante vendría un poco más tarde, le pedí excusas por eso que podía considerarse una molestia. Me desvestí, sin encender la luz (ya conocía la habitación, los hábitos crean también la ilusión de pertenencia, aún más cuando se suele dormir en un camastro, en la sala de una casa ajena), cuidé que la puerta quedara sin seguro, puse a funcionar esa única vez el aire acondicionado, me acosté a esperar. Por mi cansancio, por mi desasosiego, pasó un tiempo borroso, desleído, pasó el olor de Mariela, pasaron el cuerpo de Elvira y el de ella, abrazados, por la luna del espejo, pasaron los ojos de Mariela, fugacísimos, inapresables, pasaron sus labios, posados en los labios de mi amante, pasó una niña, desnuda, que me saludaba con un gesto de la mano, y sonreía, pasó mi voz, diciéndole a Elvira que la amaba, diciendo el nombre de Elvira, pasaron otras sombras indescifrables, pasaron canciones, voces irreconocibles, una ráfaga de viento, el silencio.

No quiero pronunciar la palabra traición (ya dije que nuestras justificaciones se habían anulado: una traición borra a la otra, la deshace). Al despertar toqué el cuerpo de una mujer desnuda, acostada a mi lado, también bajo las sábanas. Era lo previsible, y los dos debimos saberlo desde el inicio. La promiscuidad favorece el deseo, pero la pasión supone el egoísmo. Me besó en el hombro, y yo pasé un brazo bajo su cabeza, la abracé, comprendiendo, perdonando. «Es tarde», me dijo. Nos vestimos en silencio. La luz de la habitación descubrió el polvo que empañaba la cómoda, las fotos permanecían bajo el cristal, amarillentas, descoloridas, ofreciéndonos esa historia que ya comenzaba a sernos inaccesible. Afuera, la señora nos ofreció una taza del café que había acabado de colar, guardó sin contar el dinero que puse en sus manos, hizo algún comentario sobre el calor que la agobiaba. Al despedimos de

ella la besamos, como a una amiga de toda la vida. Siempre me entristece la conciencia de que estoy abandonando definitivamente un lugar, de que aquellos objetos que he tocado, los espacios que han hecho mi vida ya sea por algunas horas, se conviertan en lo adelante sólo en memoria, vaguedades, pérdida.

Cojúmar, marzo de 2002

Las esposas
Juan Bonilla

Aquel verano se pusieron de moda las esposas en la isla. Una muchedumbre de adolescentes salía cada noche con las muñecas rodeadas por el anillo metálico de la esposa: la mayoría dejaba una anilla libre, por si alguien a quien deseara y lo desease decidía introducir su mano en ella, pero también estaban las parejas que salían esposadas de casa y publicaban a los cuatro vientos que estaban juntos, que eran inseparables. En las pistas de baile veías refulgir las esposas, las anillas libres que colgaban de las muñecas. Si deseabas a alguno, no tenías más que introducir tu mano en la anilla libre de las esposas: si te deseaba, el dueño de la esposa cerraba la anilla rodeando tu muñeca y quedabais unidos, quedabas a su merced, porque sólo él podría abrir las esposas y dejarte libre. Lo bueno de las esposas, una vez cerradas y atrapadas las muñecas, es que no había manera de saber, cuando veías a una pareja, quién era el dueño de las esposas, quién había sido el que había atendido al reclamo de la anilla libre y había decidido entregarse. Lo malo es que podías equivocarte, acabar atado a alguien bello pero bobo, poco más que una hermosa fachada que aburre después de los cinco primeros minutos de contemplación asombrada.

Yo nunca salía con esposas. Prefería vigilar la pista de baile o los bares de la playa, descubrir alguna anilla libre que colgara de una muñeca que perteneciese a alguien deseable y arriesgarme a introducir mi mano en ella. Solía ser aceptado. Sólo se atrevían a llevar esposas con anillas libres los que eran muy hermosos, porque permanecer hasta el amanecer con la anilla desocupada colgando de tu brazo era un fracaso demasiado evidente. Así que, aunque no hubiera manera de saber quién era el dueño de las esposas cuando veías a una pareja esposada, podías colegirlo comparando sus apariencias: el más bello solía ser el dueño. Si bien había otros que, sin derrochar belleza, llevaban también esposas con anillas libres y

acababan luciendo las más hermosas y deseables piezas de la colección de la noche: eran los adinerados. Se gastaban una fortuna para pasear esposados a los hermosos, para ser sus dueños durante unas horas, para permitirse el gesto de abrirles las esposas, liberarlos y dejarlos marchar cuando asomara el sol, delante de una concurrencia que los envidiaba.

Las esposas permitían también, por supuesto, encadenar varios cuerpos en una sucesión de amantes que podía no tener fin, pero pocas veces se presenciaba ese espectáculo. Alguien que llevaba una anilla libre decidía introducir su mano sin esposa en la anilla libre que colgaba del brazo de otro. Ya eran una pareja con una anilla libre que podía emplear cualquiera que fuera aceptado por los dos. Cuando la pareja se convertía en trío, si el último en llegar también llevaba una esposa con anilla libre en la otra mano, el trío podía convertirse en cuarteto. Hasta que la sucesión se interrumpiera, bien porque el último en llegar perteneciera, como yo, al grupo de los que nunca salen con esposas, bien porque fuera una pareja cerrada, es decir una pareja sin anilla libre. El colmo eran los que llevaban dos esposas, una en cada brazo, con dos anillas libres. Debían ser muy bellos y estar muy seguros de sí mismos. Volver a casa sin nadie esposado a ninguna de tus muñecas podía arruinar tu reputación para siempre. Y también te encontrabas con parejas unidas con dos esposas: debía de ser incómodo porque tenían que moverse mirándose siempre, el brazo derecho de uno unido al izquierdo del otro, el izquierdo del primero unido al derecho del segundo. Una vez llegué a ver a una de esas parejas atadas mediante doble esposa, pero la posición por la que habían optado no los situaba frente a frente, sino de espaldas. Era toda una definición de lo que llega a ser una pareja: se sostenían dándose la espalda, como los soldados del batallón tebano. Aguantar toda la noche así era un suplicio, porque se incapacitaban para coger un vaso, para realizar cualquier movimiento independiente que no contara con la aquiescencia de la pareja. Pero se les veía felices, publicando que estaban juntos y que nadie podría separarlos.

Metí la mano en la anilla libre que colgaba del brazo rocoso de un nórdico. Lo había visto noches pasadas pero entonces él no

llevaba esposas. Iba buscando a alguien a quien someterse o de quien adueñarse. No sé si lo llegó a encontrar. Lo busqué otra madrugada pero no di con él. Esa madrugada me había metido unas esposas en el bolsillo. Me dije: si lo ves, te pones las esposas y le ofreces la anilla libre. Ahora estaba allí, moviéndose perezosamente, casi ajeno al retumbar insolente de la música, como si estuviera sonando una melodía dulzona y bailase con el espectro de alguien, solos en un salón, con su camiseta blanca ceñida y sin mangas, su pelo largo que los focos transformaban en un casco blanco, la piel muy soleada y aquellos brazos de escultura recién bajada de su pedestal. Me había estado mirando, invitándome, susurrándome: ven, atrévete, es tuya. Pero también había lanzado otras invitaciones. La anilla se cerró sobre mi muñeca. A dos pasos quedó un tipo de rostro devorado por una barba sombría: yo había llegado antes y me había aceptado. Era la primera vez que me arriesgaba. El nórdico merecía la pena, no me cabía duda. Abandonamos la pista de baile. Lo pertinente era ahora darse un paseo por los bares de playa: ambos queríamos mostrar a nuestros amigos la conquista. Nos mirábamos sin decir nada, yo le ofrecí sonrisas pero él no corrigió su gesto adusto, de modelo que posa para el fotógrafo. Ya estábamos fuera, el ensordecedor ruido del interior de la discoteca se alejaba. Vamos a mi casa, dijo. No es lo corriente. Te esposas a alguien para lucirlo y lucirte: para encerrarte en una casa no hacen falta esposas. Supuse que en su casa había una fiesta. Fantaseé con que había apostado con alguien que era capaz de salir a la calle con una anilla libre y volver a la fiesta en menos de media hora acompañado de un precioso trofeo. Me sentí estúpido por imaginar esa estupidez y le pregunté si no prefería que tomáramos algo en algún chiringuito de la playa. Señalé hacia uno cuya cúpula estaba iluminada con una leyenda fluorescente y rosa. Rechazó mi propuesta sonriéndome. Gustav, me dijo que se llamaba. Yo le dije mi nombre y él lo repitió. A pesar de que no nos cruzamos con nadie que me conociera, me sentí orgulloso de lucir una pieza tan deslumbrante como aquélla. Lo vigilaba de reojo mientras avanzábamos y no se me escapaban las miradas que le dirigían algunos de los transeúntes con que nos cruzábamos. Nos internamos en un bosque de pinos cicatrizado por caminos de grava que iban a morir cada uno a la puerta de un bungalow. La

respiración de animal dormido del mar era un rumor que parecía tejerse en las copas de los árboles. No muy lejos se oía, amortiguado, el sonido de un chiringuito animado. Llegamos al bungalow de Gustav, una cabaña de madera en cuyo interior ladró un perro al oír cómo se incrustaba la llave en la cerradura. Yo estaba excitado pensando en el banquete que me esperaba, cada vez que llevaba mi mirada a Gustav me encendía más de deseo, no sopesaba los riesgos de la entrega, no quería amargarme con pensamientos angustiados. A fin de cuentas era lo que quería: había metido mi mano en su anilla libre para decirle: haz lo que gustes conmigo, y lo que gustaba era encerrarme en su casa, no había que darle más vueltas ni pensar en psicopatías y cadáveres almacenados en el sótano o enterrados en el jardín. Ya dentro de su casa, después de ordenarle al perro que saliera fuera, me llevó al dormitorio. Allí llevó su mano libre hasta mi cara y me atenazó la barbilla mirándome a los ojos fijamente: tenía unas pupilas claras, acuáticas y grandes. Creí que iba a acercar su rostro al mío para besarme pero en vez de eso sacó su lengua y me ordenó que se la chupase. Era más alto que yo, así que tuve que empinarme para alcanzar con mi boca su lengua. Mientras se la chupaba, su mano libre me pellizcó una nalga y mi mano libre resbaló hasta su entrepierna para medir la dureza de su polla. Aún estaba anestesiada, así que introduje la mano en el interior de sus pantalones y jugué un poco con ella sin obtener resultados. Me sorprendió su temperatura: nunca había tocado una polla tan fría. Yo sí la tenía dura, bastante dura, y estaba deseando que dejara de pellizcarme la nalga y se ocupara un poco de mi polla. De repente me apartó de sí, me ordenó que lo desnudara y eso hice. Le quité la camiseta blanca y apareció su pecho dórico, con aquella línea partiéndole el torso en mitades exactas, cada una galardonada con una fresa rotunda. Tenía un ombligo hondo del que partía una línea de vello rubio que iba a morir en el mar de su pubis. Hice varios movimientos que me dañaron la muñeca atrapada: su camiseta, convertida en un trapo, quedó detenida entre las esposas que aliaban nuestras muñecas. Gustav parecía ocuparse exclusivamente en no ponerme fáciles las cosas. Cuando conseguí arrancarle los pantalones, bajo los cuales no llevaba calzoncillos, quedé arrodillado con la cara a la altura de su serpiente dormida: no era muy larga pero sí prometía un grosor de

esos que te obligan a abrir la boca por encima de tus posibilidades. Sin previo aviso Gustav empezó a mear sobre mí. Yo traté de levantarme pero él hizo un movimiento violento que me obligó a permanecer en mi postura, recibiendo la lluvia, con los ojos cerrados. Cuando los abrí elevé la mirada hacia los ojos de Gustav, que los había elevado también hacia el cielorraso. La escena no había atenuado mi deseo ni la dureza de mi polla, así que sin pedir permiso empecé a comérsela. Sentí inmediatamente cómo su polla se endurecía en el interior de mi boca, pero era como meterse de una vez un polo de hielo sin sabor. Me ayudaba de la mano libre, moviendo adelante y atrás su gélido instrumento, tratando de darle calor. Cuando alcanzó su punto de dureza idóneo, dejé de masajearse con la mano, ya aterida, y seguí con la felación: la mano la necesitaba para masturbarme yo. El interior de mi boca quedó anestesiado por el frío que desprendía aquella polla: tuve la sensación de estar mamándosela a una estatua. Que Gustav no hiciera nada por complacerme ni colaborar me excitaba aún más: él se limitaba a posar, a decirme: úsame, te dejo, es tu día de suerte. Y allá abajo me encontraba yo, sin saber si debía continuar masturbándome hasta correrme o debía detenerme para llegar luego más lejos. Y mientras me internaba en el laberinto de esos pensamientos absurdos, que combinaba con otros que venían a exclamar: ¡qué dios te estás trabajando, muchacho! ¡Es el día más glorioso de tu existencia! ¡Me va a hacer llagas en el cielo de la boca! ¡Qué frío! ¡Ojalá follemos!, sonó mi teléfono móvil. La musiquilla de la séptima de Beethoven desaletargó a Gustav, que descolgó su mirada del punto del cielo donde la había fijado y la llevó hasta mis ojos. Por unos momentos no hice caso al teléfono, pero Gustav me ordenó que contestara. ¿Que contestara? Sabía perfectamente quién me llamaba, no necesitaba comprobado mirando la pantallita del aparato, donde se iluminaba el nombre de Elisa mientras seguía sonando la sinfonía del timbre. Elisa era mi novia. Se había ido de vacaciones con sus padres a Grecia. Yo le prometí que ahorraría para procurarme un billete y acompañada pero fracasé, o le dije que fracasé. En realidad había estado ahorrando todo el año para venir aquí, había leído algunos reportajes y visto algunos documentales acerca de la isla y me había convencido de que si algo me apetecía de veras era gastarme los

ahorros de un año (soy vendedor en una librería de un supermercado) en unas semanas de vacaciones sin dormir, con sobredosis de sexo y algún que otro éxtasis para ver el amanecer. Un compañero de trabajo me convenció. Habíamos intimado después de que él me pillara en las duchas del gimnasio dedicado a hundir la cara entre las nalgas de un vigilante. Me dijo: no te lo puedo explicar, tienes que vedo tú, te van a suceder cosas que recordarás el resto de tus días, te vas a cargar de energía para otro año igual que el que ha pasado. Y ahí estaba, arrodillado ante el dios nórdico, apestando a orín, mamándosela, esposado a su mano mientras sonaba mi móvil y al otro lado Elisa se impacientaba.

—Contesta o se acabó lo nuestro —me dijo Gustav—. Y mientras hablas tú, me la mueves con la mano. Y cuando hable ella, me la chupas.

Contesté, por supuesto, y atendí sus órdenes. Hola, Elisa, cuéntame, qué has hecho hoy, fue mi primera frase, y mientras la decía dejé de masturbarme para masturbar a Gustav. Luego, cuando Elisa empezó a hablar, y tengo la suerte de tener una novia que gusta de las parrafadas largas y de la enumeración de detalles sin exigir a su oyente monosílabos que le indiquen que sigue su narración, me metí de nuevo la polla de Gustav en la boca y seguí chupándosela a la vez que devolvía mi mano libre a mi erección.

—Oye, ¿qué estás comiendo? —me preguntó Elisa después de explicarme que su padre se había sentido muy fatigado al llegar a Creta y habían decidido quedarse a cenar en el hotel.

—Un helado —respondí. Y agregué—: Dime, ¿qué plan tienes para mañana?

Y con minuciosas indicaciones Elisa me explicó qué habían programado. Y yo volví a la mamada. Hasta que Gustav se cansó un poco, porque habíamos llegado a la parte de la conversación donde Elisa exigía información acerca de mis movimientos. Entonces, subió la mano esposada, apartando el teléfono móvil de mi oreja. Con la otra mano me lo quitó.

—Hola, quién habla.

Elisa debió de guardar silencio.

Gustav repitió su saludo y luego cerró el teléfono. Al otro lado habían cortado. Arrojó lejos el móvil, y dijo: no volverá a llamar. Pero se equivocó, a los pocos segundos ya estaba sonando otra vez

Beethoven en la habitación. Gustav se agachó a recoger sus pantalones. Buscó en un bolsillo y sacó la pequeña llave cita que abría las esposas. Cuando estuve suelto me dijo: contesta si quieres. Pero yo no sabía qué hacer, no quería estar suelto, quería seguir esposado a él, quería seguir de rodillas dedicándome a aquel témpano que se erguía grueso entre sus piernas, no quería oír a Elisa, sólo quería hablar con ella si Gustav lo encontraba excitante, así que le dije: ¿y si hablo con ella mientras me follas? Gustav había encendido un cigarrillo y me miraba entre el humo de su primera calada. El teléfono se había callado pero volvería a sonar. Dijo: vale, la suerte está echada, si suena otra vez te follo, si no suena en cinco minutos te vas. Tan seguro estaba de que Elisa volvería a llamar que me desnudé. Y no había pasado medio minuto cuando allí estaba de nuevo la querida séptima sinfonía avisándome de la llamada de Elisa. Cogí el teléfono, me coloqué en el suelo, hincado de rodillas y con los codos apoyados en el sofá. Detrás de mí Gustav ya se había preparado también y empezaba a hurgarme entre las nalgas con dos dedos lentos. Descolgué, hola Elisa, parece que hay interferencias, y en ese mismo instante Gustav incrustó la cabeza de su monstruo de hielo en mi culo. No conseguí reprimir un gemido que colindaba con la queja de dolor tanto como con la expresión de placer. Por supuesto el gemido no pasó desapercibido a Elisa, y dije: es que he empezado a correr, jadeando, porque se me va el autobús, y Gustav seguía con sus movimientos bruscos para meterla más adentro y lentos para ir sacándola. El hombre sabía trabajar. Yo hundía la cara en el sofá y de vez en cuando decía el nombre de mi novia que al otro lado había colgado después de un ¿qué está pasando?, y yo no quería colgar, quería mantener una conversación ficticia porque si la interrumpía Gustav dejaría de hacer lo que estaba haciendo, así que me dije: ya que estás inventándote una conversación, por qué no darle una satisfacción al dios nórdico, y entre crecientes jadeos, mientras sentía que se me helaba el cuerpo entero y a la vez que todas mis células ardían, al tiempo que, con una mano me pajeaba y con la otra, temblorosa, sujetaba el teléfono móvil, empecé a decir: pues sí, Elisa, en realidad es que me están dando por el culo, un tipo maravilloso que he conocido, no sabes lo bien que me está follando, aquí estoy, sí cariño, me hace daño pero me encanta, me encanta que me folle, tiene una polla de hielo, no te lo puedes imaginar,

amor mío, seguro que te gustaría chupársela, yo se la he chupado un buen rato y ahora aquí estoy, mientras él me sigue dando fuerte y oh, Elisa, de verdad, no sé, ah, creo que me corro, creo que se corre, córrete tú también cariño, ¿quieres?, córrete, Elisa, córrete, que Gustav se corre, sí, ya se ha salido, ahora está ahí, se pajea delante de mi cara, va a soltarlo, yo estoy a punto, me corro, sí, ¿te corres, Elisa?, me corro.

Le conté a mi amigo mi experiencia nórdica y puso cara de no creerse ni la mitad. Luego se llevó un dedo a la sien para indicarme que me había vuelto loco. Estábamos desayunando en la piscina del hotel. Me pidió que le contara cómo terminó todo. Me encogí de hombros. Le dije que Elisa no había vuelto a llamarme y que yo tampoco había hecho por dar con ella. En cuanto a Gustav, esperaba volver a verlo, me fascinaba no sólo por su belleza sino también por aquella actitud de estatua.

—¿Quieres decir que si esta noche te lo encontraras con una anilla libre volverías a meter la mano?

Asentí. En realidad cuando entré en su bungalow pensaba en que me iba a pedir otra cosa: no sé exactamente qué, que me vistiera con las ropas de su madre o que permitiera que practicara con sus dardos tiro al blanco sobre mi trasero. Ya digo que me arriesgaba a cualquier cosa convencido de que cualquier cosa me satisfaría. Llevaba ya casi una semana en la isla y salvo algún percance indigno de ser relatado y algún coqueteo incapaz de inspirar un solo endecasílabo, no había agigantado mi caudal de experiencias con ninguna que mereciese la pena ser consignada. Más allá de la criba en el amor propio que ello suponía, tuve la sensación de haber tirado mis ahorros en un parque temático en el que todo el mundo estaba encantado de que lo mirasen y lo desearan pero no había nadie que quisiera ir más allá del flirteo de miradas. Así que Gustav había supuesto para mí una puerta para ingresar en el sótano, en ese lugar donde lo que uno desea no está sometido a censuras, allí donde uno se convierte en poco más que un cuerpo sin nombre, un cuerpo ansioso. Sólo quien te hace temblar de placer y de deseo te conoce, quien te transforma en nadie, en dios, quien arranca una música irreproducible de tu

cuerpo y transforma en sed toda tu anatomía: sólo esa criatura merecía de veras la entrega absoluta.

Así que esa noche me dispuse a volver a ese sótano. Todos mis temores habían quedado triturados. Lo que ocurría en ese sótano por supuesto no tenía por qué contarle. Si lo compartiese con Elisa me perdería, quedaría destruido. Había ideado una argucia para explicarle lo de la noche anterior. La anduve llamando durante toda la jornada pero no di con ella. Se encontraba embarcada. Ya la encontraría por la noche, no me preocupaba en absoluto. Tenía claro que no quería perderla, que la necesitaba para conservar el equilibrio necesario que me permitía aguantar una vida triste, despachando libros durante diez horas diarias, con mínimas alegrías e ilusiones que iban pudriéndose en el fondo de los cajones del armario. Además, me lo pasaba muy bien con ella en la cama, disfrutaba de su candidez y de su dulzura, y cuando se sentaba a horcajadas sobre mí, con el rostro apuntando hacia arriba y la espalda arqueada y los brazos llenos de pecas en tensión, alisados los pechos por su postura, la contemplaba escalando hacia el orgasmo con una mezcla de satisfacción y orgullo que supongo que puedo llamar amor. Muchas veces había estado a punto de contarle a Elisa esa necesidad acuciante que me asaltaba a veces y me enloquecía, me sacaba fuera de mí o por el contrario me hundía en lo más íntimo, lo que no puede ser compartido, la que me arrojaba a las páginas porno de la Red o a *sex-shops* donde compraba revistas que luego destruía, no sólo porque tuviera miedo de que las descubriera, sino también, fundamentalmente, porque hacían que me sintiera sucio. También me sentía sucio cuando me masturbaba escenificando un encuentro con un solitario nocturno que bajo el cuero de su cazadora ocultaba un pecho que era una armadura de carne. Pero siempre daba marcha atrás, no me atrevía porque sabía que no compensaría el resultado de la confesión: si ella se mostraba tolerante, era cuestión de tiempo que se alejara de mí, primero entraría en una crisis de identidad, luego recobraría fuerzas y vería claramente que era indispensable la huida, la separación, aprendería que podría borrarla con sólo caminar hacia delante allá adonde no pudiera seguirla, encontraría a alguien mejor al que contarle en una noche de ebrias confesiones: a mi novio anterior le gustaban los cachas; si no se mostraba tolerante, habría gritos,

exigencias de explicaciones que yo no podría darle, insultos y un portazo que retumbaría en mis oídos durante meses. Así que era mejor callárselo, seguir en el sótano, ahorrar para aprovechar la menor ocasión. Siempre nos quedaría la isla. En el fondo es lo que somos, ¿no?, islas. Y aquel verano, además, se habían puesto de moda las esposas.

Volví a ver a Gustav, por supuesto. Iba esposado de otro rubio un poco más bajo que él pero también muy bello. No me miró. Pensé en seguirlo, pero se cruzó en mi camino la sonrisa afilada y los ojos asiáticos de un mulato que me ofrecía la anilla libre de sus esposas. A pesar de que mi amigo me avisó: ése no, límitate a desearlo pero no metas tu mano ahí, yo metí la mano en la anilla libre. Estuve un par de días sin poder moverme del hotel. Andar de la cama al lavabo me hacía repudiar a cada paso. Llegaba al espejo y rompía a reír a carcajadas insultándome. Elisa me notaba en la voz que las cosas no marchaban bien, pero cómo decirle: no te preocupes, es sólo que un mulato guapísimo y sádico me ha destrozado. En fin, la paliza que me propinó Ezequiel no consiguió robarme las ganas de seguir disfrutando de mi estancia en la isla cuando me recuperé, pero sí que tuve buen cuidado de dónde metía la mano. Por las noches seguían saliendo una muchedumbre de esposas, unas con las dos anillas ocupadas, otras, con una libre, ofreciendo esclavitud y placer a quien quisiera arriesgarse. Yo me arriesgué varias veces más. Hasta que en mi última jornada decidí salir esposado. Me compré unas esposas y probé suerte. Estaba bailando en la pista, merodeando en busca de alguien a quien ofrecerle la anilla libre que colgaba de mi muñeca cuando salio de no sé dónde, Gustav se colocó la anilla rodeando su muñeca. Yo por supuesto la cerré. Ahora podría lucirlo. Cuando mi amigo nos vio me hizo un gesto de reproche que no lograba ocultar su envidia. Gustav estaba morenísimo, tenía el pelo más largo y la camiseta transparente que llevaba dejaba ver lo espléndido de su anatomía para no dejar nada a la imaginación de sus admiradores. Me preguntó por mi novia. Me dijo si no me apetecía telefonarla y yo le dije que la llamaría encantado en cuanto nos apartáramos a algún lugar más silencioso. Nos perdimos entre pinos negros coronados de

estrellas: la respiración del mar imponía una cortina a nuestras espaldas. Mordí su barbilla y su cuello, mi mano libre trepaba desde su muslo a su vientre, mis dedos buscaron el botón de sus pantalones, y él erguido, sin entusiasmarse, otra vez estatua de hielo, dejándose hacer. Hasta que me preguntó por el teléfono. Yo esperaba, antes de llegar a ese episodio, entretenerme un poco con su ya conocido témpano, pero me apremió a que me saltara los prolegómenos. Nuestra posición no facilitaba una postura cómoda, era necesario que nos desligáramos, abrir las esposas, pero él insistió en que lo habíamos así, cara a cara. Yo no lo había hecho nunca así. Cuando me deshice de mis pantalones y vio el moratón que aún conservaba en una nalga de la sesión con el mulato Ezequiel me preguntó, y tan sólo le dije: una aventura excesiva. Ya me había preparado, hacía un poco de frío allí entre los árboles, de vez en cuando un sector del bosque quedaba iluminado por los faros vertiginosos de algún coche que pasaba. Mientras le desabotonaba a él los pantalones mordí los fresones de sus pechos, fríos también. Pensé que más que una estatua era un muerto, yeso, no sé por qué, incrementó mi excitación. Constantemente me recordaba: es mi última noche aquí, hasta el año que viene no volveré, y el año que viene ya no estarán de moda las esposas, y a lo mejor ya me habré casado con Elisa, atravesaré un túnel de once meses vendiendo libros en la librería del supermercado, alguna noche buscaré al vigilante jurado para jugar a un poco, visitaré páginas porno de la Red cuando el deseo me obligue a bajar al sótano y active su maquinaria de fábulas prohibidas, puede que aquí se acaben mis visitas al sótano, puede que cuando vuelva ya no desee más de esto, me conforme con Elisa, con una vida de equilibrio sincera y sin secretos, puede que sea capaz de contarle todo esto alguna vez como si le hubiera pasado a otro, o como si yo hubiera sido abducido y no pudiese ofrecer explicaciones de qué me había pasado, el verano, los ojos que te siguen, el deseo que te enciende, la curiosidad que te habilita para decir: vamos, por qué no, por qué no.

Llámala, me ordenó Gustav. Y con mi mano libre, mientras me tendía en el suelo y lo veía a él allá arriba, de rodillas, acariciándose la polla para despertarla y endurecerla, marqué el teléfono de mi novia. Hola, Elisa, saludé, ¿qué tal te va, preparando

el regreso? Y Elisa empezó a hablarme de Siracusa y de Creta y de Troya y de Atenas, hizo un resumen de lo publicado, pues ya me había ido informando de cada una de las etapas del viaje, y me habló de lo bien que les había sentado a sus padres la excursión, y mientras ella hablaba Gustav se inclinó sobre mí, separando mis piernas todo lo que pudo, introduciendo primero dos dedos en mi culo, estrangulándome los testículos, hasta que consiguió meter la cabeza de su animal gélido, sólo la cabeza, la postura era muy incómoda pero me gustaba mirarle a los ojos, sus ojos que no me miraban, que buscaban algo entre las copas de los pinos cercanos. Comenzó a moverse rítmicamente, movimiento brusco hacia delante hundiendo en mi interior su polla, movimiento lento hacia detrás sacando un poco de su hielo de entre mis nalgas. Aquello dolía y gustaba, quemaba y atería. La respiración se me entrecortó, apenas podía decir nada, Elisa me preguntaba: ¿qué tal tú, tienes ganas de verme?, y yo: oh, sí, ahg, sí, Elisa, claro, y entonces sucedió, entonces Elisa lo dijo, dijo: no te preocupes, cariño, ya sé que ahora te cuesta hablar, seguro que tienes detrás de ti a ese monumento de hombre, Gustav, y te está dando por el culo, y mientras te folla duro estás ahí con el teléfono en la mano, haciendo equilibrios. ¿Qué dices?, alcancé a decir, ¿qué dices?, y ella siguió: Vamos, disfruta cariño, lo sé todo, conozco a Gustav, es hermano de un compañero de trabajo, yo lo contraté cuando supe que vivía en la isla todo el año y cuando descubrí que tú te ibas de vacaciones allá, quería que tuvieras Un buen recibimiento, unas buenas vacaciones, eso es todo. Pensé que me había deslizado en el pliegue oscuro de una pesadilla que había colonizado la realidad, Gustav sonreía mientras seguía hundiéndose dentro de mí, Yo sentía entre mis piernas derretirse su polla, mientras la mía, repentinamente, enflaquecía. Estás soñándolo, me dije, estás soñando todo esto, te despertarás y no recordarás nada. Pero me mentía. Elisa seguía hablando, disfrutaba haciéndolo, decía que ya hablaríamos cuando nos viésemos, que ya se lo contaría todo, que ahora debía disfrutar, tocar el cielo, decía, debes tocar el cielo, no te quejarás del hombre que te he buscado, diez veces mejor que el vigilante del supermercado con el que de vez en cuando jugueteas. Era como si mi vida en el sótano hubiera sido retransmitida por vía satélite y todo el mundo se hubiese enterado de lo que yo creía que eran mis

secretos más íntimos. Me separé de Gustav, él seguía sonriendo. Corté la comunicación con Elisa. Me puse a gritar, le gritaba a Gustav y a los pinos y al rumor del mar de allá al fondo y a las luces vertiginosas de los coches que reptaban por el suelo del bosquecillo. Me puse los pantalones deprisa después de buscar en el bolsillo la llave que abriese las esposas. Sonó mi teléfono. En la pantallita apareció el nombre de Elisa. Arrojé el aparato con todas mis fuerzas y salí corriendo de allí, sin saber adónde ir, pensando en que sólo había una persona en la isla que podría ayudarme a escapar de la pesadilla de haber sido descubierto y destruido, y esa persona era Ezequiel, el mulato, mi ticket de entrada en un infierno en el que el dolor y el placer me hicieran olvidar quién era.

Málaga, marzo de 2002

Cuerpo y arma
Enrique de Hériz

Con los demás también me gusta, pero tú me vuelves loca.

Fue un error decírtelo. No te creas que me doy cuenta ahora, al ver que no vienes. Lo supe incluso antes de que las palabras salieran de mi boca. Quise morderlas, hacer con ellas una papilla entre los dientes, tragarlas igual que te había tragado a ti apenas veinte minutos antes, devolverlas a su origen, que no era el corazón, ni el cerebro, sino el coño. De ahí venía esa frase. Si fuera verdad que tengo abajo una boca —como dicen los poetas, como soñáis todos los hombres—, te aseguro que esa frase se habría escapado por ahí, no por los labios de la cara: Con los demás también me gusta, pero tú me vuelves loca.

No lo pude reprimir. Peor aun: fue como si se hubiera roto el muro de contención de una presa, como si el agua estancada de todos los silencios que me exiges saliera a borbotones por el agujero que abrieron esas palabras primeras. Ya no supe contenerme. Te lo dije todo. Pocas cosas, pero todo. Te expliqué que a veces, muchas veces, cuando lo estamos haciendo siento que me voy a morir. Que me voy a morir a lo grande, como para salir en los periódicos. Que se me va a desintegrar la vida en un estallido. No sé por qué me pasa eso. Es como si tuviera mercurio en las venas, mercurio derretido, sembrado de chinchetas. Lo siento llegar y esparcirse y te aviso, te digo vamos, ahora, te digo que ya, que sí, que así, y entonces tú, que estás tan dentro de mí como si me estuvieras naciendo, me agarras por el cuello y me dices mírame, mírame que quiero verte, ayer mismo lo dijiste, mírame que quiero verte, y luego frenas un poquito, sólo un poco, lo justo para que yo crea morirme. Mejor dicho, para que quiera morirme. Porque te juro que en ese momento no deseo otra cosa.

Es el sol, te dije. Te diste la vuelta. Te quedaste tumbado boca arriba. Me encanta el charquito que se te hace en el ombligo, no sé

si de sudor o de qué. Me lo quiero beber un día, pero eso no te lo dije. Te dije que era el sol, un sol que tengo dormido por dentro, en algún lugar entre el vientre y el estómago, hasta que llegas tú y lo despiertas y ese sol tiene un ojo, un ojo grande y abierto en el centro y tú lo conquistas y lo reclamas y clavabas allí mismo una bandera y entonces el sol se derrite y mi cuerpo entero se vuelve verano de campos arrasados.

Fue un error decirte todo eso. Lo noté en seguida, a pesar de tu sonrisa. A pesar de que contestaste como un hombre de verdad. Desde la primera vez te dije que eres un hombre de verdad y que de esos hay muy pocos. Lo que pasa es que nunca nos hemos puesto de acuerdo en lo que significa eso. Yo lo tengo claro: los hombres de verdad folláis como los ángeles, pero tenéis la cabeza llena de demonios. Matarme de gusto: cómo te gustaría. Cuántas veces lo habrás soñado. Y cuánto miedo te da. Qué pena, qué imbécil; estás muerto de miedo y por eso no vas a venir.

Contestaste con una sonrisa, con una broma: mañana vengo otra vez y te mato de gusto, pero en serio. Y yo te seguí el cuento, pero te vi el miedo en los ojos y supe que no volvería a verte. Ni siquiera te estoy esperando. No estoy en casa, sino en el terrado. Llevo el móvil: sé que no vas a llamar, pero llevo el móvil. Y las llaves de casa. Nada más. Ni siquiera una toalla. Estoy desnuda, en el suelo del terrado de mi casa. Ventajas de vivir en un ático. Ventajas del verano, ventajas de tener dos soles. No sabes lo que te estás perdiendo, porque yo voy a cumplir el plan y me pienso morir de gusto, contigo o sin ti. ¿Te lo imaginas? Una mujer muerta en un terrado. Desnuda, sin pistas de ninguna clase, ni rastros, ni sangre, ni heridas, ningún golpe. ¿Móvil del crimen? Ninguno. Cuando te mueres de gusto, el móvil del crimen es morirte de gusto. No sé si la humedad, esta humedad densa que tengo en los dedos, me delataría. Tal vez cuando mi cuerpo llegara a la mesa de autopsias ya estarían secos. No habría más pistas: ningún forense va a encontrar un sol con el ojo abierto dentro de mi cuerpo. Tampoco mercurio en las venas, ni chinchetas entre la piel y la carne. Ya sé que eso sólo son palabras, aunque las diga mi coño.

No lo entenderían nunca. Tal vez encontrarán en casa, entre las sábanas de mi cama, restos tuyos, restos de ayer y de anteayer y de estas tres semanas últimas seguidas que llevas casi matándome pero

sin llegar a matarme nunca. Ojalá no te molestaran mucho con sus preguntas. Tal vez te tomaran huellas, muestras; no sé cómo funciona eso. ¿Te arrancan un trocito de piel para comparar con los restos que me queden debajo de las uñas? ¿Toman muestras de semen? ¿Cómo? ¿Tendrías que masturbarte? Ah, eso sería magnífico: que yo encuentre con mis dedos el ojo del sol y me muera de gusto y luego tú tengas que hacer lo mismo para demostrar tu inocencia; o sea, para demostrar tu culpa. Pero seguro que no llegaría a tanto la cosa. Tú tendrías una coartada; siempre la tienes. Alguna mujer declararía que estabas con ella y probablemente sería verdad. No lo entenderían nunca. Nadie acertaría a explicar la conexión entre tu renuncia a matarme y mi muerte.

Casi los puedo ver: una cuadrilla de policías barriendo el terrado, buscando huellas, algún arma escondida, veneno, qué sé yo. El móvil. No el móvil del crimen, sino el teléfono móvil. No sé qué hace la policía cuando encuentra un móvil junto al cadáver. ¿La agenda? Claro, consultan la agenda. O tal vez empiecen por averiguar las últimas llamadas emitidas y recibidas. No he llamado a nadie. Hace días que no llamo a nadie. Bueno, a mi madre. Pero no van a sospechar de mi madre. Revisarán la agenda. En la agenda de mi móvil sólo hay siete u ocho números. Ojalá me toque un policía listo. Uno que se dé cuenta de que todos los números son de hombres. Que los entreviste, uno por uno y con rigor. Que les pregunte cuál era su relación con la difunta. Si los policías son como en las películas, algún día, tomándose un carajillo en un bar cercano a la comisaría, un agente le diría a otro:

—No sé qué la mató, pero era muy puta. Eso seguro.

—Bueno, ya sabes; todas lo son —contestaría tal vez el segundo, aunque me parece que eso ya no se dice ni en las películas.

—¿Recuerdas que había siete números de teléfono en su agenda? Sólo hombres. Ya he hablado con ellos. Se los follaba a todos. Y no siempre de uno en uno. Más puta que las gallinas.

—¿A todos?, —querría saber el policía, por mucho que tratara de disimular su curiosidad con un ademán displicente.

—A todos. Incluso a uno que es maricón.

Lo único malo de morir de gusto sería perderse todo lo que pasara después. ¿Te imaginas al pobre Mario en un interrogatorio?

Qué te vas a imaginar, si tú no conoces a Mario. Mario es un buen tipo, pero se corre antes de tiempo. Hace todo lo que puede para evitarlo. Cierra los ojos y se concentra. Cuenta hasta doscientos. Dice que es una técnica que aprendió en un libro. Cuando siente que se va, que ya no puede más, cierra los ojos y cuenta despacito hasta doscientos. En teoría, cuenta por dentro, pero a veces veo los números en sus labios y me entra la risa. Pobre Mario, cientounocientodoscientotrescientoparaparaquemevoyparaquemevoy. Una vez lo pillé masturbándose antes de hacerlo conmigo. Dice que así aguanta más. Ay, ojalá no sean muy duros con él.

Paco no tendrá problemas. En cuanto le vean la pluma, lo sueltan. Paco es gay. Bueno, trolo, porque es un gay argentino y se ve que allá los llaman así. Te preguntarán por qué me lo hago con un trolo. En realidad, follar, lo que se dice follar, follamos poco. No sé, me divierto. Tiene buenas manos, no me lo paso mal. Él se ríe. «Vos lo que tenés son ganas de salvarme», me dijo una vez. «Te querés colgar esa medalla». A Paco lo dejarán pronto en paz. En cuanto mire al comisario con esa cara suya de pan y le baje los párpados como él sabe, lo sueltan.

No es que me importe demasiado la posteridad, ni lo que vayan a pensar de mí los policías. Pero yo creo que todos los encausados me dejarán en buen lugar. Alguno incluso lo negará todo. Federico, por ejemplo. Como le pregunten a Federico si se acostaba conmigo les arma la de Dios es Cristo. A la primera insinuación les cuenta que es un abogado importante y que está dispuesto a defender mi honor con una querella. Sobre todo si el asunto llega a oídos de su esposa. No les contará que hacerlo con él es sólo un poco más entretenido que ir al gimnasio. Nunca se lo dije. Me gustaba mucho salir a cenar con él. Y me llevaba a la ópera. Que me guste tanto el sexo no significa que desprecie otros placeres.

Por mucho que pregunten, por muy duro que sea el interrogatorio, no sabrán qué pensar de Samuel. No se lo creerán. Cuando lo vean llegar, tan flacucho, con ese cuerpecillo de alambre que tiene, no entenderán nada. Lástima que no los interroguen desnudos. No le van a ver la polla, y por eso no lo entenderán. No es que la tenga enorme. Es la piel. La piel de la polla de Samuel. Yo no he visto en el mundo entero una cosa tan suave.

Tranquilo. Tu teléfono no está en mi agenda. No tengo tu

teléfono. Ni siquiera te lo pedí nunca. No soy tonta. Sé muy bien lo que significa «ya te llamaré».

Ellos me quieren. Cada uno a su manera, pero todos me quieren. Está mal repartido el mundo. Me gusta hacerlo con ellos, ya te lo dije, pero ninguno puede matarme de gusto. Sin embargo, si se lo llevo a pedir a cualquiera de ellos, no te quepa duda de que estarían aquí ahora, esforzándose en vano, probándolo una y otra vez. Incluso Paco, el troló, con su sentido del humor: «Nena, moríte de una vez que tengo un tipo esperándome en casa», me diría después de intentarlo durante horas con sus dedos gentiles. Si he de morir con Paco, será de risa. O Federico: «Vete preparando, que ahora mismo voy. Pero antes tengo que llamar a mi mujer». Con Federico también se puede morir. De aburrimiento. ¿Y Mario? Pobre; múltiple homicidio frustrado.

Todos lo intentarían. Tú no. Tú no vienes. Ironías del destino: para que yo pudiera morirme de gusto haría falta que no te murieses tú de miedo. Porque ése es el problema; que sabes muy bien que lo que te dije es cierto. ¿O no? ¿Será al revés? ¿Será que te da miedo fallar? A lo mejor no vienes por eso. A lo mejor temes venir y probarlo y que no muera. Que mi amenaza de morir se quede en una frase; tal vez dicha por mi coño, pero sólo una frase.

Pues no. Resulta que no es una frase. Aquí me tienes, en el terrado. Yo misma, víctima y asesina, cuerpo y arma del delito mis dedos, que ya maniobran en la sombra. ¿Te lo imaginas? Aún voy por las axilas, ya sabes que me gusta el tacto del dorso de la mano en las axilas. Fíjate cuánto me queda para llegar al sol, al sol de dentro, cuántos valles en penumbra, qué largo camino de piel hasta mi boca de abajo. Esa boca húmeda que sonrío a mis dedos y les da las gracias, esa boca que casi los besa, es la primavera: última estación antes del verano. Tiene fuerza para tragarme y al mismo tiempo está floja. Tengo el coño boquiabierto, como si fuera a decir sus últimas palabras. Me acerco al verano. Los trigos amarillos de mis venas y el mercurio. Tengo caribes en los párpados. Ay, los grillos. Los grillos por dentro de un verano africano. Así. Se abre el ojo del sol y me mira. En este preciso instante ignoro cuántas manos tengo, pero quisiera tener más. Ya se derrite el mercurio. Las chin..., las chin..., las chinchetas, ay, de quién son estos gemidos, será mi boca de abajo que me tra..., que me traga; me está mirando

el verano, me llama el ojo del sol y me voy, me voy a ir, me estoy yendo. Nadie... Nadie sabrá leer tu miedo en la humedad de mis manos. Éstas son mis últimas palabras.

Barcelona, febrero de 2002

Mó y yo
Juan Abreu

Una doble cuerda de algodón baja entre los pechos dejando una estela de nudos simétricamente distribuidos. Cruza el vientre, cubre el ombligo. Sigue: la pelvis: dos tajadas tiernas. Pasa sobre el clítoris, se hunde entre los labios de la vulva. Emerge de los glúteos y trepa a lo largo de la columna vertebral, hasta la nuca. Allí, mediante una elegante maniobra, vuelve sobre sí misma, va al frente, se enlaza y tira del centro de las secciones entre los nudos pectorales. Arreo. Torso apresado, mordido. Brazos y pies atados. Los senos, ceñidos por varias capas de cordel de nylon de 12 cm,

se hinchan y enrojecen. Piel pulpa, estirada. Finos hilos de seda enlazan los pezones; suben, vencen la cresta de los hombros, descienden por la espalda, cuerdas de un afinado instrumento, y terminan sujetos al nudo que asoma del ano.

Cada contracción del esfínter desata delicias en los pechos, cada movimiento, cada suspiro, cada bocanada de aire aspirada, cada estremecimiento, desencadena escozores intestinos adentro. El nudo del ano es doble y, debido a los movimientos de la mujer para aliviar la incomodidad de su posición, apenas se ve, enterrado en el distendido orificio.

Los hilos de seda tiran, cede el nudo.

Gime.

Tiene los ojos cubiertos por un pañuelo.

El pañuelo la hace libre, las ataduras irresponsable: divina sensación, infantil sensación de depender de una fuerza superior ante la que se halla totalmente indefensa. Está al margen del curso de las cosas, ha escapado a la contingencia.

Aparto el nudo, se la meto en el culo. Atardece. Por la ventana abierta entra una luz espesa y anaranjada, porosa y dulce. Trato el ano crudamente, como a un hueco anónimo y sin valor que ocupo con mezcla de desprecio y pereza. Es maravilloso comportarme así con ese agujero al que profeso un amor que me provoca raptos de ternura que lindan con la adoración religiosa. Enculada, su cara se infantiliza, ilumina y embellece.

La desato y vuelvo a atar. Esta vez de frente, sentada en una silla alta. Los brazos alzados, formando una V, sujetos a argollas metálicas fijas a la pared. Las piernas abiertas, apoyadas en asientos más bajos. Jadea como un animal. Sus líquidos aceitan la vulva. La penetro con violencia, empujando sin contemplaciones. Objeto. Primero el coño; luego regreso al culo. Hago una pausa. Sus resuellos se tornan naranja al contacto con la luz. Su cabello huele a nube. La acerco a su boca. Lame con el respeto que se debe a un objeto sacro.

Agachado, chupo. Meto los gruesos labios menores en mi boca. Ahí los mantengo, imprimiéndoles un leve vaivén con mínimos movimientos de la mandíbula. Tiro suave, punteo, recorro, examino, saboreo, hurgo con la punta de la lengua sin abandonar el vaivén. Chilla. Solloza. Emite unos berridos apenas humanos. Me aparto y contemplo el espectáculo. Una baba elástica resbala, brilla en la alfombra.

Obedeciendo a un impulso, le desato las manos. Breves caricias tímidas al principio, pero pronto se embarca en una paja frenética. Contemplo sus maniobras a pocos centímetros del centro de acción. Debe sentir mis jadeos contra su piel. Vuelve a correrse, deshaciéndose en gritos y estertores. Aparto las manos bruscamente y abro la vulva exponiendo el clítoris. Agarro los labios y tiro de ellos en direcciones contrarias, con presión pareja y firme. La luz late, dorada. El hueco pulsa, segrega. El clítoris hinchado es un tarro latiente y rojo, animado de vida propia. No puede aguantarse y lleva los dedos a la protuberancia. Frota. Se retuerce como si le aplicaran descargas eléctricas. Está a punto de volcar la silla. Tengo una vela preparada, vierto cera caliente en los senos, el vientre, en los muslos temblequeantes. Grita; la voz sale ronca, mugidos rajados.

Fóllame, suplica.

En la cama: a horcajadas sobre mí, entra y sale de la pinga. Exijo más leche. La quiero vacía. Leche, leche, leche, repito en una letanía sorda y aristada. Regresan los alaridos. Se desploma exhausta, transportada, animalizada y purificada. Sin darle tiempo a recuperarse la pongo a cuatro patas. La enculo. Me vacío al momento. Nos tumbamos jadeantes. Ella está en otro sitio del que vuelve. Le quito el pañuelo de los ojos. Su cara ostenta una belleza elemental, única; que me reta. Quiero apoderarme de eso, amarlo y mancillarlo a un tiempo. Agarro la cabeza, abro la boca con los dedos. Expulso más leche. Se la traga.

La tarde trepa, como una enredadera por el aire.

Comenzó el verano pasado. Mirábamos páginas pornográficas en Internet cuando, casualmente, la vimos: una muchacha japonesa. Colgaba, atrapada en un laberinto de cuerdas hermosamente dispuestas. Suspendida a un metro del lustroso suelo de madera; paredes de papel al fondo, los brazos a la espalda, la larga cabellera lloviznada, las piernas dispuestas incómodamente respecto a la línea del cuerpo. La izquierda abierta al máximo, la derecha doblada sobre el vientre. El sexo meticulosamente rasurado. Nalgas enrojecidas.

Prendidas a las sogas más gruesas, de forma que goteen sobre los muslos, el vientre, el pecho: velas.

La cera crea lechosos dibujos sobre la piel encendida.

El rostro: eso fue lo que nos cautivó. Rostro arrasado por un éxtasis nunca visto. Rostro transido de dicha. Una dicha poderosa, precaria, peligrosa, dolorosamente alcanzada, empapada de conocimiento, consciente de su efímera grandeza: como debe ser la dicha.

Un hombre de unos sesenta años, cara de mono, brazos cortos y curvos, manos grandes, enfundado en un sobrio kimono pardo, descalzo, está junto a la muchacha: sin duda se trata del maestro. Su rostro exuda orgullo, placer y una contenida devoción. Sostiene una fusta.

A su izquierda, un grupo de hombres maduros, de aspecto respetable, luciendo elegantes kimonos, también descalzos, admiran la obra.

Esa noche, haciendo el amor, pasaron dos cosas sorprendentes y nuevas: había agradecimiento en la forma en que me la chupaba; se corrió por el culo por primera vez.

Pocos días después le ató las manos. Cuando tapé sus ojos con una venda improvisada su respiración saltó como un vendaval.

Así empezó todo, con una imagen y sus resonancias. La imagen de la joven japonesa colgando como una joya del techo. Esa imagen en la cabeza de Mó, creciendo, impidiéndole dormir, omnipresente. Haciéndola jadear y obligándola a masturbarse hasta tres veces seguidas.

A partir de ese instante dediqué algún tiempo a aprender, a familiarizarme con las técnicas y materiales. Cálculos, nudo fugitivo, pesos, nudo pescador, balances, nudo cirujano, resistencias, karada, depilaciones, presilla de alondra, shinju, anatomía, amarre diagonal, sakuranbo, diseño, equilibrios, amarre cuadrado, minimal, vasos capilares, anatomía.

Belleza del amor colgado del techo a modo de decoración. Pieza escultórica viva.

Bondage: antigua forma de tortura convertida en arte erótico.

Cuerdas crisálidas. Sogas serpientes. Cuerdas laberintos por los que discurrir en busca de luz, conocimiento y libertad.

¿Existe en la vida libertad alguna?

Momentos, sólo eso. Y es alto el precio que hay que pagar por cada uno de ellos.

La noche se balancea al borde de las colinas. El calor del verano penetra y alcanza nuestras figuras perfilándolas con su voz dilatada. Mó pende del techo, emancipada otra vez: las piernas fijas, mediante cuerdas de algodón de

10 cm,

a cada lado de la cabeza, brazos a la espalda, cabellos chorreantes, arreo, nudos desencadenando mareas en su interior, mareas que fluyen hacia el sexo abierto: cada labio sujeto con una pinza de tender a las cuerdas que lo enmarcan: oscila.

Siente mi cercanía. Alza el rostro ciego, anhelante. La intensidad

de los jadeos aumenta. Resopla. Acucillado frente a su sexo lo contemplo extasiado: babea sobre la alfombra. El nudo anal reluce, embarrado. Empuño la pequeña fusta. Yo mismo la he confeccionado: mango de

20 cm,

diez delgadas tiras de cuero de 15. Manejable, perfecta.

La luz, ahora morada, pastosa, vuelve comestible el sexo rasurado, protuberante; tajada donde el clítoris emerge rígido de entre las distendidas entretelas, listo para escupir. Necesita exactamente veinte azotes suaves, medidos, amorosos, para conseguido, para convertirse en desafío, en ser a la intemperie, en ser que es.

Su cuerpo a punto de estallar ordena. Una corriente prístina fluye: la ensalivada dicha de la comunión.

Comienzo.

Uno...

dos...

tres...

Como siempre en este momento, una apenas soportable, inhumana ternura me invade.

Y todo es tierno y dulce e inocente en este instante conquistado para la frágil felicidad.

Suelen ser insondables sus caminos.

Barcelona, marzo de 2002

Los fríos

Mario González Suárez

A diferencia de los días de las semanas anteriores, la mañana del entierro de Ana estuvo nublada; mucho más que eso: tenazmente blanca, sin matices, aterradora. Desde la ventana miraba el cielo y para que mis ojos no explotaran arrobados por ese limbo los desvié hacia abajo, donde el mar era apenas una mancha gris, la playa sólo una línea sucia. Sin sorpresa vi iniciarse el aguacero, el vidrio fue impregnándose de pequeñas gotas que empañaron por completo mi vista. A pesar de ello seguí frente a la ventana, la sola idea de volverme hacia el interior de la casa me hacía temblar las piernas. Así estuve hasta un momento antes del oscurecer, cuando se dibujó una raya sanguinolenta en el horizonte; entonces comencé a llorar y sin sentirlo me quedé dormido.

Desperté quizá alrededor de las tres, muerto de frío... Varado en la tiniebla, por unos minutos no supe dónde estaba. Cuando pensé en arrojarme recordé de golpe lo que había pasado, me estremeció un nuevo llanto y apenas tuve fuerzas para asomarme a la ventana: no vi nada. Me eché en el piso, con un dolor más poderoso que el frío. Estuve tiritando, no sé si dormido, hasta que amaneció. Llevaba más de un día preguntándome con furia una y otra vez dónde estaba Ana. A pesar del absurdo, mis palabras se elevaron con la fuerza de una invocación. Lejos de cualquier respuesta, la rabia y la fatiga aumentaban a la par que mi certeza de que encontraría a Ana... En el armario, entre los cajones de la cómoda donde su ropa seguía respirando la oscuridad de su ausencia. Sus zapatos estaban vivos. Saqué todos sus vestidos y en sillas los senté frente a la cama para que me vieran comerle su coño invisible, la celestial fetidez de su ano, los pelos de la morsa que se asoma desde adentro. Su pulsera y sus anillos estaban en la almohada, pues siempre se los quita para frotarme vigorosamente la verga hasta que por su ojo ciclópeo escupe la espuma de lo que ve. Mis testículos

tiemblan y se encogen como si temieran que su boca los absorbiera. El mar que está aquí enfrente lo hemos hecho nosotros con nuestras venidas...

Cerca de las once llamaron a la puerta. Eran Ángel y Lorena. Cuando pronunciaron mi nombre me descubrí con un cigarrillo en la mano, descalzo, con la camisa desabotonada y la marca de una mordida en el dorso de la mano izquierda. Me hablaban los dos a la vez y por instantes discutían entre ellos. Al cabo de un rato Lorena me sirvió un poco de café. El primer sorbo me quemó y solté la taza. «Tengo frío», dije. Mientras ellos con nerviosismo se apresuraban a limpiar, fui hacia la ventana y sentí una punzada en los ojos: el sol brillaba sin mácula, dueño del cielo; el mar estaba tranquilo y plateado, hermoso; en la playa corría un grupo de jóvenes... Me volví a mirar los necios trabajos de mis amigos: se detuvieron en el acto, como hipnotizados por la inopinada sonrisa que comencé a dibujar.

—¿Qué pasa? —preguntó Lorena.

Señalé hacia afuera con naturalidad, lo cual los obligó a aproximarse a mí, curiosos.

—Es la mujer del dueño de la cervecería, se está asoleando sin sostén, es muy bella —dije lentamente.

Me miraron como a un loco y Ángel soltó una risa afectada. Ambos me abrazaron con piedad, sin palabras. Luego Lorena sollozó un poco y Ángel, sin soltarme, musitó:

—Nadie te reprocha que no hayas ido al sepelio.

Yo me estaba agarrando la bragueta cuando Lorena se animó a sugerir que me aseara para que diéramos un paseo y tomáramos un trago en cualquier bar del malecón. Asentí con un movimiento de cabeza, pero sólo pude repetir «tengo frío». Noté sus rostros azorados y cuando caminé rumbo a mi recámara recayeron en la obsesión de recoger cosas y limpiar la mesa. En realidad no deseaba beber nada, pero la certidumbre de que más tarde aparecerían otros amigos o los familiares de Ana y que no podría soportar su conversación, me impulsó a afeitarme.

Sin detener la mirada en ningún sitio, en el asiento trasero del auto me di cuenta de que no podía creer que yo siguiera siendo yo ni que Ana estuviera muerta; sentí un frío inexplicable. Traté de determinar si yo era más fuerte o más débil que antes. Para

demostrarme que mi vida había cambiado me prometí marcharme del puerto a más tardar en una semana.

Con los primeros tragos, en complicidad desatamos una conversación fluida sobre cualquier cosa que nos alejara del verdadero tema; luego, de manera casi imperceptible fueron disminuyendo las frases hasta quedamos en silencio, aunque sin dejar de beber. Yo no hacía otra cosa que mirarle las tetas a Lorena: sin excitarme, cual si fuera una rutina. Cuando el mozo trajo la cuenta advertí que habíamos consumido tres botellas de ron. Ángel se había quedado dormido en la mesa y Lorena llevaba un rato hablando sola; yo no estaba borracho y no me faltó lucidez para conducir el auto de regreso, aterido bajo la calurosa noche marina.

Durante varios días no salí de la casa, limitándome a mirar por la ventana. Se endureció mi carácter. Al contrario de lo que tenía por inevitable, no caí preso de súbitos sollozos ni lágrimas nocturnas, no me acosaban sentimentalismos ni tardes melancólicas. Tampoco me sentía bajo el pasmo natural del duelo... Seguía pensando en Ana... y sintiendo el fenómeno que me iba inquietando cada vez más: el frío, este frío...

Además, si alguien llamaba a la puerta, no abría. Al principio esa actitud preocupó a mis amigos y con mayor ahínco me buscaban. Después desistieron tal vez creyendo que prefería estar solo en mi pena... A decir verdad, preferí echarlos de mi vida porque cuando venían a verme me poseían imágenes que sólo al cabo de un gran esfuerzo —que terminaba en mal humor— conseguía reprimir. Y al tratar de detenerlas me invadía el horror como si yaciera en un charco que comienza a irse por el drenaje. Ellos se incomodaban con sólo verme. Creo que su estado de ánimo —se consideraban hermanos de Ana— les hacía no sólo increíble sino aberrante que yo anduviera siempre excitado. También les encabronaba el frío pero no decían nada. Y como yo no acababa de entender lo que me estaba sucediendo, me pareció menos descortés evitarlos; también los quería.

Cierta mañana soleada, por una oscura razón salí a caminar por

la playa. Cuando las olas mojaban mis pies empecé a reprocharme que no hubiera dejado la casa tal como lo tenía decidido. Con cierto escalofrío reconocí que a pesar de mi aparente tranquilidad de ánimo padecía un profundo odio hacia no sé quién por la pérdida de Ana. Escupí al mar e inicié un trote ligero, extraviando la vista en un extremo de la bahía... Casi sin proponérmelo emprendí el regreso. No me había topado con nadie a lo largo del recorrido, lo cual me pareció singular en una mañana tan luminosa. Ya cerca de la casa me sentí empapado en sudor y consideré detenerme a beber una cerveza y nadar un poco. Mientras cavilaba en ello distinguí a una mujer corriendo en dirección opuesta. Bastaron unos segundos para reconocer a la esposa del dueño de la cervecería. Cuando estuvo frente a mí, agitada, se detuvo a saludarme. Aunque nos conocíamos de vista, jamás habíamos cruzado palabra. Extrañado por su cortesía, respondí el saludo con una sonrisa nerviosa. Intercambiamos vacuas frases sobre el calor insoportable y le expuse mis intenciones de llegar a la cervecería. Contestó con una mirada astuta y comprendí lo estúpido de mi propuesta. Después de una risa boba me resultó natural invitada a mi casa. Aceptó con una mueca que la mostró aún más graciosa. Al abrir la puerta me invadió un repentino sentimiento de culpa que curiosamente se disolvió cuando entramos y ella dijo que el clima era magnífico, fresco, casi frío:

—Tu casa es un oasis.

Me halagó su observación y pasamos a la sala. Descubrí que no quedaba ninguna cerveza en el refrigerador e improvisando una risa natural le ofrecí una taza de café frío.

Nos sentamos en el sofá. Mientras nos aproximábamos me sentenciaba interiormente que no acabaríamos en la recámara donde dormía con Ana, pero al mismo tiempo me arrastraba la oportunidad de desahogar mi deseo con ella. Aún me acometieron varias consideraciones que no me permitían atender por completo la conversación. De pronto dijo, sin cambiar el tono afable:

—Supe lo de tu mujer...

El silencio nos rodeó unos segundos...

—El corazón... —murmuré—. Algo muy repentino...

—Perdona, no debí ser indiscreta...

Para evitar que volviéramos a enmudecer, me levanté a poner

un disco. Sin pensado mucho me acerqué a ella por detrás para acariciarle los hombros: tan suaves como los había imaginado. Olí su cabellera. Entonces me acometió un oleaje de tristeza y la abracé con fuerza. Al no percibir resistencia me abandoné a comerle los pezones. Mi saliva y su sudor comenzaron a evaporarse. La pelusilla de sus pechos, sólo visible al trasluz, se le erizó al tiempo que separaba los labios. Coloqué mi palma abierta en su almeja; comencé a sentir que un rayo cilíndrico de esa energía incorpórea que mantiene erguida a la carne llenaba el vacío entre su molusco y mi mano. Empapé mi verga con su clamato antes de dejársela ir de una sola vez. Su coño no estaba muy apretado pero al fondo tenía una especie de anillo calloso o algo que me oprimía la verga en cada acometida y me hacía sentir como a esos gansos a los que les han cortado la cabeza y siguen caminando. Sus pies bronceados, de talón completo, bailaban en mis riñones. Yeso me hinchaba más los sesos que percibir el roce de nuestros pelos púbicos. Me dijo: «métela más, así», y me clavó las uñas. Un sabor de lava ardiente y fría nació del apareamiento de mi leche y su jugo. Me la mamó después de que me vine, cuando comenzaba a dormirse y se sienten todos los nervios del glande y se ve una luz que es la radiografía del esperma.

El aparato había repetido el disco y permanecimos sentados frente a frente, sudados, con el coño y la verga batidos, disfrutando sin prisas ni palabras de una inesperada dicha. Poco antes de que el disco acabara por segunda vez, la mujer expresó que tenía frío. La abracé como antes, mas algo la impelió a rechazarme con suavidad. Inesperadamente comentó:

—Aquí hace demasiado frío... No me gusta.

No di importancia a sus palabras y la estreché con cierta brusquedad; cedió y me vi hurgando de nuevo en su coño, su calorcito había empezado a cristalizar los fluidos. Entonces me pareció que en verdad la temperatura de la casa estaba muy baja, incluso sentí que una ráfaga helada y undívaga pasaba sobre nosotros. Frené las caricias tratando de afinar mis percepciones, y en ese mismo instante ella me empujó saltando del sofá. Algo intentaba articular pero las palabras se le quebraban en los dientes. Me contrarió su molestia porque no me ayudaba a entender algo que a mí también me había perturbado. Apenas pudo ponerse el

bermuda salió corriendo. Aturdido, fui tras ella y desde la puerta sólo se me ocurrió llamarla loca.

Quise abordarla un par de veces en la playa pero en ambas ocasiones me rehuyó. Insistí en acercarme a ella porque lo único que de pronto me provocaba interés por el mundo eran súbitas ansias sexuales, parecidas a las que sentía cuando empecé a coger con Ana. A ella la había abandonado un tipo unos meses antes de que yo la conociera. Andaba caliente pero encabronada, y quién sabe cómo la convencí de que aceptara acostarse conmigo, que probáramos. Nos entendimos desde el primer palo. Nos acomodábamos rico, no mecánicamente como para una foto. Cada tarde recordaba vívidamente que cuando más sentíamos que nos amábamos, nos sincronizábamos para venimos juntos...

Pero en realidad no pensaba en nada o mi voluntad no intervenía en lo que ocurría en mi mente. En cualquier momento, como si me quedara dormido, me arrebatában nítidas imágenes que no eran recuerdos ni alucinaciones. Lorena se acuclillaba sobre la mesa de una cocina cuya ventana miraba a un jardín. De allí venía Ángel vestido de hongo. Ella estaba desnuda y abría los muslos para mostrarnos la cueva de donde salen las hadas. Daba fe material de estas visiones un calambre que me comenzaba en mitad de mi falo tieso; avanzaba como una termita hasta los testículos, la próstata. Allí comenzaba a arrastrarse una larva en busca de mi vejiga. Se detenía un momento irradiando dolor en el sacro, reuniendo fuerzas para subir de una sola vez por el centro de cada una de mis vértebras hasta la nuca. Antes de ver mi cabeza rodar por el piso, sentía en el cerebelo la punta de un sable helado. Esta punzada se tornaba un relámpago de sangre que manchaba la pared. Después, cuando contemplaba esa mancha le encontraba entre sus formas una imagen casi tridimensional de Ángel lanzándose de cabeza por el coño de Lorena.

Con el verano llegaron cientos de vacacionistas a la playa. Desde mi cuarto observaba parejas, matrimonios con hijos, pandillas de jóvenes... Aunque su alboroto entre parasoles coloreados, pelotas y hiele ras me producía una mezcla de curiosidad y enfado, en ningún momento sentí envidia de su felicidad en la arena. Mi vida se

disolvía en mirar por la ventana y salir los lunes por la noche — cuando menos gente se encontraba en los alrededores— a comprar algunos víveres. Mis amigos perdieron todo interés y compasión por mi suerte, quizá persuadidos de que exageraba mi pena o de que jamás los había querido...

Sin poder explicarme yo mismo qué me tenía apartado del mundo, agradecí su olvido y me consagré a una soledad que nunca había deseado. Vivía en mi imaginación para seguir cogiéndome a Ana. Cada día me hallaba más sumido en mi cuerpo, no encendía la luz, no hablaba con nadie ni me procuraba ninguna distracción. Pensé que aquello era un extremo de la depresión o los síntomas de un desequilibrio mental. No me sentía particularmente triste, no me emborrachaba ni descuidaba el aseo doméstico, aunque casi no me alimentaba y, por supuesto, había adelgazado...

Cierta tarde, al cabo de un aguacero, brotó el arco iris y con él numerosos bañistas. No me pude sustraer a la maravilla y desde el umbral de mi puerta lo contemplé. Entonces vi pasar a la mujer del cervecero acompañada de varios muchachos. Ella me señaló y los demás rompieron en risas. Estúpidos. Se fueron corriendo como si huyeran de un poseso.

Por la noche me atreví a mirar hacia el mar, no había nadie en la playa. Súbitamente comencé a temblar y un llanto amargo me tomó por sorpresa... Así percibí claramente lo que andaba por la casa desde hacía varias semanas: el frío. Permanecí tendido en la cama, en una posición de absoluto avasallamiento, como el cadáver de un cordero en el frigorífico. Gélidos susurros me descubrieron que la única manera de librarme del frío era masturbarme. Subí a bogar en un lago de emociones imprecisas que se desbordaban en mil ramales. Conforme cada hilo de agua encontraba su cauce molía las piedras con que fueron construidas todas las cosas, una por una, arrasaba el mundo a su paso hacia un mar donde hasta el cielo se hundía. Luego se abría un orificio en el fondo y comenzaba a desaguarse mientras sentía salir por mi ano los grumos de lo que había estado vivo. Del otro lado, en la superficie de la nada, sólo flotaba mi prepucio. Al abrir los párpados mis ojos se mecían en las cuencas desconectados del cerebro.

Pensé que vivía en un mausoleo y recordé con temor a los chicos de la tarde; poco a poco me fue atenazando la angustia y por fin encendí las luces. Me causó náusea el orden de la casa y en medio de ella mi esquelética figura reflejada en los cristales. Sentí verdadero miedo del frío y sin pensarlo salí a caminar.

Sollocé por la playa solitaria tal vez durante una hora. Me detuvo el cansancio y un sofoco. Me tendí en la arena y no me importó que la marea me mojara; imaginé ser un náutico arrastrado a la orilla después de innumerables infortunios, de la destrucción de mi barco y la muerte de mis camaradas. Me perdí aún más en esas fantasías y se me ocurrió que no era un atribulado sobreviviente sino un muerto que había llegado a la otra orilla. Me erguí tratando de echar fuera la arena que se me había metido entre el pantaloncillo y la camiseta. Como quien sale de la tumba me arrojé mirando los alrededores, las palmeras descarnadas, el casto océano, la primera arena del mundo, el cielo de presagios, conquistado por la luna llena que era la única luz que recordaba de la vida. Dirigí mis pasos hacia donde divisé unas construcciones; mientras avanzaba veía mi sombra proyectada en una playa de azogue. De pronto apareció una enorme fogata y en torno de ella se movían varias siluetas animadas por una música frenética. Cuando me advirtieron, de súbito pararon las percusiones y la algazara; me pareció que la lumbre cobraba desproporcionadas dimensiones y me iluminaba con precisión. Al acercarme reconocí a algunos de los vacacionistas que por las mañanas se obstinaban en surfear sobre olas escuálidas; ahora andaban borrachos... Recordé dónde estaba y volvió mi ansiedad al pensar en el frío. Sacando fuerzas del resto de mi carne me impuse volver a la casa...

A la hora en que llegué encontré a unos jóvenes ebrios mirando hacia el interior. Se empujaban como si jugaran a los sustos y al verme se quedaron rígidos un segundo antes de huir.

Apagué las lámparas y me dediqué a caminar por las habitaciones en espera de que apareciera; no tardó mucho: sentí su aliento helado entre mis piernas. En un intento por conservar la razón me dije que aquello eran ráfagas de aire colándose por alguna ventila abierta. Sabía que no era así, que estaba encerrado en la casa con él. Fue inútil hablarle o tocarlo. Busqué una sábana calculando que me serviría para atraparlo o al menos descubrirle

alguna forma. Cuando sus movimientos cobraron cierta violencia lancé la sábana... ondulaba una y otra vez como si fuera una ola blanca del mar...

Al cabo de dos noches me fue dable comenzar a moverme casi sin tocar las baldosas y comunicarme con el frío. Su tacto glacial me acariciaba entre los dedos de los pies, y mientras subía por mis pantorrillas o me mordía las corvas y me lamía el escroto se revocaban las letras o las palabras que había pronunciado mi cuerpo, mis átomos y mis moléculas se desmontaban retornando lentamente a la nada... La lengua de hielo se regodeaba en mi verga cada vez más dura, un tronco de carne que era casi lo único sobreviviente de mí... Restregaba y restregaba el glande hasta que con impaciencia entraba por el meato a frotarse en el cuerpo cavernoso y los manantiales de leche. No encontré forma de resistirme a ser raptado por el frío.

Un impulso tal vez natural por mi condición, me hizo meter el brazo entre una puerta y el marco; haciendo palanca con la escasa fuerza que conservaba me rompí los huesos del antebrazo; no sentí dolor, apenas escuché dos tronidos casi simultáneos. El tiempo se convirtió en un parámetro inservible para vigilar cómo me iba disolviendo ante mis propios ojos; bajo mi carne asaltada en sus orificios por un soplo helado. Me convertía en un hálito mientras dejaba de experimentar frío. Perdía el cuerpo pero no el calor... Comencé entonces a reconocer la presencia de Ana y la inagotable alegría de solazarme en la ausencia de su carne. No podía tocar sus pechos pero yo era su espalda o lamer desde dentro su rajita hasta la punta de los pies o el vidrio de los ojos cuando algún cuerpo se prestaba a ello.

Una noche de finales de invierno, la casa ya invadida por la arena, con los cristales rotos y en más de un punto el tejado carcomido por la sal y la brisa, alguien forzó la puerta. Entraron varios muchachos juerguistas. Hacían bromas acerca de que el sitio estaba maldito y cosas de peor índole. Animados por la bebida rompieron lo que quedaba y orinaron en el sofá... Ana y yo los dejamos divertirse; cuando cobraron confianza nos deslizamos hacia abajo: al principio sintieron frío y en unos segundos se apoderó de

ellos el terror.

Nos burlamos y gozamos de su materialidad... No hace mucho vinieron Ángel y Lorena, intrigados por mi paradero. Nos lanzamos a frotarnos contra ambos; no tardaron en huir. La casa, ubicada a medio kilómetro del conjunto de restaurantes y la zona más concurrida por vacacionistas, se ha tornado un atractivo turístico. Durante el verano la gente pasa y la señala, y nunca falta quien se atreva a penetrarla.

Puerto Solar, último verano

La duende
Rafael Sender

De fuera llegaba el estruendo de una marinera nortea y el petardeo de las moto-taxis; de la rejilla del aire acondicionado, un rumor a aparato viejo, y, cada quince, doce, cuarenta segundos —de un modo caprichoso—, oleadas de frescor con olor a insecticida. Por lo menos estoy en la selva, recordó el arquitecto Guzmán, y acá no se siente el verano, las estaciones siempre son iguales, sólo hay lluvia o no, más zancudos o menos. En la glorieta de enfrente habrá iniciado su serenata la orquesta municipal para los niños y las parejas sentadas en El Tunche, para el grupo de ancianos que se llegan a conversar a estas horas bajo los árboles del parquecillo, bajo las cagadas de los pájaros del crepúsculo.

Trató de defenderse contra la flojera, y abrió los ojos dispuesto a reincorporarse a su papel, pero se le quedaron prendidos en la pantalla del televisor, donde vio, entrometiéndose en la habitación y en una fiesta a la que nadie le había invitado, el rostro de su amigo poeta.

Les andará seduciendo, seguro que les cuenta algo brillante, divertido, supuso el arquitecto, y sonrió amistoso, seducido a su vez aun sin oírle. Por un momento estuvo a punto de pedirles a las chicas que subieran el volumen. Se contuvo no obstante, porque notó que la que tenía entre las piernas se hallaba demasiado concentrada, que la otra también debía estarlo, pues acababa de introducirle la puntita de la lengua en la oreja, y se la lamía a un ritmo sincopado, esquivando con habilidad las primeras cerdas canas de treintaño largo.

Es difícil hacer el amor pero se aprende. Ese verso que tanto éxito cosechaba en los recitales cuando el señor del televisor lo decía despacio, agitando los rizos desde su metro ochenta y siete en un país de chatos, le pareció mentiroso a Guzmán. No, decidí, éstas

no requirieron cursillos, ni vivir lo que llaman experiencias, ni aprendizaje alguno. Nacieron con una espontaneidad y una sabiduría innatas para el sexo. Las comparó entonces con aquellas antiguas jóvenes de su adolescencia —alumnas de estudios generales de Letras, de Artes Plásticas, alguna ocasional gringa del Cuzco— y, aunque sintió nostalgia, se echó a reír en un intento por seguir interpretando a un hombre duro.

Luego levantó algunos centímetros la cabeza para observar a las que ahora trabajaban en su cama, y ahí fue cuando vio que había anochecido. Pero, como solía sucederle en aquel instante, comprobó también que el deseo se esfumaba, que la falta de luz solar lo derretía, porque, al resplandor de las ventanas, las dos chiquillas de trece o catorce años, con sus labios pintados, sus mañas y su aplicación a la tarea, se le antojaron pequeñas mujeres. ¿Tan mayor me he vuelto?, se preguntó, ¿ando mendigando calor animal a estas alturas? Así que por cortesía, para agradecer el empeño de las pequeñas mujeres, se dejó ir. No hubo apenas placer, no sintió nada en la columna. Una vez más, de un modo mezquino, el sexo se había limitado a aliviarle pulsiones.

—¿Y? ¿Cómo le fue? —le preguntó el botero.

Estaba acodado a una de las mesas de El Truche, frente a varias botellas vacías de cerveza, en pantalón corto y camiseta.

—Más o menos —susurró Guzmán mientras se sentaba a su lado con objeto de encarar él también la vereda.

Por un momento gozó del aire de la noche, de la contemplación de las muchachas que caminaban cogidas del brazo, riendo a cada broma, a cada grosería proferida desde el anonimato de los bancos en sombras. Luego oyó hablar al botero, le conseguí Cuzqueña, no es fácil acá, oyó que le explicaba, y para agradecerle aquel gesto —otro que se esfuerza, ironizó— vació los restos de espuma del único vaso, lo llenó y loapuró de un trago.

Pero seguía pensando en las chiquillas del hotel. Las volvía a ver chapoteando en la piscina, en aquella modesta charca de cemento; las veía devueltas a su edad verdadera, felices de profanar un reducto reservado a los ricos. Veía también la sonrisa, cómplice del recepcionista cuando recibió los veinte dólares con los que le

recompensaba su tolerancia, la excepción a la regla, las ropas de baño que se había procurado para las pequeñas mujeres.

—No friegue, pues, doctor. No se me vaya a amargar de nuevo. Palabra, mañana le llevo. Total es feriado y andarán de resaca los madereros, no tendrán el cuerpo para negocios. Igual no iba usted a poder hacer nada.

El arquitecto echó una ojeada al tipo que ahora bostezaba a su lado para calibrar si hablaba en serio. Le pareció que sí, que después de tantos años de porfiar alguien aceptaba de una maldita vez llevarle al pongo, allí donde al río no le quedaba más remedio que abandonar su pose de indolencia y rugir, encajonarse y crear remolinos como un río cualquiera. Trató de controlar el nerviosismo; con dos dedos le hizo al mozo la señal de la paz, una uve con la que pedir otro par de cervezas. Sin embargo, a la segunda no pudo refrenarse.

—Yo ya estoy listo —dijo.

—¿Y pasar la noche despiertos? Mejor salir mañana. Así llegaremos en la tardecita, que es su luz de ella. ¿Para qué tanto apuro?

Siguiendo el ritual, bebieron en silencio, por turnos, como viejos amigos que chupan en la noche del sábado. Pero la sonrisa de Guzmán le gustó tan poco al botero que se rebajó a explicarle una evidencia.

—No es por el miedo, es por la bulla. Allí no se puede dormir de lo que penan. —Hizo una pausa para escupir; luego añadió con desgana—: ¿No ve usted que se han ahogado cualquier cantidad tratando de atravesar el pongo?

Acelerado, insomne, el arquitecto le pegó volantín a la noche. Primero desde una terraza del centro, más tarde desde una chingana junto al río, hasta que vio anaranjarse el cielo, y entonces regresó al hotel con el tiempo justo para poder ducharse.

El botero llevaba la ropa del día anterior cuando se dejó caer por el embarcadero. En cambio, Guzmán se había puesto un polo blanco y una gorrita que le confería aspecto pavo, como si, en vez de ir a la selva, se dispusiera a acudir a una cita a ciegas en La Quebrada o Pulpos.

Acaso para burlarse de los gringos —aquel año no habían venido, ahuyentados por el cólera y la guerrilla—, los monos se dejaron ver muy pronto entre los árboles de la orilla izquierda, sin que ninguno de los dos hombres les prestara atención. Pero, en cuanto alcanzaron el centro del río, la brisa despejó al botero, que comenzó a escupir y a murmurar lisuras.

De repente, descubrió una piedra a flor de agua, donde una culebra engullía parsimoniosa a un pez escuálido.

—¡Mire, doctor! ¡Fíjese en la víbora! —gritó.

Eso sí es una muerte pequeña, y no esa cojudez de la pequeña muerte, se dijo Guzmán, mientras se protegía del sol, que ya golpeaba duro, inclinando la visera de su gorra. ¡Pequeña muerte! Ocurrencias de franceses no más, de poetastros y atorrantes varios. ¡Sólo faltaría que hubiera pequeñas muertes además de la grande!

—Ya son más de las doce —informó entonces—, las 7 p. m. de los caballeros acá, en el trópico. Sáquese, pues, unas chelitas antes de que nos deshidratemos.

Bebió a pico la cerveza templada. Con la mano libre acarició la superficie del agua. La sintió mansa en la contracorriente, perezosa como él mismo, el río y la vegetación que se pudría en las orillas. Oyó el motor del fueraborda, ni pájaros, ni rugidos de jaguar, ni siquiera zancudos. Pura selva, pensó, pura humedad y sudor, pura naturaleza.

Almorzaron unos sándwiches de pollo con palta mientras el calor aumentaba. El sol rebotaba contra la lancha, contra todo lo que podía. De a ratos se escuchaba la salpicadura de algún pez que brincaba inútilmente en busca de frescor.

Hacia la media tarde, el río comenzó a achicarse; Guzmán lo adivinó por el progresivo acercamiento de las dos orillas. Ya era posible distinguir con claridad los árboles, ya no era sólo aquella interminable pista de aguas pardas. Se aproximaban al pongo, muy lentamente, como la balsa en apariencia desierta —el indio debía dormir dentro de su cabaña de cañizos— que se les cruzó, acarreando una carga de plátanos, rumbo al mercado de los lunes.

Llegaron a los primeros roquedales casi una hora antes del crepúsculo, y atracaron en una playita donde había varios troncos varados.

—Servido, doctor —anunció el botero.

Nada más saltar a tierra, Guzmán escuchó el bramar del pongo. Supuso que comenzaba allí, que luego se angostaría más aún, y le echó una ojeada al río. Lo vio disimular, fingirse apacible para invitar a que lo remontaran.

—¡Río de mierda! —exclamó, y le volteó la espalda.

Les envolvió una manta de zancudos que se conocían el camino y les siguieron por la trocha. Cuando ésta murió, a algunos metros del río, muchos desistieron, quedaron sólo los más pertinaces, hembras muy sedientas. *Esa infinita sed*, recordó el arquitecto, tres palabras de un poema inédito que su amigo dejara escapar, ebrio de alcohol y sensación de desvalimiento, mientras contemplaban hundirse el sol en el mar, parados junto al faro, en el malecón de Miraflores.

Poco después, cuando desapareció el aguaje y tropezaron con terreno seco, el botero desertó también:

—Siga no más, doctor. Yo lo aguardo acá. No se demore. De su luz de ella no más queda un cinquito.

La selva tardaba en espesar, de modo que algún rayo de sol iluminaba la maleza, le echaba parches de un blanco desleído al verde de abajo y al azul del cielo. El sudor le resbalaba al arquitecto por la nuca, empapándole el polo. A pesar de que no se detenía, los zancudos se ensañaban en sus brazos y cuello, en las mejillas afeitadas, en las orejas, y hubo uno que se le coló en la media y le picó entre los dedos.

—¡Su madre! —exclamó—. ¡Puto pongo y puta duende!

Se rendía, iba a dar marcha atrás, en el preciso instante en que la vio atravesar un calvero, y reemprendió la caza. Al principio la siguió de lejos. Le costaba alcanzarla, tropezaba y, a cada caída, iba perdiendo su prestancia. Estaba rasguñado y sucio, no quedaba ya ni rastro del desodorante, olía como su entorno Guzmán: a hedor de selva. Pero luego el camino se hizo más liviano porque regresaba el aguaje y raleaban los árboles. De nuevo el río, imaginó. Sin embargo, reparó en que era imposible, pues habían tomado la dirección opuesta. Además, desde allí no se escuchaba el bramar del pongo.

Y fue aquel momento, cuando su perseguidor se rendía por

segunda vez, el que ella escogió para ponerse al alcance de su vista y permitir que admirara el rubio de su pelo, que casi se desaparecía de tan rubio. Le aguardaba, inmóvil y desnuda, a cuarenta metros apenas, a orillas de la cocha.

Por eso todo aquí rezuma humedad, pensó Guzmán, estamos donde el río quería, en territorio suyo, en el paraje que ocupó durante la crecida y del que se replegó a principios del verano, aunque cubriéndose las espaldas, dejando de retaguardia esta laguna. *Los pastos húmedos son mejores que los pastos amarillos, recordó, pero la arena gruesa es mejor todavía.* De versos se acordaba ahora en lugar de los consejos que le dio el botero. A pesar del terreno fangoso, ni se fijó en las huellas. Igual le daba si estaban al revés o no, si eran o no humanas. Poco reino es la cama para este buen amor, siguió recordando. Y en ese punto se atoró. Eso sí que no, alcanzó a protestar, ¡qué amor ni qué amor! Porque era deseo lo que sentía, un deseo infinito como la sed del poeta.

Por el color del cielo supo que quedaban sólo segundos de luz, así que prescindió de preámbulos. Fue hacia ella, la abrazó sin dulzura, y la tumbó de espaldas sobre la arena, de acuerdo a un modo de comportarse que le llegaba de muy lejos, de más allá de la memoria. Un último rayo, ya muy tenue, se confundió con la mirada dorada que ella clavaba en los ojos del hombre que la poseía, y, antes de evanescerse, le atravesó limpiamente el rostro, como dicen que hace siempre el sol con los duendes.

Cuando el botero lo encontró al otro día, el arquitecto Guzmán estaba desnudo, sonriente y plácido, con aspecto de hombre bien jodido por fin. También estaba muerto.

Barcelona, febrero de 2002

En un lugar de mi cuerpo...

Andreu Martín

Helena se aburre.

No lee nada, ni revistas del corazón, y se cansa en seguida de mirar la tele. Se pasa las horas ensimismada ante la ventana, contemplando la eclosión de este verano bochornoso, rojo y amarillo, que brilla en la piel y pesa en los brazos. Bosteza, se despereza, se pasea con ademanes felinos de modelo en la pasarela. Se exhibe en ropa interior sexy. Tangas y sujetadores ínfimos.

—¿Te gusta este conjunto?

A veces, desnuda, al entrar o salir del cuarto de baño.

Yo le digo:

—Por favor.

Y ella me reta con sus ojos grises, helados, llenos de nada.

No me atrevo a pedirle que me ayude en la cocina, ni siquiera sé si sabe cocinar o si le gusta hacerlo. No sé nada de ella y ella no parece muy dispuesta a darme a conocer nada que no sea su cuerpo. Me pregunto qué cara debe de poner cuando hace el amor. Mucho menos le pediría que ayudara a lavar la vajilla o a poner la mesa. Ella podría tomárselo a mal, como si la tratara de criada, y a mí me parecería que le estoy pidiendo que me pague la estancia en esta casa. Y no quiero pedirle nada porque no quiero tenerla en casa. La verdad es que me estorba. Pero no puedo echarla a la calle. ¿Qué haría, la pobre?

—¿No te quieres ir a tu pueblo?

—¿Qué quieres que haga yo en mi pueblo? ¿Cultivar fresas? ¿Poner una mercería? Acabaría haciendo de puta, como aquí, pero más barato.

De vez en cuando, sale, se hace un par de clientes y, al volver, se ha comprado algo más de esa ropa que le gusta tanto, y me deja caer unos billetes aquí o allí, como olvidados. A mí me incomoda tanto quedármelos como devolvérselos. No quiero desairarla con un

desprecio. Pero tampoco quiero vivir a costa de su ejercicio de la prostitución.

—Guárdatelos. Son tuyos. Cuando tengas una buena cantidad ahorrada, ya decidirás lo que quieres hacer con ella.

—No te gusto —replica ella, tan seria, sin mirarme a la cara.

Yo no respondo. Es pura coquetería. Tiene unos pechos muy bonitos, pequeños pero bonitos, con un pezón poderoso que se marca en relieve bajo la ropa, aunque lleve un sujetador convencional.

—¿No quieres que te la chupe?

—No.

—¿Por qué no me dejas que te haga una mamada?

—Porque no.

Podría decidir que es debido a su mirada de acero, tan fría y ausente.

La contemplo a hurtadillas desde la cocina, mientras trajino con cacerolas y cucharones y ella está jugando a cepillarse el pelo. Tiene una espalda recia, musculada, oculta a medias por la cabellera lacia, cobriza y brillante al sol, que se peina trazando la raya ahora en medio, ahora a un lado.

—Háblame de tu vida.

—No hay nada que contar. Miseria.

La supongo hija de puta, criada en un burdel entre risotadas groseras y conversaciones tediosas que todo el día giran en torno a las purgaciones y las pollas, al que la tiene más gorda, a la mamada y la lluvia dorada. Y, en cuanto le salieron las tetas, el primer cliente.

O quizá no.

Es mía de noche, cuando duerme, en el sofá del comedor. A veces me he levantado a espiarla, con la cabeza reposando sobre esa maraña de cabellos de cobre, tan tranquila, tan impúdica. Es difícil vencer la tentación. No usa pijama ni camisón y las sábanas suelen ser indiscretas.

Es mía cuando come. Le encantan mis lentejas con chorizo, y el fricandó, y el bacalao al pil-pil.

Come con voracidad, como si hiciera años que no come caliente; o como si nunca nadie hubiera cocinado especialmente para ella. De

vez en cuando, levanta la vista del plato y me recuerda al lobo cuando echa una ojeada en torno para asegurarse de que nadie le disputará el condumio. Una mirada fiera que me ratifica que sólo el sexo puede emocionada.

Para corroborar mis sensaciones, la primera vez que veo despertarse su interés y su atención es cuando me telefonea Lea.

—¿Lea?, —me oye decir al aparato impostando la voz y sonriendo complacido—. ¿Vienes? Bueno, te estaba echando de menos. Te espero impaciente.

Supongo que es el tono de mi voz lo que pone ese brillo de picardía en sus ojos.

—¿Va a venir una mujer?, —pregunta, incrédula.

—Sí —le digo, pavoneándome—. Y tú tendrás que salir, si no te importa.

Me mira de una manera nueva. Como si estuviera calculando comprarme a piezas.

—Creí que no te gustaban las mujeres. —No tengo ningún comentario para eso—. Entonces, ¿por qué yo no..., por qué no...? —He decidido darme una ducha. Estoy buscando ropa en el cajón del armario. La camisa negra, los pantalones grises. Ella me sigue a todas partes—. ¿Por qué no te gusto?

—Sí me gustas —la tranquilizo—. Me gustas mucho. Pero me acuesto con Lea.

Su expresión de pasmo me hace sentir ridículo, así que me encierro en el minúsculo cuarto de baño.

Me ducho y me afeito. Me visto ante el espejo empañado, demasiado consciente de la presencia de Helena al otro lado de la puerta.

Salgo y le digo:

—Por favor, Helena. Te agradecería que te fueras a dar una vuelta. —Saco un par de billetes del bolsillo—. Toma. Vete al cine. Vete a cenar. Diviértete.

—Sólo me sé divertir de una manera —dice mirándome a la bragueta.

—Bueno, pues vete a buscar compañía. Pero no quiero que Lea te encuentre aquí cuando llegue. —Pienso: «Sobre todo, mientras vistas esta minifalda y este top negros»—. Y ésta es mi casa, si no te importa.

—No me puedo ir —responde entonces haciendo tintinear las esposas contra la cañería de la calefacción.

Me sobresalto. ¿Qué coño significa eso? Lo compruebo. Ha esposado una de sus muñecas a los tubos del radiador.

—¿De dónde has sacado estas esposas?

—Las he encontrado por ahí.

—¿Y qué pretendes? ¿Se puede saber qué pretendes?

—Jugar.

—¡Pero si estoy esperando a...!

—Así es más emocionante.

—Dame la llave —le exijo poniéndome serio, muy serio.

—Encuétrala tú, —y ahora sonrío. Creo que nunca la había visto sonreír. Y, desde luego, nunca había visto sonreír así a una mujer—. La tengo encima. O debajo. En algún lugar de mi cuerpo...

Suspiro. Miro al techo, pidiendo paciencia y calma a alguno de los dioses que andan por ahí arriba.

—Sé dónde la tienes.

—Estupendo. Así acabaremos antes. Bueno, adelante, no tienes más que cogerla.

—No.

—Bueno.

Sonríe y sonrío.

Si Lea llega en este momento, será el final de nuestra relación. Lea es una mujer casada y apasionada que me alegra la vida. Terriblemente sexy, mucho más mujer que esta niñata. Muy cerca cuando estamos cerca y muy lejos cuando no toca tocarse. Ésa es, para mí, la relación ideal. En la cárcel te acostumbras a valorar la soledad.

—Por favor —le digo—. Siempre me he portado bien contigo.

—No, no te has portado bien. ¿Sabes qué me enseñó uno de mis clientes?, —comenta, como si dispusiéramos de todo el tiempo del mundo para conversar.

—Por favor.

—Era uno que siempre quería ir conmigo. Casi éramos novios. Y, al final, casi éramos un matrimonio, así que lo envié al cuerno. ¿Sabes qué me decía?

—Por favor.

—Decía, a ver si me acuerdo... Me lo aprendí de memoria.

«Relacionar la práctica del sexo con el amor sólo porque ambos implican besos y caricias es como relacionar el proceso de la alimentación con el odio sólo porque implica el uso del cuchillo que desgarrar, pincha y destruye». ¿Qué te parece?

No me deja alternativa, así que decido terminar cuanto antes. Me arrodillo ante ella, que está sentada. Trato de separarle las rodillas. Se resiste. La miro. Frunce los labios y me riñe con sus ojos de acero. Le separo las rodillas porque ella accede, pero me obliga a hacer un poco de fuerza, y la presión que tengo que vencer me resulta excitante. La minifalda es lo bastante corta como para que, desde este punto de vista, ya se me ofrezca la visión del triángulo negro del tanga. Ahí voy. Separo la braguita y me enfrento a la vulva afeitada. Vuelvo mis ojos a los suyos, una vez más, y suspiro. Me está tomando el pelo.

Llevado por una súbita inspiración, me pongo en pie y, sin contemplaciones, introduzco mi mano en su top y busco entre sus pechos duros rozando sin querer esos pezones erectos, que se me antojan cortantes como diamantes. Y ella cierra los ojos y hace «Mmm», disfrutando del contacto.

—Caliente, caliente —murmura.

Un pecho y otro bajo mis manos, que tremolan y tratan de pasar sobre ellos como si nada.

—¿Por qué no me quitas el top y acabarás antes?

Tiene razón. Cada vez más torpe, le desabrocho el top y libero esos pechos blancos blanquísimos con la joya del pezón rojizo, pechos que sólo he visto de pasada, alguna vez, sin querer, cuando ella se ha exhibido al entrar o salir del baño. Son una maravilla, para qué nos vamos a engañar. Pero no ocultaban llave alguna.

—Decías «caliente, caliente» —le recrimino.

—Es que me estás poniendo muy caliente. De verdad.

Mueve los muslos. Los abre y los cierra, los abre y los cierra.

—A ver. Levántate.

Se levanta de la silla. La llave no está en el asiento. Me estoy enfadando. Lea estará a punto de llegar. Así que debo ir al grano cuanto antes, para acabar de una vez. Y me planteo que, probablemente, cuando hayamos terminado con este juego, le diré a Helena que se largue y no vuelva nunca más.

Ella se sienta de nuevo y se abre de piernas con impudicia. Sin

miedo, como haría un ginecólogo, llevo mis dedos a su vulva. Aparto la braguita y los labios, y me sorprende el color rosáceo de ese interior, que contrasta con la blancura de la piel del entorno. Ahí voy. Ella ronronea como una gata y echa la cabeza hacia atrás. Ahora sus muslos están completamente separados. Y su respiración es entrecortada, como si divisara un orgasmo en el horizonte.

—¿Por qué no me besas mientras buscas?, —pide, con voz enronquecida.

Mis dedos se mueven dentro de ella, se empapan con sus fluidos, chapotean en un mar. Helena está moviendo la pelvis lentamente, suavemente. Pero no encuentro lo que busco. Me esfuerzo, busco y rebusco, sudoroso y ruborizado, pero ahí dentro no hay ninguna llave.

Maldigo.

—No te impacientes, Carrasco —dice ella, entre jadeos contenidos—. Aún no has buscado en todas partes.

Mis ojos febriles encuentran los suyos, que se han iluminado, se han llenado de una vida que yo no podía sospechar en ella. Es una mujer que palpita. Y le estoy dando el máximo placer que es capaz de sentir.

Bueno, vamos allá.

—Levántate —le digo de nuevo, tan palpitante como ella, a punto de perder el control de mis movimientos.

Me ayuda, no tiene intención de poner trabas a mi registro, y coloca un pie sobre la silla, para facilitarme aún más la tarea.

—Bésame cuando me metas el dedo —suplica.

No pienso besarla. Hasta ahí podríamos llegar. Deslizo mi mano derecha entre sus nalgas. Para encontrar el orificio, no hay más obstáculo que la tirilla del tanga. Mi mano me parece ardiente entre sus glúteos fríos, pequeños y poderosos. Contrae los músculos para darme la bienvenida. Encuentro el esfínter y le hundo el dedo, lo más hondo que puedo.

—Méteme dos —me sugiere—. Para poder coger la llave, si está ahí.

Le meto dos dedos. Se yergue, crece, se llena de un suspiro y parece que se le hinchan los pechos. Entonces, con una sonrisa de dientes afilados, me dirige una mirada turbia de placer y llena de inteligencia y susurra, con voz estrangulada:

—¿Encuentras algo?

Yo muevo los dedos y ella cierra los ojos, desmayándose deliciosamente, y hace «Mmm» y pone unos morritos deliciosos, pidiendo beso. Niego con la cabeza.

—Bueno —dice—, entonces creo que te vaya echar una mano.

Y, antes de que yo pueda preguntarme qué habrá querido decir con eso, abre la mano y me muestra la llave que siempre ha estado allí.

Libero los dedos y me apodero de la llave. Procurando no mirarla a la cara, me dedico a abrir las esposas. Lo consigo a la tercera, lo que no deja de tener mérito si tenemos en cuenta mi temblor y la niebla que ciega mi vista.

En ese momento llaman a la puerta.

Es Lea. Por el amor de Dios, es Lea. La hostia.

Moviendo sólo los labios, le exijo a Helena que se meta en el armario que hay en el recibidor. Le silabeo mi orden al tiempo que señalo la puerta con gesto brusco e imperativo. Ella me dedica un mohín travieso que equivale a un frívolo «Bueno, bueno, no te enfades» y corre a meterse en el armario como si toda su vida fuera un vodevil.

Abro la puerta y ahí está Lea. Magnífica, morenaza y hermosa. Cabellera negra azabache, ondulada. Grandes pechos. Mucha mujer. Traje de chaqueta gris marengo, blusa de seda color marfil, medias negras, zapatos de tacón de aguja.

—¿Qué te pasa?, —me pregunta.

—¿Que qué me pasa? —La abrazo por la cintura, le pongo la mano sobre un pecho.

—Pareces enfermo. Estás sudando, ojeroso, congestionado.

—Es la pasión —digo.

Me apodero de sus labios, los abarco con los míos, los chupo y los muerdo mientras pugno por sacar la blusa del interior de la falda. Ella interrumpe el beso para contemplarme, estupefacta. ¿Qué me ocurre hoy? ¿Nos vamos a saltar la copa, la conversación preliminar, ese prólogo acostumbrado en que los dos pretendemos que el sexo es lo de menos? Debe de ser cosa del calor, que nos enciende.

Ahora busca ella el beso, antes de que se me pase el arrebató, y nos embadurnamos de babas, sin manos, para poder quitarse ella la

chaqueta y yo desabrocharme los pantalones, y ya consigo meter la mano bajo su blusa y apropiarme de uno de sus pechos enormes, mientras nos dirigimos, a trompicones, hasta el dormitorio, para poner tanta distancia como sea posible entre nuestros arrumacos y la Helena escondida en el armario del vestíbulo.

Vamos a parar sobre la cama. A horcajadas sobre ella, mientras me abre la bragueta y busca en mis calzoncillos, le desabrocho la blusa y le subo el sujetador, de forma que le queda de collar. Me inclino para besar sus pechos, que no se acaban nunca, al tiempo que tiro de su falda abajo, y encuentro las braguitas y, debajo de las braguitas, ese nido húmedo y cálido, y me entrego a una prospección parecida a la que minutos atrás realizaba en Helena. Ella se abandona a mis caricias, abierta de brazos y piernas, en aspa, soy toda tuya.

Pero hay algo que no funciona. Lo más importante parece que no funciona.

Ella patatea para prescindir de la falda y de los pantis negros, los dos jugamos con nuestros respectivos genitales mientras volvemos a besarnos y yo pienso: «Maldición, ¿cómo es posible?». Lea decide poner solución al problema. Pasa a la acción. Tiene unos labios gruesos y glotonos. Me descapulla y aplica esos labios besadores al glande. Ahora soy yo quien se ofrece a sus ansias, abierto de brazos y piernas.

Pero es inútil. Me doy cuenta de que es y será inútil. Porque no me puedo quitar a Helena de la cabeza y, curiosamente, el recuerdo del olor de su vulva abierta a mis dedos no me produce ninguna excitación. Ni el olor de Lea tampoco.

—Carrasco —dice ahí abajo Lea, compungida.

—No sé qué me pasa. —Lo típico.

Suena un ruido en la habitación de al lado.

Tenía que suceder. Una silla al desplazarse. ¿Qué coño está haciendo esa puta? ¡Le he dicho que se largara!

Lea aparta su boca de mi pene y dice:

—Hay alguien ahí al lado.

—Yo no he oído nada.

Lea salta de la cama. No es una mujer cobarde. Al contrario, casi es demasiado valiente. Llega hasta la puerta, vestida únicamente con el sujetador en torno al cuello y, sin pudor alguno, abre de un

tirón.

Queda de espaldas a mí, cubriendo todo el vano. Sus piernas son mucho más bonitas que las de Helena. Su culo es más grande. Su piel, más tostada, más saludable. Por la contracción de sus glúteos deduzco que se ha encontrado cara a cara con mi inquilina.

Me incorporo, entorpecido por los pantalones en torno a mis piernas, y veo a Helena, fuera, pillada in fraganti, con las tetas al aire y el top negro en la mano. Sus ojos acerados, ahora, son la representación de la más absoluta inocencia.

—Sólo quería ponerme el top —se excusa.

Lea se vuelve hacia mí hecha una furia.

No veo llegar su mano y me pilla de sorpresa la bofetada aguda que me hace retroceder unos pasos.

—Lea, por favor... —balbuceo mientras ella se compone el sujetador y mira en torno, como un animal acosado que buscara un agujero por donde escapar—. No es lo que te imaginas.

—Ah, ¿no es una puta? —Se pone y abotona la blusa—. ¡Pues lo parece! ¡Debe de ir a algún baile de disfraces! ¡Ella de puta y tú de macarra!

Helena no me quita los ojos de encima y no piensa decir nada.

—Lea, por favor... —Cómo contarle brevemente lo sucedido mientras se pone las bragas—. ¡Me la han regalado!

—¡Ah, te la han regalado!

Ahora, la falda tubo (torcida).

—Un proxeneta del barrio. Me la regaló. Y no pude negarme.

—Ah, claro, no podías negarte para no hacerle un feo.

—Te lo digo de verdad. Ella duerme ahí, en el sofá, y yo aquí... No hemos hecho nada...

Agarra la chaqueta y el bolso de un brusco zarpazo, me clava una mirada asesina y aúlla:

—¡Y, además, te crees que soy imbécil! —Luego, añade, desgañitándose, que me odia, que soy un asqueroso ridículo, cuán engañada ha estado todo este tiempo, este lugar le da náuseas y me envía a tomar por culo.

Desaparece con un portazo formidable.

Después de un largo silencio, después de miramos desolados a los ojos, Helena avanza lentamente hacia mí, con esos andares de modelo en la pasarela. Los pechos pequeños y perfectos al aire. Los

pezones rojos tan erectos.

—Lo siento —murmura.

Me acaricia la mejilla, y luego permite que su mano se deslice hacia mi nuca, y sus labios vienen al encuentro de los míos. Abro la boca y acepto su lengua. Nos emborrachamos de babas mientras yo me apodero de sus pechos y la mano sabia de puta de toda la vida baja a encontrarse con todo lo que yo puedo ofrecerle.

Y se sorprende cuando, entre los dos, encuentra una erección bien explícita.

Barcelona, marzo de 2002

La noche de los enamorados

Ana Rossetti

—Con poner el nombre no es suficiente —advirtió Octavia—. Hay que formular también el deseo.

A Miriam eso le daba igual, pero no se atrevió a decírselo abiertamente. Qué raro. De pronto no sintonizaban, y cualquier comentario que hiciera ella al respecto, aun en broma, la podía ofender. En realidad Miriam ni se lo creía ni dejaba de creérselo, pero tampoco le importaba mucho. En las bodas también lanzaba arroz y gritaba «¡Vivan los novios!», pese a sus reticencias sobre ciertas ataduras. Lo que le desconcertaba era la seriedad y hasta el rigor con que Octavia se tomaba un asunto en el que sólo intervenía la costumbre.

Volvió a doblar el papel y se lo guardó en el vaquero con una sonrisa de disculpa. No tenía ninguna intención de modificar el escrito, pues además de que ella lo hacía únicamente por participar —le gustaba integrarse, formar parte de la gente— y de que no llevaba un bolígrafo encima, las grandes letras mayúsculas ocupaban por entero la estrecha tira de papel: JOAQUÍN TOLEDO VALLE.

Joaquín, en esos momentos, subía a la terraza del hotel Astoria en una cápsula de cristal. Era un ascensor muy diferente de la desvencijada jaulita de la casa de Miriam: un estrecho paralelepípedo de espejos y cristales engastados en madera acaramelada. A veces, recordó, cuando él bajaba aún impregnado en la vibrante fragancia de ella, le parecía estar dentro de su frasco de perfume. La simple evocación esparció en el aire hierba mojada con tal pujanza que lo hizo dudar de su verdadera situación. Los contornos redondeados que lo cercaban se convirtieron en las facetas biseladas de un prisma y la luz fluorescente en un dorado

claroscuro. Fuera, no se empequeñecían los cuidados jardines del hotel a toda velocidad sino que, trabajosamente, iban descendiendo los pisos cuyos descansillos iluminados fulguraban en las distintas caras de los cristales y reverberaba en los espejos. El recuerdo lo precipitaba a la tierra y el presente lo catapultaba al cielo. Sus sensaciones lo desgarraban dejando en su interior un poderoso vacío. Y él cerró los ojos mientras todo su cuerpo se tensaba y una oleada de deseo atolondraba su pleamar.

—El principal problema estriba en que no sabemos lo que realmente nos conviene. Sentimos la urgencia de que se realicen nuestros propósitos, pero no se puede tomar una determinación sin analizar qué intención nos mueve, qué es lo que exactamente necesitamos conseguir y hasta dónde estamos dispuestos a pagar. Por eso es bastante frecuente que cada deseo concedido termine resultando una catástrofe porque ni conocemos nuestras verdaderas opciones, ni somos capaces de imaginar qué efectos colaterales puede desencadenar la obtención de lo que estamos pidiendo. Y, sobre todo, es que al no saber qué estamos pidiendo, no lo expresamos correctamente. Como nos hemos acostumbrado a hablar por sobrentendidos se nos olvida que hay un abismo entre lo que estamos diciendo y lo que queremos decir. Lo malo es que las expectativas siempre se cumplen al pie de la letra. Por eso hay que tener mucho cuidado con la declaración de intenciones y no darle ninguna oportunidad a la ambigüedad. Por ejemplo, si tú lo que quieres es dinero, mejor es pedir directamente que te toque la lotería y punto. Porque el dinero podría venírte por cualquier otro conducto y acarrearle gastos o problemas. Acuérdate si no de los típicos cuentos de «tres deseos»...

Miriam hacía grandes esfuerzos por no enarcar una ceja ni abrir desmesuradamente los ojos para no evidenciar su escepticismo y su estupefacción. Siempre había pensado que esta clase de supersticiones sólo podían arraigar en personas poco inteligentes y sin ninguna instrucción. No era el caso de Octavia. Había sacado brillantemente la carrera no a base de codos sino gracias a la rapidez con que captaba las ideas y extraía conclusiones propias argumentadas con claridad y concisión. Los dos últimos años de

carrera compartieron piso, y mientras en épocas de examen Miriam pasaba largas noches de centramina y cocacolas, Octavia apenas tardaba más de cuatro horas en subrayar con energía los apuntes. Sin lugar a dudas, tanto tiempo en una aldea debía de marcar. Se empieza por el interés antropológico y se termina clavando alfileres en las fotografías.

Joaquín volvió a cobrar conciencia de dónde estaba, pero fue momentáneo. Enseguida, el cilindro transparente que lo aceleraba hacia arriba lo trasladó a los invisibles pantis de Miriam y a la lenta escalada de sus labios a través de las sutiles mallas, haciendo retroceder el vestido hasta alcanzar el confín de la cintura para tirar del elástico y, con él, de la lycra. Sus manos, encajadas bajo las rotundas cúpulas de los glúteos, ayudaban a bajarlo, tensándolo para salvar las caderas y resbalándolo hasta alcanzar el borde ajustado de la braga, de colores siempre sorprendentes, y juntarlos en su descenso hasta que el vello apareciese, poco a poco. Primero, las raíces alineadas como las firmes hebras de un tapiz; después, el espumeante vellón desbordándose y humedeciéndose, y entonces sentir cómo, bajo su aliento, se erizaba, se ofrecía, avanzaba ávido saliéndole al encuentro, empujándose contra su boca, derramándose le en ella. La inmediatez del deseo y la contención que multiplica el placer lo invadieron y lo anonadaron con su embriagadora pugna. Una perla se abrió paso de entre una maraña de algas y el paladar se le inundó con la tibia humedad de las anémonas.

—O por ejemplo —seguía diciendo Octavia—, si lo que quieres es deshacerte de una persona, la fórmula adecuada, contra lo que se podría pensar, es: «Deseo que... tal, tal, tal... se libere de mí», porque claro, de nada te sirve libertarte sentimentalmente de alguien si esa persona en cuestión sigue obsesionada contigo, ¿no?

Miriam mordía su porción de empanada con cuidado de no desperdiciar ni una partícula del hojaldre. Estaba delicioso. Al morderlo, el relleno se desbordaba y se le precipitaba en el paladar en una apoteosis del escabeche entre la dulzura del pimiento y la transparente suavidad de la cebolla.

—Y si por el contrario —seguía diciendo Octavia— lo que quieres es conseguir a alguien... Bueno, precisamente hoy es la noche favorable para eso. La gente piensa que el día de los enamorados es el de San Valentín, pero eso es una tontería: San Valentín es patrón de las parejas, de las parejas oficiales con intenciones de fundar familia y con la entrada del piso ya entregada, porque en esas fechas los pájaros empiezan a anidar. Como comprenderás, es algo bien distinto. Pero la noche de San Juan es la noche de la pasión, de la magia, del fuego, del arrebato y de la locura, o sea, la noche de los enamorados y del enamoramiento fulminante. En fin, que si quieres conseguir a alguien, hoy estás de enhorabuena, lo que pasa es que la cosa no es tan sencilla.

Pues claro que no, pensó Miriam, eso es manipulación pura y dura.

—Ahora, que si estás interesada en algo de eso, me lo podrías haber dicho antes para que yo lo hubiera previsto. Aquí hay una escuela de meigas y yo soy muy buena amiga de algunas.

—¿Tienes un cigarro? —interrumpió Miriam a la desesperada. Sabía que Octavia le iba a decir que no, pero era una débil excusa para desviar el asunto. Esa conversación, o, más que la conversación, el monólogo pretencioso de Octavia, le fastidiaba enormemente. Ella no recordaba así sus antiguas charlas, divertidas, enriquecedoras, vivaces y llenas de claves íntimas. Es más, hasta ese mismo momento, estaba convencida de que la empatía seguía funcionando entre ellas a pesar de todo el tiempo que llevaban sin tener apenas contacto. Después pensaría en que si, más que adoctrinándola, no la estaba poniendo sobre aviso.

¡Qué insoportable se le hacía su recuerdo! Estaba más que demostrado que no podía vivir sin ella. En todo la echaba de menos y en todo la encontraba. Las aceras se extendían ante él como una membrana tensa, esperando el repicar de sus tacones, las bocas del metro parecían que, de un momento a otro, iban a expeler su agitada sonrisa, las bandadas de pájaros se elevaban al atardecer como su falda al viento, el sonrosado anuncio del crepúsculo eran sus pezones pugnando por sobresalir de su camiseta y la simple

rememoración de su cuerpo con sus particularidades y sus accidentes era suficiente para hacerlo enloquecer. Sus ojos eran como dos piscinas punteadas de sol; su pelo, como un vendaval de seda; su boca, un trago aterciopelado de vino y su lengua una infatigable y minuciosa exploradora; sus brazos, culebras de azogue que podían convertirse en aros de acero; sus manos, dos gavillas de caricias siempre dispuestas a desatarse; sus pechos, dos cachorros de puntiagudos hocicos rosa guardianes de un sobresaltado corazón; su cintura, una danza; sus caderas, un firme asidero; su vientre, un estanque sosegado; sus piernas, un refugio cálido y seguro; sus ingles, un cuenco de laca bordeando una colina de densa negrura. Llevaban separados casi dos meses. Toda una eternidad. ¿Cómo lo iba a poder resistir?

Miriam no podía aguantarla. Trató de desconectar para que su mente escapara a lugares más confortables, pero no lo consiguió del todo. Aunque llegó a un punto en que dejó de escucharla, cada una de sus palabras se registraron en su cerebro con toda fidelidad, según comprobaría más tarde. Octavia interrumpió por fin su discurso, no por falta de materia ni de entusiasmo, sino porque ya se acercaba la hora. Resbaló del ancho parapeto donde estaban sentadas hasta la mullida alfombra del trébol.

—Vamos —dijo sin apenas volverse, y echó a andar en dirección al claro donde la cambiante señal de una antorcha intensificaba su resplandor.

Miriam apuró su vino, metió en el vaso de papel la servilleta y se quedó sin saber qué hacer con todo eso. Octavia, sin embargo, había dejado allí sus cosas sin ninguna dificultad; por lo visto su reciente fervor hacia los poderes ocultos de la naturaleza no tenía nada que ver con la preocupación por el medio ambiente. Miriam agrupó los restos de la cena y se apresuró a seguir a Octavia. Andaba trastabillándose pues el terreno era desigual y no se veía apenas, pero al fin consiguió situarse detrás de la larga trenza que golpeaba sobre la blusa amarilla con la regularidad de un metrónomo: Octavia, magnetizada por una llamada irresistible, sabía dónde apoyar el pie sin ningún titubeo. Miriam jadeaba. El bosque las asediaba con sus murmullos discontinuos.

El zumbido del ascensor era apenas un susurro..., la cremallera que bajaba..., la espalda que abría y ampliaba un blanco triángulo flanqueado por las alas incipientes de los omóplatos... Las estrechas paredes que lo rodeaban parecían comprimir su angustia. El ascensor se detuvo. El vestido cayéndose en un golpe seco sobre el parqué pulido y los pies de ella saliendo del cerco y girando hacia él su desnudo. Joaquín salió a la terraza. ¡Ah..., Miriam, Miriam!... Las palabras de entonces se mezclaron con la invocación de ahora.

El bar de la terraza proyectaba una afilada hoja de luz sobre las sombras enmarcando la distribución de los veladores y las sillas de médula. Joaquín dio un rodeo. El temor y la excitación que agujonean la ruta de las resoluciones irrevocables, y la ansiedad que trastorna la espera antes de que pare la ruleta o se muestren los naipes, lo arrastraron con igualadas fuerzas hasta el ancho pretil. Y Joaquín se acodó en él y se asomó a la noche. Los edificios de la ciudad, taladrados de luz, se arracimaban allá abajo como un puñado de pedrería. Aquella noche en la que se encontraron y se conocieron y se fundieron para siempre, el vestido de ella brillaba en el suelo así.

En el centro del claro ya estaba prendida la hoguera. Parecía una tienda india por su forma cónica. Un halo de chispas la envolvía en un refulgente tul. Toda la aldea estaba ya a su alrededor girando en el mismo sentido, monótonamente, como la masa en el torno del alfarero. Octavia y Miriam se incorporaron a la rueda. El fuego parecía una lisa y compacta plancha de cobre a la que el viento, sin embargo, hacía trizas con más facilidad que si fuese un pañuelo de gasa. Otras veces, lo rizaba como el rubio lomo de un carnero. Era un raro y fascinante espectáculo. El humo ondulaba las facciones que la lumbre teñía con una aguada de azafrán. Era un luminoso cercado contra el telón compacto de la noche. Fuera de él nada existía.

En un momento dado, Octavia se volvió de improviso. Sus ojos brillaron, grises y almendrados como los de una gata. Después, Miriam recordaría que había en su mirada algo indefinible e inquietante.

Fue la pasada Nochevieja. Sus miradas se encontraron entre el tumulto. ¿Quién eres tú?, se preguntaron los ojos para a continuación responderse: Yo soy tu deseo. Y no hizo falta nada más. Sin esperar a que sonaran las campanadas, escaparon del salón atestado y corrieron al aparcamiento. Las luces del coche de ella se encendieron y entraron los dos. Ella condujo en silencio hasta su casa. Ambos miraban al frente, cada uno confinado en su asiento, inmovilizados por los cinturones. Ni una palabra entre ellos, ni un roce, ni una mirada furtiva. Sin embargo, eran como dos madejas desbaratadas que se hubieran enredado en una maraña indisoluble. Llovía y las farolas de las calles centelleaban en el parabrisas como ráfagas de peces amarillos. Miriam aparcó y alcanzaron el portal con los abrigos alzados sobre sus cabezas. Una vez en el frágil ascensor volvieron a mirarse. Estaban tiritando. Ella movió los labios con suavidad:

—Me llamo Miriam.

—Y yo Joaquín.

El ascensor se paró bruscamente y ella hizo tintinear las llaves. Giró la cerradura con un débil chirrido. La puerta de la casa se cerró tras ellos mientras se apagaba la luz de la escalera. La casa estaba anegada de oscuridad excepto un cuadrado de blancura que se marcaba bruscamente sobre el parqué de la habitación al fondo del pasillo. Fueron hacia allí, atraídos por esa única referencia. En la pared de la derecha se abría la ventana por donde entraba la isla blanquecina. Despacio, penetraron en su territorio, lo horadaron con la negrura de sus siluetas y se enfrentaron asombrados y decididos con lo inevitable.

Joaquín retornó de su ensimismamiento y se palpó la chaqueta, como si no recordase dónde estaba la cajita. Era del tamaño de un paquete de tabaco. La sacó del bolsillo interior, la apoyó en el pretil y la abrió con reverencia. Dentro había un tallo de madreselva, una ramita de avellano y un escrito. Joaquín enredó el tallo a la rama y los envolvió con el papel. Mientras lo hacía repitió tres veces una breve invocación en voz baja. Ponía en ello toda su atención y toda su voluntad; necesitaba que el sortilegio funcionara, necesitaba con toda la fuerza de su desesperación convencerse de que iba a ser así. Cerró los ojos y esperó a que diera la medianoche.

La maquinaria del reloj del Ayuntamiento accionó sus engranajes y en ese momento el corro se estrechó en torno al fuego, como si fuera a engullirlo, y todas las manos se extendieron hacia él. Solemnemente empezaron a desgranarse las doce. Una lluvia blanca se espolvoreó sobre la hoguera. En el afán de acercarse a las llamas se produjo cierta dispersión. El círculo redujo su diámetro, desdibujó su forma y desordenó las posiciones. Miriam no hubiera podido decir las vueltas que había dado, pero estaba un poco aturdida. Un hombro le ardía mientras que el otro estaba húmedo por el frescor del bosque; se había quedado fuera, como a unos quince pasos detrás de Octavia. Por lo tanto pudo ver perfectamente que tenía el puño cerrado, como si apresara algo más voluminoso que un simple escrito, que al ser lanzado parecía pesar más que un papel. Más tarde, esa imagen se adelantaría de entre las atropelladas partículas de sus impresiones y se formaría ante ella con la nitidez de la evidencia.

La duodécima campanada estaba a punto de sonar.

Miriam había conseguido abrirse paso hasta la primera línea. Metió sus dedos en el bolsillo y pinzó la tira de papel. Con decisión extendió su brazo y la arrojó a la hoguera. Una llamarada se alzó instantáneamente como si hubiese lanzado un chorro de queroseno.

—Muérete —dijo—. Muérete, Joaquín Toledo Valle.

El aire se rasgó con su trayectoria velocísima y el mundo estalló en una enorme flor púrpura.

Silbó el primer cohete. El cielo pareció alzarse con rapidez para que el surtidor pudiera alcanzar su mayor altura y luego se derramara en una cascada de colores. Inmediatamente se abrieron paraguas de pólvora con estrellas blancas o verdes en los extremos. Los remolinos giraron concéntricos como soles prodigiosos. Sin tregua se expandían haces de rayos como enormes ramilletes de corales, ascendían chisporroteantes meteoritos de ondulantes colas y caían lluvias de cuentas rojas o azules. Las invenciones maravillosas se sucedían con alegre estruendo en la bóveda incendiada. Las rosadas cicatrices se convertían en regueros de harina que la noche se apresuraba a borrar de su pizarra para recibir ilesa el nuevo artificio. Miriam se sintió ligera y libre.

El cielo, iluminado por los proyectores del hotel, semejaba el interior de una esfera opalina.

Ojalá se lo hubiera quitado de encima para siempre. Ojalá fuera verdad lo de la hoguera y todo eso. Cierto que jamás había experimentado con nadie nada parecido. Era algo feroz y excesivo que la desbarataba. Algo que la hacía oscilar vertiginosamente como un mástil rodeado por las piernas trepadoras de un marinero; que le arrancaba aullidos hasta enronquecerla y que rezumaba por su piel como por la superficie de un búcaro; algo que le aceleraba la respiración hasta perder el conocimiento y que estuvo muy cerca de reventarle el corazón sometido a tan vandálicos bombeos. Era rápido y contundente, sin fantasía ni liturgias, como un chute que la dejaba ahíta. No pretendía nada más. Ni tan siquiera prolongarlo, ni tan siquiera repetir. Cuando su cuerpo se desmenuzaba en blanda ceniza sobre los rescoldos que aún se resistían a morir, ella asistía atenta a sus últimos destellos. Sólo quería concentrarse en los últimos balanceos del placer a la deriva, ovillada entre las sábanas revueltas, mientras todos los latidos que retumbaban en su cuerpo iban aminorando y sus nervios conmocionados se calmaban. Todo lo demás le molestaba. Ni el antes ni el después lo podía soportar. Se daba cuenta de que lo único que buscaba era ese violento ciclón que se le introducía entre las piernas hinchándola de fulgor y delirio. Se había vuelto adicta a esas arremetidas que la lanzaban al vacío y la dividían como una gota de mercurio, no sabría precisar si por un minuto o por un siglo. Le costaba reconocerlo, pero era así. En vano se proponía iniciar una conversación, abrir sobre la alfombra el álbum de fotografías, proponer una ducha en común o una expedición al frigorífico por helados y cervezas..., en resumidas cuentas, cualquiera de esas cosas con las que la civilización enmascara la convulsa demanda del sexo. Cuando llegaba el momento, todo eso le sobraba. Se le había revelado con despiadada claridad la reglamentación sabiamente urdida de los subterfugios. Comprendió que en esta clase de comunicación no significa nada lo que se dice, porque jamás corresponde con lo que se quiere decir; que se consigue lo que se desea según la pericia con la que se le haya enmascarado. Bombones, flores, cenas, museos, conciertos y

libros ocultaban la vergüenza de reconocer que estaban desnudos. Esos disfraces sentimentales o corteses, esa hipocresía y pérdida de tiempo llamada seducción, le produjeron hastío. El fingir entre dos seres que se desean que no van a saltarse encima de un momento a otro y el continuar, una vez perpetrada la acción, encendiéndose los cigarrillos y procurando hablar con inteligencia e ingenio como si no acabaran de someterse a la imperiosa llamada del semental, le parecía una impostura innecesaria. Por eso las palabras se le atascaban en la garganta y lo único que en esas ocasiones la salvaría hubiese sido un dispositivo que abriera una trampa en el lado de la cama donde él estuviera y que lo engullera automáticamente. Y así, poder quedarse a solas, temblando blandamente como una hierba acuática, vigilando cómo la última brizna de consciencia desaparecía por el sumidero del sueño. Pero no existía ese providencial recurso y había que echar al intruso de allí mediante unos métodos más complicados.

A pesar de todo, él creyó haber encontrado a la mujer de su vida. Era patético y agotador escuchar sus peroratas amorosas. Era ridículo.

Miriam creyó respirar cuando lo destinaron al otro lado del mapa aunque presentía que más de una noche lo echaría de menos. Pronto comprendió que estaba equivocada, no tuvo un momento de paz. La llamaba continuamente y era una tortura no tener nada que decirle, puesto que las únicas palabras que había sido capaz de dirigirle sólo se referían al dónde y al cuándo. Ni siquiera encontraba el modo de darle una excusa y colgar. Se sentía huésped de un asfixiante cuento de Dorothy Parker. Él, sin embargo, no se daba cuenta de nada, hasta tal punto que una de esas innumerables veces, quizás porque no encontraba otro tema de conversación más prometedor, le propuso, con voz empalagosa, el matrimonio. Ella, como una novia a la antigua, con voz no menos entre cortada, le dijo que ya le contestaría detenidamente. La verdad es que el pánico la dejó sin sentido.

Por mucho que para Miriam cada cita supusiese quitar el seguro de un arma en acecho; que hasta la hora acordada viviese en un permanente y maravilloso escalofrío; que en cuanto oía al ascensor ponerse en marcha hasta su piso cada átomo de su cuerpo se convirtiese en la espoleta de una granada; que contuviese cada

palpitación, cada jadeo tras la mirilla para no derrochar ni una milésima parte de su fogosidad antes de acceder a su cremallera; por mucha pasión, desenfreno, calentura o... en fin, lo que quiera que sea, Miriam no estaba dispuesta a acabar lavándole los calzoncillos en su lavadora ni a compartir la misma pasta de dientes ni a hacerle sitio en sus armarios y ni muchísimo menos a dejar su piso para irse al de él.

Sabía que no lo iba a disuadir fácilmente y se propuso ser tajante. Así pues, le escribió una carta que resultó áspera e hiriente a pesar de que, aunque expresó todo lo que sentía, no le dijo ni la mitad de lo que pensaba de él. Se sentía tan impotente, estaba tan irritada, que quizás se le fuera la mano, pero no quería dar ninguna opción ni al equívoco ni al juego.

Después de certificar la carta, adelantó sus vacaciones, se dejó el móvil en su casa y se marchó por ahí, por esas aldeas perdidas, a refugiarse en su amiga Octavia, para quitarse de su alcance, por si acaso.

Los camareros estaban haciendo la caja, fregando los últimos vasos y resguardando el mobiliario bajo unas lonas. La terraza estaba completamente a oscuras excepto por una afilada línea de neón que subrayaba la marquesina del bar. En un par de minutos también desaparecería.

Se apagaron los fuegos y la hoguera agonizaba humeante. En el tabladillo la banda estaba ya sonando. Octavia se le acercó riendo, con las mejillas encendidas y un manojito de tréboles en el pelo. La tomó de la mano tirando de ella hacia donde todos bailaban. Miriam sintió como una descarga eléctrica. También Octavia se estremeció: había tocado un puñado de nieve. Las manos de ambas se separaron instantáneamente como sacudidas por un trallazo.

—¿Qué tienes, mujer? —preguntó Octavia.

Miriam no respondió. Miraba sin ver, con los ojos muy grandes. El contacto con Octavia la había sacudido de una manera extraña. Y se sentía extraña. Era como si entre ella y su ropa circulase un aliento cálido y húmedo. Le subía por las piernas bajo su pantalón,

soplaba entre sus ingles, ahuecaba la tirantez de su blusa y le inflamaba los pezones. Sintió que una invisible saliva los acaramelaba y los endurecía. Flotaba por su vientre un huracán de rosas, le arañaba delicadamente la espalda y apelotonaba entre sus brazos su fresca suavidad. Miriam sentía frío, le rechinaban los dientes como conchas entre chocándose, pero debajo de su piel, ardía.

—¿Te encuentras mal? —Los ojos de Octavia la escudriñaron mientras le echaba un brazo por los hombros y la atraía contra sí.

Miriam se soltó aterrada. Unas punzadas inequívocas golpeaban debajo de su vientre como si fueran a taladrárselo. Se llevó allí las manos oprimiendo los indómitos avisos. Las puntas de los dedos le quemaban. Las ingles destilaban deseo. Una serpiente de lengua escurridiza zigzagueó entre su pubis, se abrió paso por entre la grieta almohadillada y enroscó su brillante espiral. ¿Qué estaba pasando? Se dejó caer en la hierba, asustada por el ímpetu que se le acrecentaba dentro. No podía precisar si provenía de un lugar remoto o de lo más insondable de su ser, pero la hostigaba como una jauría de afilados colmillos. Apretó los muslos con vehemencia, oprimiendo las paredes dilatadas de su vulva; dobló las piernas, las sujetó con sus brazos y, juntando con su frente las rodillas, se balanceó con furia. Octavia se agachó junto a ella y le apartó el pelo de la cara. Descubrió unos ojos átonos y unos labios crispados.

—¿Qué me has hecho? —gimió Miriam.

El rostro de Octavia estaba tan cerca que sus pupilas eran desmesurados espejos. Miriam vio reflejarse en ellos las anteriores escenas, todas aquellas acciones que despreció sin concederles mayor importancia: la persuasiva conversación, la instrucción en los sortilegios, la amistad con las hechiceras, la ofrenda oculta a las llamas, las miradas significativas... Y tuvo noticia del deseo de Octavia hacia ella, de su fiebre secreta y de la conspiración que había tramado.

—¿Qué me has hecho? —repitió desvalida.

Su cuerpo reclamaba contacto, derramarse como el agua que vuelca una hoja abrumada por un aguacero, abrirse para absorber las amplias rotaciones del torbellino. Las arterias aumentaron su caudal y su respiración se hizo oscilante y desacompasada.

Octavia, alarmada, quiso incorporarla. Era difícil sujetarla

porque se retorció con la agilidad de una nutria.

—No me toques —gritó. Pero apenas podía defenderse.

Miriam, rodeada por los brazos de Octavia, se sentía golpeada por una emoción en alboroto. Toda su piel estaba alerta por la perplejidad y el ansia. Luchaba por no rendirse y a la vez un furor incontenible la instigaba a entregarse. Los sollozos acudieron a quemarle las mejillas y nublarle la voz.

—Por favor —gritó Octavia—. ¡Por favor! ¡Que alguien me ayude!

Pero nadie la oía. Los jadeos de Miriam aumentaron su frecuencia. Una nube se cruzó ante la luna. Y la oscuridad extendió su tinta.

La luna sobrevoló los veinte pisos del hotel Astoria y entró en conjunción con un cuerpo cerca de la fachada que aplastaba un frondoso parterre de sus cuidados jardines. Sus brazos y piernas estaban desmesuradamente abiertos, como si pugnase por adentrarse entre las flores, abrazándolas. Sin embargo, su puño izquierdo permanecía inverosímilmente cerrado. En la misma muñeca había un pequeño tajo. Cuando lo descubrieron, la rigidez de la muerte ya estaba muy avanzada. Tuvieron que romperle los dedos para saber qué es lo que había querido conservar hasta el fin. Encontraron unas ramas de avellano y madreselva entrelazadas y un papel ligero y breve como una mariposa. Rodeado de inscripciones mágicas se podía leer el siguiente epitafio: «En la vida y en la muerte, ni vos sin mí, ni yo sin vos». La tinta, pardusca, resultó ser sangre de su mismo grupo.

Miriam podía sentir cómo se instalaba en su carne el brío de otra carne bruñida. Una válvula inmaterial pero patente impulsaba a su interior una cascada de fuego, rebosándola, inundándola como una copa bajo un torrente. En vano se resistía. Un émbolo pujante había penetrado en su túnel separando y contrayendo sus muros con rítmico frenesí. Sus caderas se proyectaban violentamente hacia arriba, describiendo un arco estremecido.

Y por esas embestidas, Miriam lo reconoció.

El cuerpo fue identificado como Joaquín Toledo Valle, alojado en la habitación 1860 del hotel Astoria con fecha de entrada el 24 de junio a las 22:30h. No llevaba equipaje. En su habitación se encontró una navajita manchada de sangre y un puñado de clines enrojecidos sobre el escritorio. Sobre el mismo mueble estaban los objetos siguientes: la cartera con la documentación, varias tarjetas de crédito y algún resguardo de compra; un manojito de llaves, un puñado de calderilla, un paquete de chicles mentolados sin azúcar ya empezado, un libro viejo y desencuadernado sobre hechizos amorosos medievales y una pluma Mont Blanc negra. En la papelería, arrugados, varios papeles de carta con membrete del hotel: había estado probando reproducir símbolos mágicos con dicha pluma. Se había bebido una botella de agua del minibar. La cama estaba intacta y el armario vacío.

Era él. Estaba allí. De alguna manera estaba allí. Miriam tuvo conciencia de su presencia palpable y absoluta. Y por primera vez lo vio. Se detuvo en su rostro, en sus manos, en el encanto de su torpes tentativas, en sus sonrisas turbadas, en sus miradas atrapadoras de belleza. Tiene los ojos color miel, dijo. Y a la vez que su cuerpo se agitaba de gozo, algo muy semejante al amor la colmó de profunda dulzura.

Miriam se soltó con energía de Octavia y se abandonó, enamorada, a una incesante cópula con su amante perpetuo.

Madrid, marzo de 2002

La última caída
Luciano G. Egidio

Justicia infinita
Antonio Álamo

A Santiago Ricart

Nunca podemos saber a ciencia cierta si estamos compitiendo por algo que no existe o ganando una competición en la cual no compite nadie más.

Adam Phillips

Había ido a Tarragona por un asunto sin importancia. ¿Sin importancia? No, totalmente vacuo. Vacuo como sólo saben serio los congresos. Se hablaba de nada. Se hablaba por escapar unos días de la rutina universitaria y justificar una posición y un sueldo. También por acrecentar un prestigio y, por qué no decirlo, follar con quien se pusiera a tiro. Pero las cuestiones que se debatían no podían ser más vaporosas e insignificantes. Luego todo aquel vómito de palabras se publicaba en un librito medio miserable que pomposamente llamaban las Actas del Congreso, y por supuesto no las leía nadie. Si acaso, algún estudiante soplapollas las citaba en una tesina. De cualquier modo, no se podía negar que había estado brillante. Nadie pudo rebatir su argumentación. Como siempre, quiso quedar como el más listo, y una vez más lo había conseguido. Pero ¿para qué? El parecer más listo que los demás sólo conducía a granjearse enemistades. Parecer el más listo era, pues, ser el más tonto. Para qué negarlo. Así era.

Conducía por la Nacional 340. A pesar de todo estaba contento. No ignoraba que las consecuencias de su intervención pública eran más perjudiciales que beneficiosas, pero había humillado las débiles razones y el pensamiento simplista de su colega y rival Pla y Deniel, cuyo prestigio se asentaba no tanto en su valía intelectual como en su carácter aparentemente bonachón y en su habilidad para establecer relaciones cordiales con todo el mundo. Lo único que le pesaba era haber concluido su exposición de un modo tan agrio, lo

que probablemente había refrenado los aplausos que de otra manera le habrían dispensado: «Queda demostrado lo ridículo de lo sostenido hasta ahora por el profesor Pla y Deniel, de quien esperamos un drástico cambio de enfoque». Pese a ello, Pla y Deniel no había perdido los estribos: se limitó a bajar la cabeza y asentir, aunque con dejadez. Jaque mate en cualquier caso. Ya, pero... ¿hasta qué punto había derrotado a su colega? No había que olvidar que la intervención de Pla y Deniel había sido muy aplaudida. Luego llegó su turno y... se salió de la ponencia proyectada. Tuvo como una iluminación, bueno, no exactamente, porque lo cierto es que mientras Pla y Deniel hablaba no había dejado de tomar notas, sorprendido de las opiniones de su colega (difícilmente podían ser calificadas de otra manera) sobre las neurosis provocadas durante la ruptura del matrimonio. ¿Qué experiencia clínica tenía para hablar de ese modo? No todo estaba en los libros y, en cualquier caso, la bibliografía que manejaba era insuficiente y anticuada, qué digo anticuada, jurásica. La pareja actual vivía en un mundo psicológicamente mucho más violento y pernicioso que el modelo que proponía el profesor Pla y Deniel.

A veces se sentía alarmado por la estupidez ajena, y acudía tan ruidosamente como un bombero para apagar un incendio, el incendio de la necedad, lo que le producía una cierta satisfacción personal, pero invariablemente le granjeaba enemistades. ¿Había merecido la pena? Con su intervención no sólo había humillado a Pla y Deniel: también había humillado a todos los congresistas que, como borregos, no habían mostrado reparos en aprobar la bienintencionada pero superficial ponencia de su colega. Bah, que les den por el culo, pensó. La proximidad del verano le ponía contento. Contento y caliente.

Iba por la Nacional 340 escuchando una cinta de cánticos tribales africanos cuando vio pasar un fosforescente rosa: era un burdel. Diez kilómetros después vio un cambio de sentido y dio la vuelta. Tenía la polla tiesa, una excitación puramente animal. Decidió que se tomaría una copa; a fin de cuentas, no podía demorarse mucho. Por un lado, aún tenía pendiente llamar a su mujer para decirle que no llegaría esa noche y, por otro, había quedado con su amante en Peñíscola.

Aparcó en una explanada de grava junto a otros tres coches.

Antes de salir se miró en el espejo retrovisor, pero sólo durante un instante, porque le desagradó lo que vio en sus ojos. No, no le gustó. Aunque no era sólo el paso del tiempo, el natural deterioro. Se trataba de algo más profundo. Algunos pacientes aseguraban haber sido poseídos por el demonio; los profesionales, invariablemente, lo calificaban de delirios. Pero lo cierto es que a ese respecto nadie estaba totalmente seguro. El diablo que habitaba en cada individuo tenía el sueño ligero. Sacó la cartera, una papelina de cocaína, la picó y esnifó. Ya está. Entusiasmo. Un entusiasmo sin objeto. Salió del coche.

Entró en el local, y lo primero que vio fue una negra preciosa. Se dirigió a la barra y, antes de que tuviera tiempo de pedir una copa, ella se le acercó y le dijo:

Qué bonito.

Tú también eres bonita, le contestó poniéndole la mano en el culo.

Culo mío, dijo ella.

Bonito, dijo él.

Culo mío, dijo ella.

Bonito.

Qué guapo eres.

Tú sí que eres guapa.

¿De dónde eres?

De por ahí.

Guapo.

Guapa tú.

Ay.

Una Heineken.

Invítame a una copa. ¿Sí?

¿De dónde eres?

De Jamaica.

¿Qué haces en Tarragona?

¿Tú qué crees? Cosas. Trabajo. ¿Y tú?

Hum... Qué guapa eres.

Guapo tú.

¿Nos acostamos?

Quince mil.

Es mucho.

Quince mil una hora.
Es mucho. Diez.
No.
Pues nada.
Diez media hora.
No.
Diez media hora. Mujer guapa.
No, diez una hora.
Mujer guapa.
Vamos.
¿Dónde?
Allí.
Vamos... El dinero.
Después.
No, ahora.
Después.
Ahora. Mira: mujer guapa.
Tú ganas. Pero antes dime qué vas a hacerme.
Sí, guapo.
¿Vas a follarme?
Sí, guapo.
¿Vas a mearme encima?
Sí, guapo.
Dímelo.
Sí, guapo.
¿Vas a mearme encima o no? Dímelo. ¿Vas a...?
Cerdito mío. Qué guapo eres.
Guapa tú.
Vamos.
Vamos.

Ella era dos mujeres. Dos mujeres completamente distintas. Una era feliz, feliz por la posición alcanzada, y la otra estaba herida de muerte, y fue esta segunda la que, en una de las frecuentes ausencias de su marido, llamó por teléfono a Armando Pla y Deniel con la excusa de ir al cine. Hay que mencionar que era una tarde de domingo y, una vez más, se sentía muy sola.

A Pla y Deniel le extrañó, claro, pues no se podía imaginar que... ¿Qué es lo que tenía que pensar? Le llamaba la mujer de un colega y... Se negó. No quería buscarse problemas. Ir al cine con... No, se excusó, llevo todo el día trabajando y no me apetece meterme en una sala de cine.

Bueno, dijo ella, ¿entonces por qué no nos vamos a cenar por ahí?

¿Dónde?, dijo Pla y Deniel.

No sé, me recoges en casa y lo pensamos.

Armando lo dudó un instante y dijo que sí, y mientras conducía camino de la cita deseaba y temía al mismo tiempo que el motivo de la llamada fuera... ¿Sería posible?

Tienes una casa preciosa, le dijo.

¿Te gusta?

Sí.

Qué bien. Gracias.

Sí, está muy bien.

Lo que tiene es una luz muy bonita, ¿no te parece?

Sí, está muy bien.

Por la tarde se pone el sol justo por ahí delante.

Por la tarde.

Sí, por la tarde. ¿Quieres una cerveza?

Bueno. Gracias.

Sólo tengo Heineken. ¿Te gusta la Heineken?

Una Heineken.

Toma. ¿Un vaso?

Sí, gracias.

De nada. Bueno, ¿y tú qué tal estás?

Muy bien, muy bien. Todo va bien. Con mucho trabajo, pero bien. No me quejo.

Me alegro. Bueno, aunque eso de mucho trabajo no es nada nuevo, ¿no?

No. La verdad es que llevo mucho tiempo liado, y no te creas que me gusta.

Ya.

Pero es tan difícil renunciar a... Que... Bueno... Me ha costado tanto llegar a... La pela es la pela, ¿no? ¿Qué puedes hacerle?

Claro.

Pues sí que está bien esta casa, dijo, por decir algo. Se ve el mar, ¿no?

En el fondo, le dijo ella, me gusta más cuando él no está, ¿sabes?, pongo la música que me apetece y... Es que... lo de la música es un problema... A él le molesta... Cuando no está en la universidad se pasa las horas en su despacho, dale que te pego, y si quiero ver la tele tengo que llevármela al dormitorio, claro, no voy a desconcentrarle sólo porque yo quiera ver un programa de mierd... También parece molestarle que hable por teléfono. El teléfono es otra cosa que... también le desconcentra, así que lo desconecta. Pero si él no está, pues... lo cojo cuando quiero y llamo a quien quiero cuando quiero, ¿no? No sé. Además, hace mucho que no me folla como Dios manda. Es un poco egoísta. ¿Qué opinas tú?

¿Qué opino sobre qué?, dijo Pla y Deniel, que estaba muy sorprendido, además de nervioso.

¿Sobre qué va a ser? Sobre mi marido. ¿Te llevas bien con él?

Sí.

Pues él no habla muy bien de ti.

Ah, ¿no?

No, se sonrió.

¿Y qué es lo que dice? Perdona, voy al servicio.

Bueno.

Cuando estaba en el cuarto de baño, mirándose en el espejo y pensando cómo debía conducirse, entró ella sin ni siquiera llamar a la puerta.

Oye...

¿Qué?, se sobresaltó.

¿Por qué no dejamos ya de disimular?

¿Disimular qué?

Pues... no sé. Esta situación es tan absurda... «Qué bonita es tu casa. Oh gracias. ¿Quieres una cerveza? Sí, gracias. De nada... ¿Te cae bien mi marido? Sí. Pues está muy bien esta casa...».

¿Eh?

¿No vas a decir nada?

No le dio ocasión. Ella se acercó a él y se quedó mirándole tan cerca que podía sentir su aliento. Ella quería, ¿verdad? Dejó asomar la punta de la lengua, le sonrió y él le devolvió la sonrisa: los ojos de ambos chispeaban. Ella era feúcha pero bonita, de dientes

caballunos pero blancos y los labios rojos y gruesos y las tetas pequeñas pero los pezones casi negros y muy marcados y parecía dispuesta a lanzarse al vacío sin miedo. Ella quería, ¿verdad?, y en cuanto a él, bueno, hacía cosa de seis meses que no probaba bocado, excepto por lo que respecta a su propia mujer, que básicamente no contaba. ¿Entonces? Empezaron a besarse, y ella estaba hecha de fuego, y ese fuego llenó de valor a Pla y Deniel, que le cogió el culo y le levantó el vestido, y ella se dejaba desnudar y se frotaba contra él como si su colega no la hubiera follado desde hace tres siglos, sí, eso debía de ser, y ella se arrodilló ante él, casi con desesperación, y le desabrochó los pantalones y se los bajó hasta las rodillas y empezó a lamerle los huevos y se metió la polla de Pla y Deniel en la boca, y, un poco más tarde, cuando fornicaban en la cama matrimonial, ella con rabia, Pla y Deniel con importancia, sonó el teléfono, lo cogió, era su marido, que no pudo dejar de advertir la respiración agitada al otro lado del teléfono, y cuya vida empezó, en ese justo momento, a desmoronarse. Jódete, pensó ella después de colgar el teléfono.

¿Quién era?, preguntó entre dientes Pla y Deniel mientras se tocaba la polla con descuido.

Nadie, dijo ella.

Sevilla, marzo de 2002

Un día de julio cuesta arriba, a la hora de la siesta, mientras sufría los efectos de una perezosa digestión, aromatizada por el vino negro de Toro, y notaba los regueros de sudor, que se le iban sobaco abajo en el sopor de las tres de la tarde, la descubrió en un álbum de fotografías que el francés Alfred Regnier le había dedicado a la ciudad (Eds. du Minotaure, París, 1996). Entre grandes monumentos, siluetas de torres engreídas contra el sol del crepúsculo y calles abrumadas por las citas de la historia, al correr distraído de las páginas, aquella mujer le salió de ojo. Se veía que el fotógrafo, entre tanta piedra ilustre y tanta sociología de salón, se había encariñado, quizá con un gesto de alivio y hasta de revancha, con la imagen de aquella granada feminidad, que amenazaba con quebrar la superficie lisa del papel y a la que había concedido la atención de media docena de páginas, que no obstante no agotaban las expectativas inéditas de aquella belleza exuberante, que se prometían detrás de cada escorzo y del lado de allá de cada perspectiva. Aquellos retratos, de una impecable perfección formal, por un milagroso procedimiento técnico, habían conseguido tener a foco todos los niveles de aquel cuerpo tan orográficamente accidentado, con excesivos contrastes volumétricos, permitiendo de este modo contemplada con rigurosa comodidad visual por delante y por detrás, por arriba y por abajo, de frente y de perfil, en su totalidad avasalladora y en la minuciosidad detallada de sus arriscados cauces anatómicos, cumbres desafiantes y valles recatados. La visión del conjunto ofrecía la rara originalidad de un atractivo ecuménico, mientras la concreta precisión de sus partes despertaba la tentación de un conocimiento más profundo, espoleado por las penumbras más excitantes y la insalvable curiosidad de la voraz imaginación.

Porque la fatal parada en su contemplación, con morosidad de

ensueño, no obedecía a la sorpresa de su rostro, de un clasicismo inverosímil, entre la serenidad de los museos y la picardía de los burdeles, o a las proporciones áureas de su figura irreprochable, sino al atrevimiento suicida de sus pechos, adelantados como un voladizo arriesgado, en difícil horizontalidad sobre el vacío, y mayormente, a la plenitud lunar de su trasero, que había subyugado a la cámara hasta hacerse imprescindible en toda la serie de las fotografías, que no podían ocultar, desde cualquier ángulo que ensayara un punto de vista diferente, la exaltación de aquellas curvas, ni disimular una admiración sin límites por aquellas heterogéneas geometrías, que imponían su presencia, incluso postergadas al envés de una púdica frontalidad de altar mayor. Visible en todo su extenso contorno, enriquecido por la hendidura central, que lo duplicaba en dos hemisferios concienzudamente simétricos, o relegado al esbozo de una retaguardia, imposible de eludir, exigía sus inalienables derechos incluso en competencia con la frondosidad literaria del pubis acaracolado, beneficiario de viejas devociones y de procelosas metáforas eruditas. La cosa merecía la pena y así lo había apreciado el fotógrafo, que no había perdido ningún encuadre sin poner de relieve la rotundidad de las dos semiesferas, trucadas de inclinaciones ovoidales, ni la liviandad de aquellos dos globos cautivos, dudosos entre la fuerza de la gravedad y la tendencia a la ascensión vertical de su masa. La tenaz desnudez de la modelo favorecía la comprobación de todas sus excelsas cualidades, de las que la morbidez, la densidad y la turgencia no eran las únicas.

Que la mujer, aunque de ningún modo pudiera parecerlo, fuera de piedra, como las otras obras de arte que la acompañaban en el álbum, añadía nuevas razones para el pasmo y la delicuescencia. Las dos convexidades paralelas de sus hemisferios orientales, puesto que los occidentales quedaban eclipsados por la opulencia y la descarada plenitud de los otros, no perdían nada en su versión pétrea, ni el exacto trazado de la raya de en medio declinaba menos vertiginosamente hacia aquel hueco insondable, que prometía la misma tentación abismal que si fuera de carne y a la que los reflejos inoportunos del papel satinado velaban incitante mente allí donde más necesarios eran la claridad y los excesos. La previsible inmovilidad de la modelo permitía el tiempo adecuado para la

juiciosa ponderación del delicioso rosario vertebral, que se prolongaba, ya sin inocencia, hacia la quebrada del paraíso presentido entre las dos esplendorosas columnas, que reforzaban aquel inimaginable artificio de líneas rectas y curvas y que, salvado el promontorio de las nalgas en claroscuro, se remansaban plácidamente en el inicio de las piernas, sin perder nada de su poderío ornamental y sustentatorio, ni olvidar tampoco la gracia de su diseño ni la repetición de su duplicidad funcional, que inauguraban los muslos, como la continuación de una aventura por entregas, de presumible final feliz en compañía de la esplendorosa madurez de una mujer en sazón, florecida en piedra tostada de piel de verano.

Cuando la vio, fija en el papel, irreverentemente consentidora, con el beneplácito de su silencio y el ofertorio de su grupa encrespada, don Sergio Bustamante de Acevedo, canónigo penitenciario de la Santa Iglesia Catedral de Salamanca, se quedó de una pieza, como quien ve visiones. No había visto nada igual en su ya larga vida, que rondaba los sesenta años, bien aprovechados y mejor conservados. Es verdad que su conocimiento de estas geografías abisales era relativamente limitado, por mor de su ministerio y de sus hábitos; pero no exigua ni horra como pudiera pensarse a bote pronto. Sus caídas, y aun sus recaídas, en la tentación de la carne no eran infrecuentes en su vida, aunque también es verdad que había frecuentado más las mujeres de papel que las de carne y hueso. Sin embargo, podía presumir, aunque no lo hacía, de una experiencia sexual, si no plenamente satisfactoria, al menos confortable y suficiente. Y de una experiencia visual más que suficiente. Lo que no quiere decir que no hubiera probado los frutos prohibidos del cercado ajeno, desde sus desbordamientos masturbatorios en el Seminario Conciliar y sus discretos escarceos homosexuales con sus compañeros de galera escolar a sus correrías femeninas en sus años de párroco rural, llevadas en el secreto de la más estricta clandestinidad y con el placer añadido de la trasgresión del voto de castidad y la posibilidad del escándalo y de la previsible y dura penitencia episcopal, sin olvidar su relación amorosa, más duradera y más rentable, con una cuarentona alemana, que se cruzó en su camino eclesiástico como una exhalación deslumbradora y lo dejó herido y doliente para los restos, sin que consiguiera

desalojada de su memoria y sin que encontrara parangón posible con ninguna otra mujer de las que fue probando después en el ejercicio de su sagrado ministerio, en añagazas fugaces y decepciones permanentes. Quiere decirse que estaba bastante acostumbrado a valorar el cuerpo femenino y los generosos atributos de su riqueza diferencial, lo que le hacía aumentar la adoración por aquella mujer del álbum, que no se le iba de la cabeza ni en el perdido sosiego de su dormitorio de soltero ni en el ámbito ascético del coro catedralicio, a la hora de los oficios divinos.

Aquellas fotografías habían venido a resucitar viejos rescoldos nunca apagados del todo, que él creía vestigios inanes de su pasado, sin remisión y sin virulencia, y le devolvieron a su entrepierna apaciguada, por no decir resignada, el calor fervoroso y hasta el entusiasmo de sus años jóvenes, agobiados de curiosidad y alanceados cruelmente por deseos insatisfechos, recordándole la memoria con los recuerdos de las noches pasadas con la alemana, que hacía el amor con incansable marcialidad prusiana y con una disciplinada resistencia, que formaba parte de su sentido del deber de walkiria en trance, sin fisuras, sin reniegos, hora tras hora, sacrificándolo todo al triunfo final, fiel a la consigna del «Deutschland über alles», que al señor canónigo le sabía a gloria teutónica. En el santuario de sus devociones había pensado que aquella mujer del álbum la sustituiría en su imaginación, aunque pudiera parecer imposible, a pesar de las dimensiones y de la ponderada distribución de los recursos musculares del culo real, que no tenían ni comparación con la solidez, la sedosidad y el trazado de las posaderas de esta mujer de papel, que no sólo por este motivo, pero en gran parte por él, podía calificarse de extraordinaria y que al mismo tiempo ni comprometía su buen nombre ni se cansaría de su trato, ni exigiría ningún capricho ni pediría ninguna acrobacia de sus limitados recursos eróticos de buen canónigo preconiliar, a la vieja usanza.

El dorado de la piedra salmantina complementaba con su mentido rubor la tentación de poseer, aunque sólo fuera visualmente, pues no le quedaba otro remedio, aquel cuerpo, saludablemente moreno y compacto, como recién salido de la playa y madurado por la intemperie salmantina. Porque contra lo que

podría suponerse, aquella piel inmaculada no tenía nada de la rugosidad de las otras figuras que se asomaban a las páginas del libro. Porque también en esto aquella mujer era excepcional. Se notaba que la piedra había sido trabajada con tanta intensidad, cincelada con tanta delectación y repasada una y otra vez con tanta minuciosidad de sobo que la superficie, que brillaba con calidades humanas, había perdido su aspecto pétreo para adquirir una tersura, una limpieza y una transparencia propias de la epidermis de aquellas muchachas que, agobiadas por el temprano calor de la primavera, se desprendían de sus ropas invernales y permitían el oreo de grandes parcelas de su cuerpo sonrosado, delicadamente pudoroso, que traían a mal traer al señor penitenciario, que se sofocaba dentro de su sotana ignominiosa, tratando de evitar que sus ojos se prendieran de los relieves más acusados de sus siluetas jubilosas, ágiles, impúdicas y desenfadadas, con sus faldas minimalistas y el reclamo devastador de sus axilas al sol.

A fuerza de mirar aquel álbum, recorrer aquellas páginas, que acabaron por abrirse espontáneamente en cuanto cogía el volumen, y seguir con minuciosidad de cartógrafo el perfil de aquella figura esplendorosa, empezó a pensar que no era posible tan absoluta perfección y tan escandalosa lascivia en aquel adorno de piedra de algún rincón de la Santa Basílica Catedral, donde se certificaba su ubicación. Necesariamente tenía que haber sido hecha por un cantero que se habría adelantado a su tiempo y la habría concebido según una estética moderna, más que hiperrealista, fotográfica. Sobrepassaba las alturas de la imaginación, porque reunía en una rara acumulación de detalles, que des realizaban la piedra, todos los excesos deseables de un cuerpo de mujer, magnificado por la fantasía creadora del artista, ya que no podía ser la copia fiel de ningún original, pues era inconcebible que hubiera existido nadie que alcanzara aquel conjunto de floraciones femeninas, empezando por la altura, determinada en gran parte por la longitud del fémur, y siguiendo por el panderero eminente, los labios frutales, que condescendían una sonrisa, los pechos erizados, con el rosetón de los pezones de inusitada altanería, el vientre combado con mansedumbre de trigo candeal, indeciso a caballo entre la línea recta y la línea curva, insinuado con la tensión de un arco de ballesta sin estrenar, el monte púbico con sembraduras celestiales y

aledaños de vértigo, las axilas en un claroscuro incitante, apenas cubiertas de un vello acogedor, los brazos torneados, sin músculos, pero con la dureza del mármol, que se venciera hacia la docilidad del terciopelo, los dedos largos de las manos como para tocar pianos o masturbar obispos, las rodillas prietas, olímpicas y mañaneras, el declive generoso y abundante de los muslos, la abultada cosecha de las pantorrillas deslizándose con suavidad hacia los pies, rendidos en el finisterre de los dedos deliciosos, con los sugestivos espacios interdigitales y la indefensión infantil y temerosa de sus diminutas falanges, ingenuamente desamparadas, invitando a la glotonería y a la comunión feliz de la lengua enamorada, con su recatada intimidad y su fragilidad de rosas secretas.

Todo aquello no podía ser fruto de la mano de un escultor, que de ser cierto hubiera muerto en el empeño, entregado a la agotadora tarea de reproducir minuciosamente los datos de su memoria visual. Aquello, esplendente y sereno, debía de ser una diosa de verdad, retratada por una óptica enamorada, que había extremado las delicias de su deseo y había retocado —nunca mejor dicho— aquella figura con la cuidadosa intensidad de una caricia y la entrega laboral de un esclavo apasionado. Y sobre todo don Sergio no se creía que aquella maravilla estuviera en Salamanca y no hubiera sido descubierta ya por sus antecesores, que habían servido al culto divino, desde que el templo había sido inaugurado hacía más de cuatrocientos años. Para salir de dudas y amparado en el anonimato de un seudónimo, que propuso la Lista de Correos para la contestación, don Sergio le pidió aclaraciones y seguridades al autor de la fotografía, con la admiración de un devoto entusiasmo por aquella colección de temas salmantinos, que enaltecían la ciudad y endiosaban a aquella criatura, decorativo florón de las múltiples bellezas urbanas. La contestación, entre la sorpresa y la satisfacción, no se hizo esperar. Era efectivamente una figura que adornaba la Catedral Nueva y que, probablemente, por pudor había sido relegada a la parte alta del recinto sagrado, oculta a la curiosidad de las miradas. Entregado a la captación de los innumerables puntos de atracción de la ciudad prodigiosa por más de un motivo, el fotógrafo había explorado todos sus rincones para dejar testimonio de su admiración por aquel conjunto de

monumentos artísticos y ofrecer, hasta donde le fuera accesible, una versión original, al margen de la habitual y pobre estética de las postales del turismo y de su escasa imaginación, sujeta a la tópica repetición de unas perspectivas gastadas por el uso y desprovistas ya de significación. A él también le había sorprendido aquella mujer, inesperadamente descubierta en la penumbra piadosa de las alturas del templo, inserta en aquel ambiente tan poco propicio a la exuberancia impúdica de su figura y a la edénica desnudez de su cuerpo, *bocatto di cardinale*. Sin duda, aunque hasta entonces no se hubiera reconocido, formaba parte del patrimonio ciudadano, con los mismos derechos que la rana de la fachada de la Universidad o el verraco del Puente romano del «Lazarillo». Como es sabido, los antiguos pedreros eran menos melindrosos que los actuales imagineros, como se demuestra en el hombre masturbador de la crestería del Patio de Escuelas Menores, a la vista de todos, en perpetua espera del orgasmo, que le cuesta arrancar de la piedra y que también formaba parte de su álbum homenaje.

Don Sergio sufrió una decepción y una alegría. Desde el momento en que recibió la carta, que confirmaba la real existencia de aquella mujer en la Salamanca de sus pecados, se dedicó en cuerpo y alma, con furia de adolescente, a buscada, porque había llegado a sustituir a todas sus otras pesadillas eróticas y a frecuentar sus poluciones nocturnas, que como un inesperado regalo de su vejez nostálgica habían vuelto a manchar sus sábanas y alterar el ritmo de su vida, con aquella apresurada caída contra el sexto mandamiento, que era el menos peligroso a sus años y, a pesar de todo, el más deseado en su soledad de célibe. No tuvo ojos más que para aquella mujer, estableció la estrategia de su aproximación, descartó las pistas falsas, punteó sus hallazgos, fue cercando su escondrijo y, cuando su mirada se encalló en las distancias y en las sombras, se compró unos prismáticos potentes, que parecían rayos X y que acercaban tanto las imágenes más lejanas que parecían taladrar las vaporosas faldas de las muchachas del verano, que cruzaban bajo su balcón y le ofrecían a la vista la fina línea de la costura de sus bragas y la trayectoria tensa de los tirantes de sus sujetadores. Pero nada de lo que aquellos prismáticos taumatúrgicos le pudieran aproximar al gozo de la mirada y al calor de la entrepierna se podía ni comparar con la mujer requerida, deseada,

soñada, hipostasiada y endiosada por la imaginación febril y hambrienta de aquel canónigo sesentón, que a lo largo de su vida había ido cayendo en todos los pecados capitales, hasta quedarse solo frente a aquel último destello de vida, aquella última oportunidad de concluir la serie de sus capitulaciones ante la irrefrenable tentación del pecado, debajo de la rigidez vertical de sus vestiduras talaras, que amenazaban con delatar un bulto sospechoso a la altura del bajo vientre cada vez que veía a una muchacha rozagante y pinturera pasar por delante de su casa.

El recorrido de sus prismáticos ávidos por los altos de la Catedral Nueva le condujo a un estado de permanente excitación y a un universo desconocido e insospechado, que agujijoneó todavía más su fantasía erótica, ya de suyo encrespada y siempre a punto, manteniendo su mente encendida en perpetua combustión ante aquel último resplandor desconocido. Y encontró de todo en su premiosa exploración, pues recorrió con milimétrica atención aquella orgía de piedra, que poco a poco fue revelándole sus secretos, escondidos entre la hojarasca de los grutescos, los atrevimientos de las entalladuras, la serialización de las cenefas y los perifollos de aquellas regiones celestiales, que cubrían los capiteles de las columnas, las balaustradas asomadas al vacío de la nave central y los adornos de las nervaturas ojivales, que ascendían hacia los techos. Porque junto a aquellas ornamentaciones confusas y reiterativas fueron apareciendo, con la precisión que sus potentes prismáticos le acercaban al alcance de la mano, escenas que iban desde una sirena mirándose a un espejo hasta un universo de monstruos libidinosos, de figuras humanas y fantásticas entregadas a las posturas más desordenadamente lúbricas, que no se paraban en barras. Don Sergio no salía de su renovado asombro ante aquellas promiscuas procesiones de pecadores entregados al nefando pecado contra natura, revueltos en una zarabanda de sexualidad desatada, enhebrados unos con otros en cadenas interminables, que circundaban los capiteles de las columnas; vírgenes desnudas con el cabello suelto, en proa al éxtasis de sus placeres solitarios, que obligaban al incrédulo mirón a reajustar el foco de su aparato, que se le iba en un temblor de pasmo y curiosidad; efebos imberbes a punto de ser penetrados por viejos lujuriosos de barbas simétricamente rizadas y largas manos

extendidas en procuración ciega de las diminutas, frágiles y asustadas pilulinas infantiles de sus víctimas; centauros salaces y ninfas enceladas, en series, dispuestas en espiral, de felaciones voraces de fauces descoyuntadas, junto a espléndidas amazonas cabalgadas por emporrados alazanes encabritados de alegría; joviales sátiros de vergas descomunales persiguiendo muchachas asustadas y felices, que apenas podían ocultar la satisfacción de sus sonrisas; barbudos machos cabríos sodomizando monjas, sorprendidas y complacientes, atrapadas con furia por sus bestiales parejas, con los olla res abiertos y el placer gritado asomando entre sus grandes dientes caprinos; ristras imaginativas de sesenta y nueve, que ensartaban cuerpos jóvenes, que alternaban con esqueletos rientes, entregados a la resurrección de orgasmos olvidados.

Pero la creciente y delirante sorpresa de don Sergio, ante aquel espectáculo depravado, no le impidió seguir adelante con su primitivo proyecto de dar con aquella mujer, recatada a pesar de todo, en comparación con aquella tropa de pecadores, que la convertían a ella, por contraste, en una casta representación de la pureza virginal. Estaba desnuda, sí, pero secretamente anhelante, decentemente esperando la mirada que la hiciera vivir, al contrario de aquella parva de inmorales, entregados al desafuero de sus instintos más soeces, que no mostraban síntomas de arrepentimiento, exhibiendo sus vergonzosas acciones al aire sagrado del templo. Y además ella estaba más escondida, recatadamente oculta, pues seguía sin aparecer, contrariando sus pesquisas y desanimando su insistencia, su devota admiración y la lógica inquisitorial con que la cercaba con los prismáticos, que se le habían convertido en un objeto doméstico de uso diario. Había momentos en que el ánimo le desfallecía, por la intensidad de su inquietud nerviosa, que le hacía recorrer pacientemente, anticipándole el gozo del descubrimiento y el tenaz riego sanguíneo de su pobre miembro viril, ostensiblemente degradado, aquel remoto campo visual en busca de aquella mujer, sin más resultado que algún ocasional dolor de cabeza y algún pasajero empañamiento de sus ojos, enturbiados por el cansancio de la atención y la humillación del esfuerzo. Había momentos en que el desánimo era tan grande que pensaba dejarlo, abandonar aquella

locura y renunciar al gozo de contemplar directamente a aquella mujer, que sería con toda probabilidad el último desnudo de su vida, como una preciosa despedida, una última concesión a su vocación de mártir, desde que sus padres, pobres labriegos, aspirantes a una vejez tranquila con un obispo en la familia, lo metieron en el seminario, contra sus deseos, a los quince años. Pero eran desfallecimientos pasajeros, que empleaba para tomar resuello y disimular su furtiva actividad de mirón, a escondidas de los otros canónigos y a espaldas de los fieles, que hubieran denunciado su extravagante actitud, que le tenía horas y horas peregrinando por los adornos arquitectónicos del recinto sagrado, en busca de la representación de una mujer imposible, encarnación del pecado y servidora del infierno. Sin embargo, una vez pasado el achuchón del desánimo y las precauciones, volvía a escudriñar los paisajes pétreos del horizonte catedralicio con renovada premura y ciega obstinación, por aquel dicho de que los dioses cuando quieren perder a un hombre le privan de la vista, que le quedaba en los fondos de la memoria como un resto sin identificar de los estudios clásicos de su preparación humanística. Porque encontrar a aquella mujer le era necesario para seguir viviendo, para completar su destino de pecador, al que el Dios misericordioso de su fe perdonaría sin duda de buena gana, al comprender la inocencia de su empecinada porfía. Que mejor pecar contra el sexto mandamiento que encubrir injusticias, amparar ladrones, festejar asesinos, justificar guerras o enriquecerse con la sangre de los desheredados.

Y la encontró y se quedó también él de piedra, sin aliento, sin fuerzas para sujetar debidamente los prismáticos, que sufrieron la explosión de aquella belleza, la súbita revelación de un milagro, la inconcebible comprobación del portento biológico de una diosa, más bella que ninguna mujer, como correspondía a su rango divino, más poderosamente aguerrida que la pletórica imagen de la fotografía y con la ventaja de ser felizmente tridimensional. La penumbra a la que se asomaba la cubría de misterio y agrandaba y enriquecía las oquedades de su cuerpo, que desnudaban la anatomía de la perfección. Los pechos, erguidos y tirantes, estaban rodeados de precipicios sombríos; las piernas entreabiertas, como una cancela, dejaban ver un desfiladero de paredes adivinadas a través

de unas tinieblas incitantes; las mejillas se le ahuecaban en unas convexidades difuminadas que orientalizaban sus pómulos; la gruta de sus axilas se perdía en un fondo de presentimientos gozosos. Los intersticios digitales de sus pies sugerían un remedo diminuto y encantador de las puertas del sexo; la hendidura vertical entre las nalgas, ligeramente escorada hacia la derecha, obligada por la indolente posición de la cintura, se dibujaba como un sendero crepuscular que prometía la noche y el amanecer al mismo tiempo, y, hasta las costillas, en tenue relieve, insinuaban con delicada imaginación unos vallecitos estriados de cuencas ocultas y cumbres nevadas. La boca agotó sus adjetivos. Olvidada de los cánones griegos, ofrecía la generosidad desmesurada de su diseño de labios abultados, que dejaban entrever el cielo, en forma de dientes, de lengua, de paladar, de túnel infinito, donde se perdía el tino, el conocimiento y la vida.

Aquella visión le empapó las manos de sudor y le encendió la entrepierna hasta los límites de la ebullición. Redondeó los ojos de estupor, se quejó débilmente, maldijo su condición terrestre, envidió a los volátiles, lloró de gusto y de impotencia, se resignó a la espera, bajó los prismáticos y cerró los ojos, como para preservar la visión. Pero no hacía falta, porque seguía viéndola incluso con los ojos abiertos, con la precisión de una moneda recién acuñada. Estaba rodeado de la luz festival del verano, que caía de los vitrales y de las ventanas del cimborio, amenazando las sombras. A aquellas horas, las naves de la santa iglesia estaban vacías y ardían con un fuego devorador que las llenaba de lejanías y extrañezas. Los prismáticos volvieron a salvar las distancias y se orientaron solos en aquel escenario de hojas de acanto, cresterías, entablamentos y cenefas, y decidió subir a veda de cerca, a estar a su lado, a confirmar la sinceridad de su belleza, acariciar aquella piel tan tejida de promesas, a probar la resistencia de sus promontorios naturales y la suavidad de sus vaguadas. Ya no le hicieron falta los prismáticos para completar el proyecto de su gozo, la diferida ascensión al cenit de su placer. Con sólo conocer el lugar donde se hallaba, la tenía más próxima, más incondicionalmente familiar, más disponible. Le parecía mentira no haberla encontrado antes, sobre todo viendo las puntas de sus pezones, allí arriba como dos faros de advertencia y de reclamo, y temió que su descubrimiento

alentara la curiosidad de otras miradas, otras desatadas devociones, que le desposeerían del avaro privilegio de su exclusiva propiedad. Exploró con temor sus alrededores, que se habían empezado a llenar de ruidos y de presencias indeseables y no detectó más que la confirmación de la costumbre. El pasmo de los turistas, la penosa insistencia de las beatas de rodillas, los visitantes ilustrados con el vocabulario a punto de los expertos y la admiración a flor de piel. Un compañero de coro se apresuraba hacia la sacristía, con la conciencia de su individualidad señera y los soberbios pliegues del manteo en su estela. El calor de fuera hacía más apetecible el frescor de las capillas, el cobijo agradecido de los gruesos muros de piedra.

Inmediatamente empezó a estudiar la estrategia de su aproximación. El problema era alcanzar el nivel de los capiteles, porque después había paramentos, saledizos, ménsulas y corredores, frontispicios y balaustradas que facilitaban el camino. El espacio entre aquellas veredas practicables y el lugar donde estaba la mujer se podría salvar aunque con algún peligro, pues no ofrecía más problema que el riesgo de un metro largo que un tablón oportuno o una liana sólida podrían vencer holgadamente. El presentimiento del final de su aventura hacía más febril el análisis de los preparativos, más agudas las iniciativas de su ingenio y más rápida la selección de los medios. Necesariamente habría que esperar la complicidad de las sombras y la bendita colaboración de la luna llena para llevar a cabo sus planes. Su confesonario, amplio y recogido, pues no en vano era el Penitenciario de la Catedral, fue el escondite idóneo para esperar la hora en que los visitantes se marcharan y las puertas del templo se cerraran, con toda la noche por delante para cumplir sus objetivos. Una mirada hacia el punto exacto, que ahora identificaba fácilmente, donde anidaba la bella, reconfortaba sus ánimos y aceleraba sus prisas, que hacían correr sus pulsos como si se hubieran vuelto locos. Con ayuda de un viejo libro de fábrica, iluminado con planos a escala y minuciosidad técnica, resolvió la mayor parte de los obstáculos de su trayectoria, que debería iniciar en lo alto de las grandes puertas, próximas al principio del itinerario de su enceguecida voluntad. Después, un conjunto de escalerillas de sacristía, cordajes trenzados y riostras manejables le permitieron acceder a la cornisa, que recorría las

paredes a una altura de vértigo y le dejaba frente a la diosa. Calculó que le daría tiempo de llegar hasta ella, tocarla, calibrar sus posibilidades de penetración, fornicarla a gusto, si hubiera lugar, y si no, acariciarla hasta el orgasmo, y volver a bajar para deshacer los artilugios de su ascensión y borrar las huellas de su descabellada aventura, como si allí no hubiera pasado nada. El refugio del confesonario le permitiría reponer el sueño perdido y entregado, reconfortado y listo, a la jubilosa mañana de agosto, regada por las mangueras municipales, con la memoria embellecida por los recuerdos de la noche y los remordimientos haciendo más gustosa aquella última recaída en el pecado.

Los escasos percances del camino los solventó con audacia y una decisión imparable, que le fue acercando a la diosa soñada, paso a paso, al borde del precipicio, por vericuetos peligrosos y cortadas a pico. Pero en ningún momento dudó de aquel alpinismo euforizante, ni tuvo la tentación de recorrer el camino de vuelta, antes de gozar la visión celestial prometida. Las distancias fueron acortándose y la inminencia del encuentro le hizo aumentar la prudencia y refrenar los saltos de alegría del corazón desbocado. Los últimos metros los hubiera recorrido, aunque fuera a rastras, porque por nada del mundo hubiera renunciado a llegar a la meta. Y, cuando llegó, una nube de emoción le cubrió los ojos y le impidió verla, como si la avidez de la mirada hubiera sobrepasado los recursos ópticos de su sistema ocular. Una niebla impertinente retrasó el instante supremo de la verdad. Sus apresurados parpadeos, como los limpiaparabrisas de un coche, no consiguieron eliminar aquella bruma, que le venía del alma más que de las pupilas abiertas, lacrimosas, disponibles, preparadas para cualquier alucinación, para cualquier aparición sobrenatural. Porque, en un segundo, se vio protagonista de un milagro medieval, con visiones extraterrenales, transportado hacia desconocidos placeres orgánicos y arrebatado por un éxtasis inefable de larga duración e incierto término. Esperó, acuciado por la codicia de sus sentidos, encontrarse frente a una criatura seráfica, y se encontró frente a una mujer de carne y hueso, de una sublime contundencia femenina, hecha a partes iguales de sueño y de realidad, que vagamente le recordaba a la mujer del álbum; pero que la mejoraba en muchos detalles, que sería largo de precisar, más acogedora, más

cálidamente conformada, más desbordadamente atractiva, por la invitación de sus ojos, la agresividad condescendiente de sus pechos, la plenitud áurea de sus muslos, la henchida comba horizontal de su vientre y la oscura sima de su sexo, perlada de deseo, como una boca a punto de hablar.

Pero nada le impidió acercarse a ella, salvar el vacío, abrazarse a la ternura de sus hombros, unirse a su sexo comfortable; recorrerla con la lengua por los itinerarios convergentes, que siempre terminaban entre las piernas gozosamente separadas, calurosamente renovadas; olfatearla hasta sus más recónditos rincones y aspirar los efluvios de sus túneles genitales y de sus postrimerías anales; recorrerla incansablemente por las erectas colinas de sus pechos, por las felices llanuras que se derivaban hasta sus axilas, por la lúbrica atracción del ombligo ciego, incapaz de convertirse en un segundo sexo, en el camino alternativo del gozo; agarrarla, palpada, estrujarla, con la apremiante tarea de abarcarle la totalidad del trasero y volver una y otra vez a las praderas del sexo, a los maizales del pubis, a la hendidura salada del esfínter rectal. Y sentir la curiosidad insaciable de sus manos, desordenadas, manipulando con tiento y sabiduría babilónica su pene erguido como una antena, con impertinencia de telescopio, con audacia de desesperado, con monumentalidad airosa de campanario, en medio del yermo. Sus piernas se trabaron en una confusión de caricias, en busca de una relajante posición rentable. Después, como para reparar el olvido de un deber incumplido, se bajó a los dedos de los pies y los fue succionando uno a uno, separándolos con fruición de cirujano y besando sus indecisos espacios, tímidos, inermes y temblorosos de impericia y sorpresa. Y otra vez la ascensión gloriosa y acelerada por los muslos, que iban ganando en delicadeza, en transigencia cómplice y en calor, a medida que se acercaba al final. Y el repaso a fondo e insistente de los dos finales, hechos agua plural, diluvial e incontenible, derramada generosamente por las manos afanosas, por los labios sedientos, por la nariz entrometida y urgente, hasta que su entusiasmo perdió pie y se precipitó en el vacío.

En el corto vuelo de aquella caída, pudo entrever un remolino de interiores femeninos y una trémula carne de mujer, sólida y zozobranante. Entonces, con sorpresa, con nostalgia y con desesperación, después de muchos años, sintió en sus entrañas la

avenida creciente, la inundación incontenible de sus cauces seminales, la irrupción de una fuerza incontrolable, de una corriente oceánica que lo arrastraba todo, la memoria, el gozo, la plenitud y la locura, y explotó en una eyaculación de gran calibre, gloriosa, elíptica, intensa, abundante e interminable, que roció como una llovizna benéfica de nieve cálida las piedras de las comisas y saledizos, las verjas de las capillas, el aire y las penumbras, los transversales rayos del sol, la imaginería de las advocaciones y la sorpresa milagrera de los fieles que se cruzaron en la verticalidad de su camino apresurado, como la lluvia de un hisopo sagrado y gigantesco que bendijera aquel decorado de rezos, inciensos, recuerdos y páginas de la historia del arte y de la eternidad. Y finalmente se despertó, empapado en sudor y algo más, frente a una luminosidad total, que llenaba de felicidad la Salamanca de las tres y cuarto de la tarde.

Madrid, marzo de 2002

El coleccionista de ombligos

Vicente Muñoz Puelles

¡Oh, muslos suaves, y la blanca
dorada superficie lunar del vientre,
con la enroscada cueva del ombligo!

Max Aub, *Yo vivo*

Pehea ka piko? («¿Cómo está el
ombligo?»).

Saludo tradicional en Hawai

Por la ventana entraba una brisa tenue, pero se presentía el amanecer y era evidente que el sol no tardaría en brillar con la fuerza acostumbrada. Durante unos segundos, antes de darme la vuelta, he evocado el ombligo perfecto de Flora Simmons, su monte de Venus imberbe y los pórticos de un rosa tierno e intenso, como los pétalos entreabiertos de una flor carnosa, enjovados con dos esférulas doradas. Mi encabritada desnudez se ha orientado con la docilidad de una brújula, buscando a la propietaria de esos atributos. Pero a mi lado, en lugar de la figura yacente y sinuosa de mi amada traductora, había un charco considerable que todavía puedo distinguir desde donde escribo, aunque algo ha menguado, y que se extendía desde el hueco de la almohada empapada donde anoche resplandecía su cabellera flamígera hasta la parte de la cama donde se posaron sus pies seductores, de largos dedos coronados por uñas pintadas de escarlata.

—¡Flora! —la he llamado, por si se hallaba en el baño, único lugar de mi ático diminuto que no puede avistarse desde la cama.

No he obtenido respuesta. El charco estaba tibio y era levemente untuoso. Por la noche había hecho un calor horrible, que nuestros ardores no habían atenuado. Casi no podía asir su cuerpo húmedo, resbaladizo, y a ella le ocurría lo mismo con el mío. Habíamos

desconectado el gran ventilador que se cierne como un antiguo instrumento de tortura sobre mi cama, porque hacía demasiado ruido y además temíamos enfriarnos. Y habíamos prescindido del aire acondicionado, porque ella me había dicho que le producía cefalalgia. ¡Cefalalgia! Por sus *e-mails* sabía que era una traductora concienzuda, pero con frecuencia empleaba las palabras más rebuscadas como si fueran de uso común, y en eso y en el fuerte acento se notaba que su español era aprendido.

Así pues, nos movíamos despacio, casi a cámara lenta, como esos púgiles que entablan una danza sigilosa antes de entrar en combate. Evitábamos los besos, aunque a ratos yo le lamía el sudor de los párpados y el embriagador licor de mandarinas que había escanciado con cuidado en el pequeño cuenco de su ombligo. Nos acariciábamos sólo entre las piernas, para no acalorarnos más aún, hasta que por fin ella tiraba de mi tenso manubrio y con infinitas precauciones nos trabábamos íntimamente.

Ni siquiera entonces hacíamos uso inmediato de los movimientos pélvicos convencionales. Permanecíamos mirándonos a los ojos, como esos amantes orientales que retrasan el orgasmo cuanto pueden, hasta que el deseo empezaba a desbordarse, imperioso, y nuestros vientres se juntaban e iniciaban un vaivén placentero. Al abandonar su umbrío túnel, con los últimos temblores de la excitación, mi congestionado báculo producía un chasquido como el del metal que se enfría. Varias veces, en el transcurso del lance amoroso, tuvimos que interrumpimos para secarnos con las toallas o para refrescarnos bajo la ducha, antes de seguir ofrendando al insaciable Eros.

¿Se habría disuelto Flora en la cama, como el licor de mandarinas y mis fluidos seminales se habían desvanecido en las oquedades volcánicas de su cuerpo propicio? Mirando el charco he tenido una sensación combinada de frustración y lánguido desconcierto. Mi varita mágica seguía enhiesta, restallante, rezumando lava y añoranza. ¿Era posible que aquel ombligo de belleza ideal y aquella fisura agamuzada con sus aderezos labiales se hubieran desvanecido del todo, a causa del calor abrumador de la ciudad, sin haberlos disfrutado más que durante unas horas?

Me he levantado con el primer atisbo del sol, para descubrir que las pertenencias de Flora tampoco están en el piso. Ni sus prendas

blancas y adorables ni su gastada bolsa de viaje ni el cuaderno negro, de lomo y cantos rojos, donde había anotado las noventa y seis dudas que le había suscitado mi novela y que le habían servido de pretexto para el viaje. He salido a la terraza y he comprobado que su coche no está en la calle. Es como si todo lo suyo se hubiera desintegrado con ella.

Me he duchado para desprenderme del sudor y he rastreado el ordenador en busca de nuestra breve y cautelosa correspondencia. No he encontrado los cándidos *e-mails* de Flora, ni siquiera en la papelera de reciclaje. Y no recuerdo haberlos borrado. En estos momentos es lo último que querría haber borrado.

Apenas han transcurrido unos minutos desde que me duché, y ya estoy sudando de nuevo. No sé qué pensar. ¿Existe de veras una mujer llamada Flora Simmons o es fruto de una insolación, de un golpe de calor, de uno de esos espejismos que tanto abundan en los desiertos, donde los ilusionados viajeros creen atisbar un oasis de sombras o un lago promisorio entre las formas ondulantes de las dunas? Quizá, si lo escribo, logre averiguarlo.

La culpa es de este calor de los veranos en la ciudad de Valencia: un calor infernal, enloquecedor, malsano. Siempre, desde que tengo uso de razón, he procurado huir de él. Pero este año el tiempo se me echó encima. Me hallaba absorto escribiendo una novela de ámbito londinense titulada *Los amantes de la niebla*, que tenía que haber entregado a la editorial hace meses, pero me había encariñado con la protagonista y me resistía a abandonarla a su suerte, convencido, como estaba, de que yo la comprendía mucho mejor que el rebaño de pintores prerrafaelistas que la acosaba. Por desgracia, el rebaño se encontraba más cerca de ella, y tendía sus redes con astucia y determinación. Uno tras otro la utilizaban como modelo para sus cuadros, menospreciaban sus propios esfuerzos como artista, le hacían promesas que no cumplían. Enferma y decepcionada, ella contraía el engañoso hábito del láudano.

La novela estaba abocada a un final trágico, que yo podía diferir pero no alterar. A principios de julio, cuando conseguí terminarla y acudí a las agencias de viajes, me explicaron que ya no quedaban billetes para ninguno de los lugares que me interesaban.

—Todos los destinos están cubiertos —me anunció con orgullo un joven de aspecto solemne, sin invitarme siquiera a tomar

asiento.

¿Puede imaginarse una frase más terrible? Es como anunciarle a uno que el futuro se le ha escapado de las manos, y que no le queda otra opción que purgar su tardanza en una celda sofocante. Porque mi ático, que en invierno resulta íntimo y acogedor, al llegar el verano se convierte en un verdadero horno. El problema se agrava los días de poniente, cuando unas nubes de polvo sahariano, rojo como el té sudanés, invaden la ciudad y la sumen en un sopor milenario. Esos días conviene no salir a la calle. Cuando, para colmo de males, la presión del agua es insuficiente para ducharse o hay restricciones, no queda otro recurso que acudir a la playa abarrotada, abrirse paso entre los niños vocingleros y sumergirse hasta el cuello en el mar aceitoso, veteado de estrías movedizas.

Sabía todo eso, pero me había confiado y de pronto todos los destinos, el Londres de mi novela inclusive, estaban cubiertos, como no se cansaban de repetirme en las agencias. Lo peor es que ni siquiera había tomado la precaución de aclimatarme. Mi piel conservaba una palidez lechosa, y me encontraba fofo y cansado por el esfuerzo persistente de escribir el libro. Como tantos animales, necesitaba adaptarme para no sucumbir a la severidad del clima, y cambiar mi blanco pelaje de invierno por el bronceado del verano.

Salí a la terraza comunal, de la que sólo yo conservo la llave. Como siempre, la ciudad estaba inmersa en una ola de calor bochornoso. Al lado opuesto de la calle, en la terraza de otro edificio, un hombre muy atezado de mediana edad, en bañador, leía un periódico. Más lejos, junto a una buhardilla de paredes blancas, una mujer de piel pálida como la mía, con gafas de sol, un turbante que le recogía el pelo y un sucinto bikini negro, estaba tendida boca abajo sobre una toalla ocre, que era como un trozo de playa trasplantada. Otros hombres y mujeres aparecían en las azoteas o se intuían entre parapetos y bosquecillos de antenas. A veces eran sólo una cabeza, unos hombros tostados o unas piernas rosadas extendidas.

Tuve envidia de aquellos adoradores de Helios, de su sencilla desnudez, de su indolencia, de su voluntad de permanecer bajo el sol inclemente. Y tuve miedo de no poder soportarlo, de que la cabeza me estallara o se me coagulara la sangre.

Fue la visión de la mujer pálida lo que me decidió. Mientras estaba contemplándola se dio media vuelta y se sentó en cuclillas. Llevaba los senos al aire, pero tomó una tira de tela y se la anudó detrás de la espalda. Luego dobló repetidamente la cintura del bikini sobre sí misma, hasta que sólo quedó un pequeño triángulo negro. Tomó un frasco de aceite bronceador y fue vertiendo su contenido en la palma de una mano y extendiéndolo con suavidad, desde los dedos de sus pies hasta las rodillas y los muslos suntuosos que brillaban al sol. Había tanta complacencia, tanto abandono en aquellos gestos simples, ancestrales, que uno tenía que sentirse forzosamente conmovido. Con igual parsimonia se ungió el vientre, antes de tenderse sobre la espalda con las piernas entreabiertas, como una atleta en reposo.

Estaba a unos setenta u ochenta metros, y no podía distinguir su ombligo salvo con los ojos de la imaginación. Soy, lo diré de una vez, un fetichista del ombligo, un onfalófilo recalcitrante. Pensé en la mixtura del sudor y el aceite en el recipiente umbilical, y me acordé del versículo del *Cantar de los Cantares*, que figura al principio de mi novela erótica *La hendidura del ombligo* y que es un poco el lema onfalófilo por excelencia: «Tu ombligo es como un cáliz redondo al que nunca le falta licor». Si eso lo escribió realmente Salomón, debió de ser un hombre muy sabio.

Enardecido por la imagen de la mujer pálida y por el ensueño de su vientre lustroso, extraje del pantalón corto mi tallo trémulo y lo acaricié con decisión, al tiempo que arqueaba las piernas y agitaba la pelvis, como si ensartara a una amante invisible. Apenas un instante después, una lluvia de gotas perladas se esparció por el parapeto y resbaló hasta las losas porosas.

Ese día inauguré la costumbre de tenderme yo también al sol. Cerraba la puerta de la terraza desde fuera, me desnudaba por completo —nadie podía verme, porque mi edificio es el más elevado de los alrededores—, me cubría minuciosamente de aceite tropical y me tendía sobre una tumbona de madera pintada de blanco, herencia del propietario anterior. Con frecuencia, para relajarme, me masturbaba previamente, mirando a la mujer del turbante en la lejanía y aspirando el olor dulzón de mi piel ardiente y oleaginosa como si fuera el suyo.

Me adormecía sobre la tumbona y al despertarme, empapado en

sudor, solía descubrir que mi varita mágica había vuelto a alzarse y se exhibía en toda su moderada longitud, enhiesta como el gnomo que marca la hora en los relojes solares. Ahora mismo, mientras escribo esto, miro por la ventana del ático, hacia la terraza comunal y la tumbona, y siento la extrañeza de estar aquí dentro y no ahí fuera, presentando armas, bajo el sol que desborda las esquinas del cielo.

Fui prudente, sobre todo los primeros días. Me exponía sólo durante una o dos horas, renovaba la capa de aceite en mi piel, me remojaba con la manguera al tiempo que regaba las plantas sedientas en sus macetas y bebía agua con regularidad, para evitar la deshidratación. Cuando había poniente o no podía resistir el aliento abrasador del mediodía, me refugiaba en casa, ponía en funcionamiento el aire acondicionado y trabajaba en mi ensayo *Historia del ombligo*, un texto lúbrico y prolijo que empecé hace años y para el que aún no he encontrado editor, o bien repasaba y ordenaba mi colección de fotografías de ombligos, que consiste básicamente en recortes de revistas y en imágenes extraídas de internet, donde abundan las páginas alusivas y hay incluso un juego, *Guess the navel*, que consiste en identificar a las celebridades por sus ombligos. Tarea ímproba, porque los ombligos tienen su propio carácter y rara vez concuerdan con los rostros de sus poseedores.

Poco a poco, a medida que transcurría el mes de julio, la mujer pálida y yo cambiamos simultáneamente de color y pasamos del blanco lechoso al dorado, y luego al moreno y al color tabaco, que es el extremo límite de que es capaz un cuerpo no africano en su esfuerzo de transformación. Y no sólo nosotros. Al arreciar el sol, el juego de blancos dados de las azoteas se hacía más cegador y los cuerpos leonados de los adoradores de Helios que se tendían entre las antenas adquirían tonos más oscuros.

La onfalofilia es una afición que apela por igual a la sensualidad y a la estética. Una tarde memorable me encontraba sentado ante el ordenador comparando formas y proporciones: el ombligo de corte horizontal, como un surco, de la egipcia Nefertiti; el orificio hondo y profundo de la Venus de Milo, a medio camino entre los senos y el pubis; el cáliz redondo de la Andrómeda de Rubens, centro gravitatorio de un vientre opulento; el ombligo menudo, como una

huella dactilar temerosa, de la cantante Cher; la ranura vertical y semicerrada de Carmen Electra; el afamado grano de café de Raquel Welch, que para algunos constituye la perfección onfálica, con su anillo umbilical por arriba, su hendidura vertical en el interior y por abajo una leve depresión que desciende con suavidad hacia el mar impecable del vientre. Pero no puedo seguir en este tono, so pena de derramarme aquí mismo. Así que me apresuro a cambiar de párrafo.

Me interrogaba, como en otras ocasiones, sobre las causas de la valoración más bien escasa del ombligo en el arte, en la historia, en la configuración del deseo, y me consolaba pensando en las jóvenes, que desde hace pocos años han vuelto a desnudarse la cintura en las calles, al tiempo que adoptan la moda del ombligo alhajado, perforado por aros o botones metálicos que lo enriquecen con brillos ilusorios.

De pronto, en la pantalla, un icono parpadeante me informó de que acababa de recibir un mensaje. Abrí el correo por mera rutina, convencido de que procedería del servidor atento o de algún amigo ocioso, y me encontré con una sorpresa halagadora. Una tal Flora Simmons me informaba de que había sido contratada por la editorial inglesa Running Books para traducir mi «maravillosa novela» *La hendidura del ombligo*. De hecho, le quedaban diez páginas para concluir el trabajo. Como ya he contado, el mensaje original se ha perdido. Cito sus escritos de memoria:

«Como siempre ocurre al traducir, me han surgido dudas que me gustaría comentar con usted. Son, por lo común, expresiones y cuestiones de estilo que no estoy segura de haber interpretado con acierto. Me hace mucha ilusión conocerle porque admiro su obra, sobre todo en su vertiente erótica. Creo que lo mejor será acabar la primera versión de mi traducción y mandarle por

e-mail

una lista con mis preguntas. Luego, si le parece bien, podríamos vemos. Entenderé, sin embargo, que prefiera mantenerse en contacto conmigo por

e-mail

o por teléfono».

Le contesté de inmediato, rogándole que me tuteara y

comunicándole mi buena disposición. No era para menos. Ya habían transcurrido dos o tres años desde la publicación de *La hendidura del ombligo*, novela onfalófila que había obtenido un éxito razonable de crítica pero no de ventas. Ahora, los aficionados ingleses tendrían también su oportunidad. Y no era imposible que, a diferencia de los españoles, supieran aprovecharla.

Ya a comienzos de agosto recibí otro mensaje de Flora. Empezaba con este comentario, que entonces consideré un mero elogio y que hoy, al evocarlo, me inquieta profundamente: «Ayer terminé el trabajo, con una mezcla de satisfacción y tristeza. Has escrito uno de esos libros que alteran la percepción de las cosas. Mientras lo traducía, también yo me daba cuenta de que estaba cambiando. Ahora mismo, ni siquiera estoy muy segura de saber quién soy, o más bien de saber quién es esa mujer llamada Flora Simmons».

A continuación recuperaba el tono profesional e incluía la lista prometida, con las preguntas numeradas. La primera se refería al título: «*La hendidura del ombligo. The depth. The hole. The goblet navel's navel's navel's*

. ¿Alguno de estos títulos te suena mejor en inglés que el otro?». Flora quería saber también si yo estaba de acuerdo con la traducción del versículo del *Cantar de los Cantares* que ella había encontrado en una antigua Biblia inglesa: *The navel is like a round goblet, which wanteth not liquor.*

Había preguntas de una ingenuidad conmovedora e incitante. Así, por ejemplo, citaba una frase de mi texto: «Tendré que aliviarme yo mismo y volveré a dejarlo todo perdido», y acto seguido me interrogaba: «Dejarlo todo perdido, ¿a qué se refiere?». O bien escribía: «No entiendo la referencia de que *durante un año estuvo sacrificando a Onán de ese modo*. ¿Quién es Onán? ¿Por qué, teniendo un papel tan importante, sólo se le menciona una vez?».

Más adelante se interrogaba graciosamente sobre un matiz: «En la página 69 cuentas que, al ver el ombligo de su mujer, Charles Button se quedó impotente ante su belleza. ¿Quieres decir que se quedó tan atónito ante la belleza del ombligo que no pudo hacer el amor? He empleado *paralyzed*, es decir paralizado, porque *impotent*

en inglés sugiere un estado permanente o un problema crónico, y no algo que simplemente ocurre en un momento dado. ¿Estás de acuerdo?».

¿Cómo no iba a estarlo? Sobre todo porque en los capítulos siguientes el tal Charles daba pruebas sobradas de su recuperación.

Seguimos intercambiando mensajes. Flora quería venir a visitarme desde Londres, donde vivía, para discutir las dudas conmigo. Me informaba de que disponía de un calendario flexible, y me pedía que le propusiera una fecha. Dos jornadas de un par de horas serían suficientes. Le escribí que tenía el mes entero libre y me ofrecí a recogerla en el aeropuerto y a hospedarla en mi casa. Me contestó que seguramente no encontraría billete de avión, y que de todos modos prefería viajar en su coche. Aprovecharía para hacer un poco de turismo por el camino. Nada me dijo acerca de dormir bajo mi techo.

Anteayer me llamó por teléfono. Acababa de llegar a Barcelona y quería asegurarse de que al día siguiente me encontraría en Valencia. Tenía una voz cálida que modulaba sin cesar, como si recitase. Intenté que viniera directamente a casa, pero se mostró renuente. Quedamos ayer a mediodía en la explanada del IVAM. Quería, de paso, conocer el museo.

La explanada del IVAM es uno de esos lugares esteparios, de una aridez extrema, donde la ciudad parece desintegrarse y donde ese fenómeno tan discutido de la combustión espontánea, en el que sin causa manifiesta un ser humano vivo empieza a arder mientras los objetos de su entorno permanecen intactos, se me antoja posible. Comprendí, pues, que Flora no estuviese allí.

La encontré en el amplio vestíbulo, o mejor dicho me encontró ella, porque había visto fotos mías en las contraportadas de mis libros.

—¡Vicente! —me llamó, y el corazón me dio un vuelco al advertir su opulenta cabellera dorada, su juventud y su aire de tranquilo misterio.

—La traductora Simmons, supongo —repuse, remedando a Stanley.

Llevaba, en un gesto que interpreté como de buena voluntad y aquiescencia, un top blanco con tirantes que le dejaba el ombligo al descubierto, un pantalón de lino blanco y unas sandalias ligeras, de

inspiración oriental. Al sonreír me pareció por un momento que se alejaba. Nos besamos en las mejillas.

—¡Qué moreno estás! —exclamó con admiración.

—Es el sol —repliqué, separando las manos y mirando hacia arriba como quien se rinde ante lo inevitable—. ¿Llegaste hace mucho?

—Hace sólo una hora, pero ya he tenido tiempo de aburrirme.

Me señaló la entrada de una exposición que yo ya conocía, donde se mostraban cuadros de una zafiedad tan extraordinaria que merecían ser ocultados. Comenté que últimamente la programación del IVAM era discutible y errática, y le pregunté si había visto las esculturas de Julio González. Me dijo que no y le indiqué el camino.

Dio un grito de alborozo al descubrir las minuciosas flores metálicas, con su ombligo de bronce en el centro. Le gustaba, como a mí, la pequeña figura de reminiscencias cubistas —casi un adorno de chimenea— de una mujer recostada, leyendo. Mientras Flora la observaba me fijé disimuladamente en su ombligo: un cráter perfecto, de labios uniformes, con un botón protuberante. Pero lo que más me asombraba era su evidente parecido con Elizabeth Siddal, la protagonista de *Los amantes de la niebla*, tal como la habían pintado los prerrafaelistas y yo la había descrito en mi última novela: una joven pálida de fulgurantes cabellos de oro, ojos verdes y piernas largas. Tenía incluso el labio superior levantado, con un ligero repliegue en el centro, detalle perceptible en muchos de los cuadros para los que Elizabeth había posado.

Le pregunté si había oído hablar de ella, y volvió a sonreírme.

—He visto la *Ofelia* de Millais en la Tate. Todos dicen que me parezco a ella.

—¿Y qué crees tú?

—Soy una mujer de mi tiempo. No tengo por qué parecerme a nadie.

Pensé que era una respuesta digna de mi heroína, y que parecía mucho más segura de sí misma al natural que en sus cartas.

Fuimos en su coche a comer junto al mar, en uno de los restaurantes que frecuentó Hemingway. Al menos allí se notaba cierta brisa. Pedimos un arroz con verduras, pero apenas lo probó. Había épocas, según me contó, en las que le costaba tragar. Recordé, de pasada, que lo mismo le ocurría a Elizabeth. Mientras

yo daba buena cuenta del arroz, me preguntó hasta qué punto *La hendidura del ombligo* era un libro autobiográfico, y si había en mí algo del protagonista.

Qué locura, me dije. Ella y yo somos como dos personajes de mis novelas, pero cada uno procede de una novela distinta.

Le respondí que *La hendidura del ombligo* era autobiográfica en un sesenta o un setenta por ciento. También yo, como Charles Button, había nacido bajo el signo de Onfalos, y me había convertido definitivamente en un adorador umbilical a los doce años, la noche en que, en la pantalla de un cine de verano que se veía desde mi dormitorio, había contemplado a una Anita Ekberg de proporciones gigantescas en el papel de Salma la bayadera, bailando una danza del vientre memorable por sus movimientos cadenciosos, sus azules velos transparentes y sus ajorcas tintineantes. Durante una semana entera había asistido a la proyección de la película *Zarak*, de Terence Young, rogando que nunca la quitaran e intentando acompasar los movimientos de mi mano inexperta con las monumentales caderas de Anita. Júbilo de la belleza cinematográfica gozada en la levedad de una noche estival; desnudez radiante de la carne que se yergue y palpita ante los encantos de un ombligo ornamentado con una piedra azul enmarcada de plata, imagen que ha atravesado los años y ahora vuelve y permanece aquí.

Cambiaron de programa, pero al año siguiente tuve ración doble con la proyección de *El tigre de Esnapur* y *La tumba india*, obras perdurables de Fritz Lang en las que Debra Paget, en el papel de Sheeta, bailaba ante la estatua de una diosa altiva las dos danzas más sensuales que haya trenzado jamás ser alguno. ¡Oh, ombligo alhajado de Sheeta, cumbre de la voluptuosidad terrena, hecha de carnes suaves, libres y perfumadas, déjame sentir la calidez de tu vientre dorado y morir con mis labios pegados a los tuyos! Lo siento. He de interrumpirme y alejarme. La emoción es demasiado fuerte.

Ya me incorporo, tras rendir homenaje. Creo que no es éste el lugar indicado para reproducir las desventuras de mi improbable *alter ego*, Charles Button, ni para glosar su contumaz pasión por los ombligos, que las mujeres de su vida ridiculizan o, en los casos más favorables, aceptan con resignación y cierto grado de disgusto. Para

eso está el libro. Pero sí he de consignar que no tuve secretos para Flora y que, a las dos horas de conocerla, ya estaba revelándole mis fantasías más recónditas. A diferencia de mi exesposa, que siempre las consideró como anomalías propias de una mente enferma, mi traductora se mostró comprensiva e interesada.

Dimos un breve paseo por la playa antes de regresar al coche. La pequeñez de mi ático le sorprendió. Siempre he pensado que es un lugar donde sólo cabe hacer dos cosas bien: escribir y hacer el amor. Al advertir que dudaba, le expliqué que yo dormiría en el sofá, por exigencias del guión. Dejó su bolsa de viaje junto a la cama, recogió algunas prendas y fue a ducharse. Al salir del baño llevaba el cabello húmedo y vestía un top de manga corta y una falda recta, larga hasta los pies, que parecía extraída de mis ficciones orientales. Iba descalza, como corresponde a una bayadera del Indostán.

Fue leyéndome las preguntas que me había enviado, y anotando mis respuestas en un cuaderno. Cuando yo dudaba, porque había partes de la novela que se habían difuminado en mi memoria, buscaba la página correspondiente y me esforzaba por desentrañar mis antiguas fabulaciones. Avanzamos rápido. Las dos jornadas de un par de horas previstas se juntaron en una sola tarde.

La corrección de la novela dio paso a una apasionada disertación sobre los ombligos. Le hablé del mito griego de Onfalia, la del hermoso ombligo; de los tortellini en forma de anillo, que al decir de los boloñeses tienen la forma y el tamaño exactos del ombligo de la diosa Venus; de la vieja discusión sobre si Adán y Eva tenían ombligo, que se mantuvo durante varios siglos y que llevó a la Iglesia onfalófoba a excomulgar a más de un pintor heterodoxo.

En el restaurante de la playa le había contado cuánto me gustaba pensar en los ombligos femeninos como copas y beber de ellos. Con la voz espolvoreada de ronquera, Flora me preguntó si quería beber del suyo. Fui a por el licor de mandarina y al volver la encontré acostada en la cama, desnuda. Por un instante creí entrever dos ombligos. Era que el vellón estaba completamente rasurado, y el pórtilo que lucía entre las piernas reproducía en cierto modo el que ostentaba en medio del vientre, salvo por dos esférulas doradas que le perforaban los labios mayores. Era, en efecto, una mujer de su tiempo, y no tenía por qué parecerse a

nadie. Me pidió que desconectase el aire acondicionado, porque le producía cefalalgia.

El resto ya lo he contado. O casi.

Salgo a la terraza y busco a la atezada mujer del turbante. Me cuesta reconocerla porque ya no lo lleva. Se ha soltado la ampulosa cabellera dorada, que parece vibrar a causa del calor, y está sentada con las piernas cruzadas, leyendo un libro de color malva. Busco unos prismáticos e intento identificar el título, pero no lo consigo hasta que cambia de postura. Lo reconozco por la ilustración de la portada. Es, o al menos eso creo, *La hendidura del ombligo*. ¡Por fin, una de mis lectoras! Me pregunto si encontrará mi novela suficientemente incitante. No me gustaría decepcionarla.

Como si respondiese a mis dudas, se acuesta sobre la toalla y se desprende de la tira de tela que hace las veces de sostén. Lee un poco más y empieza a acariciarse los senos, el ombligo, la fúlgida entrepierna. Con una mano sostiene el libro y con la otra se masturba delicadamente. Me pregunto qué pasaje habrá suscitado esos goces e imagino la proximidad de su cuerpo cálido y lustroso. Sin dejar de mirarla con los prismáticos, me acaricio a mi vez. Quizá haya otras personas observándola, desde otras azoteas.

Me viene a la memoria una pregunta de Flora. En algún lugar de *La hendidura del ombligo* yo había escrito: «Quería lamerla, chupetearla, deshacerla en mi lengua». Y ella, como si se dirigiese al mismísimo Charles Button —pero ¿acaso no era así, en el fondo?—, me había interrogado con su afán de precisión característico: «¿Lo dices en el sentido figurado de que te hubiera gustado que se disolviera al contacto de tu lengua o realmente querías que desapareciera por completo?».

Sé que mi destino es derretirme también, como ella y como todos nosotros, bajo el ombligo deslumbrante del sol.

El Vedat, marzo de 2002

Ni se te ocurra vestirte

Ramón de España

La tentación llegó, por correo, en el momento oportuno.

Hacía algo más de seis meses que Alfonso se había separado de su novia, Clara, tras una relación que había durado cerca de cuatro años, y su libido, adormecida por la tristeza y, ¿para qué negado?, el frío del invierno, llevaba unas semanas dando innegables señales de vida. Se acercaba el verano y las calles de la ciudad estaban llenas de mujeres. Mirara donde mirara, Alfonso sólo veía pechos saltando bajo leves camisetas y nalgas apretadas por pantalones muy ceñidos. Un día que entró en un bar para refrescarse del calor exterior y, sobre todo, interior, descubrió que el remedio podía ser peor que la enfermedad: ¿no se daban cuenta esas dos chicas que tomaban horchata en la barra de que les asomaba por encima de sus tejanos bajos de talla la raja del culo?

La tentación que llegó, por correo, en el momento oportuno consistía en el folleto de un hotel en la costa andaluza, ideal, según el redactor del texto, para pasar unas estupendas vacaciones en contacto permanente con la naturaleza. Se trataba de un hotel nudista, según se podía apreciar en las fotos que ilustraban el folleto. A Alfonso la faceta saludable del nudismo nunca le había interesado lo más mínimo: familias progresistas en pelotas, gordas sin depilar, viejos gotosos con los huevos a la altura de las rodillas... No, a Alfonso lo único que le interesaba del nudismo era precisamente eso, estar en bolas rodeado de otras personas, preferentemente mujeres, en situaciones propicias a la excitación sexual. El nudismo sin sexo se lo dejaba a los vegetarianos y a los nazis. A él lo que le gustaba era ver culos, tetas y coños. Y que las propietarias de esos culos, esas tetas y esos coños le miraran la polla sin disimulo y con cara de que les encantaría chuparla.

Leyó atentamente el folleto para averiguar a qué tipo de hotel nudista pertenecía el lugar. Si era de los que se llenan de familias

numerosas y de gordas con el hilo del tampax asomando por el coño ya se podían olvidar de él. Observó con interés las fotos y no vio ni viejos ni gordos, aunque también podía tratarse de una estratagema empresarial: por mucho nudismo que le echas, ¿a quién vas a engañar con la foto de una pareja de carcamales tomando el sol mientras sus nietos, entre grandes risotadas, se mean mutuamente en la boca? No, en las fotos sólo salían tipos sonrientes de su edad y atractivas mujeres menores de treinta años. Una imagen del chiringuito playero con los taburetes ocupados por rebosantes culos femeninos le gustó especialmente.

También le pareció una buena señal que el texto hiciera referencia a conceptos tales como «vacaciones románticas», «lugar ideal para parejas», «posibilidad de hacer nuevas amistades» o «la única regla es divertirse». Pero lo que le acabó de decidir a pasar sus vacaciones en tan benéfico establecimiento fue la frase «donde quien llega solo no lo está mucho tiempo». La leyó varias veces mientras imaginaba un plantel de mujeres desnudas pugnando por su rabo, que, por cierto, pugnaba a su vez por salirse de los calzoncillos.

Sin pensarlo más, descolgó el teléfono e hizo una reserva para las dos últimas semanas del mes de julio. Acto seguido, se bajó los pantalones y se masturbó mirando el folleto, concentrándose especialmente en la foto de una muchacha de hermosos pechos que sonreía a la cámara mientras sostenía en la mano una de esas ridículas copas de cóctel de las que asoma una sombrillita: el hecho de que su semen se estrellara contra la boca de la chica le pareció un augurio inmejorable.

Llegó al hotel en un coche alquilado y enseguida le gustó. En vez de un infame rascacielos, se encontró con una serie de bonitos bungalows (cada uno con su pequeño porche en el que sentarse a beber una cerveza mientras se asiste al inevitable desfile de tetas y culos). En recepción, los clientes desnudos contrastaban con los empleados vestidos correctamente. Camareros de esmoquin servían copas en una barra a bañistas despelotados con la toalla al hombro. La chica que le entregó la llave le informó de que era costumbre vestirse para cenar, lo cual le pareció muy bien: Alfonso, que, como

ya hemos dicho, sólo sentía interés por la parte sexual del nudismo, era un hombre que concedía mucha importancia a la indumentaria. En su círculo de amistades, el mal gusto en el vestir se consideraba una lacra importantísima... Vaya, hombre, de repente le venía a la cabeza Clara, su exnovia. Lo guapa que era, lo elegante de su vestuario, el comentario que hizo la madre de Alfonso cuando se separaron: «Hacíais una pareja tan bonita»... Era cierto. Mientras caminaba hacia su bungalow se proyectaba en su cerebro uno de los momentos álgidos de su unión: cuando acudieron a la boda de sus amigos Gonzalo y Sara y, para profundo berrinche de éstos, cosecharon más miradas admirativas que sus anfitriones. Ese día, pensaba Alfonso, estábamos realmente atractivos: ella, con su vestido de Lydia Delgado y aquellos zapatos carísimos de Manolo Blahnik; yo, con mi traje de lino de Hugo Boss de color crudo y mi corbata dorada del llorado Franco Moschino...

Dejarse vencer por la nostalgia no iba a llevarle a ninguna parte. No había llegado hasta aquí para lamentar lo que había perdido, sino para disfrutar de lo que podía encontrar. Como decía Spencer Johnson, el autor de *¿Quién se ha llevado mi queso?*, libro con el que Alfonso intentó superar las desgracias de su separación, «cuanto antes te olvides del queso viejo, antes aprenderás a disfrutar del queso nuevo».

Así que borró de su mente los recuerdos de Clara mientras tomaba posesión de su bungalow. Tras guardar su ropa en el armario, se desnudó y, con una toalla al hombro, procedió a estudiar las instalaciones. La verdad es que acabó enseguida, pues todo consistía en los citados bungalows, un restaurante al aire libre y una piscina. Era mejor fijarse en la gente y comprobar que no le hubieran dado gato por liebre y el sitio estuviera lleno de carcamales vegetarianos, vacaburras convencidas del poder curativo del ajo y niños metiéndose zanahorias por el culo.

No, no le habían engañado. La gente con la que se cruzaba era mayoritariamente joven y, dato estimulante, las mujeres sonreían mucho. Lamentablemente, por lo que pudo observar en la piscina, casi todas estaban emparejadas, con lo que en los taburetes del chiringuito que había visto en el folleto Alfonso encontró un exceso de peludos traseros masculinos. Enseguida se imaginó dos semanas de soledad absoluta, de nostalgia por el pasado, de sensación

permanente de estar haciendo el ridículo, de excitaciones diurnas que sólo conducirían a tristes masturbaciones nocturnas... Resultaba evidente que ésa no era la manera de iniciar sus vacaciones, así que se tomó un *gin tonic* en la barra del chiringuito, para animarse, y luego se fue a la playa.

Las cosas no mejoraron. Durante tres días, Alfonso no paró de ver mujeres que le gustaban pero que estaban acompañadas. Tres días de desayunos solitarios entre montones de parejas tan desnudas como felices. Tres días tomando el sol y bañándose sin disfrutar ni de una cosa ni de la otra. Tres días tomando copas en el chiringuito, iniciando conversaciones con mujeres solas que se interrumpían a la que aparecía un tipo que miraba mal a Alfonso por darle bola a su novia mientras él estaba meando. Tres días de cenas a solas en el bungalow porque no tenía ánimos para ponerse el traje de Hugo Boss de color crudo y desplazarse a un comedor repleto de parejas dichosas...

Las cosas cambiaron cuando estaba a punto de tirar la toalla (nunca mejor dicho, pues era lo único que podía tirar, al pasarse el día en pelotas), dar por terminadas sus vacaciones y volverse a Barcelona. Fue en su cuarto día de estancia en el complejo nudista, a la una del mediodía, mientras la resaca le mantenía inmovilizado sobre la arena y ni se tomaba la molestia de contemplar los cuerpos desnudos que se agitaban a su alrededor.

—¿Tienes fuego? —preguntó una voz femenina.

Alfonso se incorporó y vio un rostro levemente conocido. Pertenecía a una mujer morena, pequeña y redonda sin estar gorda en la que se había fijado hacía un par de días... hasta observar que, como casi todas, estaba acompañada por un hombre de esos que te miran mal a la que te sorprenden clavando la vista en lo que consideran su posesión.

—No fumo —respondió, lamentando en ese momento no tener ese vicio.

—Ya lo sabía. Sólo era para iniciar una conversación. ¿Sabes que eres el responsable de que me haya cabreado con mi novio y se haya largado dejándome aquí sola el resto de las vacaciones?

—¿Se puede saber qué he hecho?

—Bueno, las cosas no iban muy bien. Y entonces a ti se te puso dura la polla.

—¿Perdón?

—Que estábamos discutiendo y tú estabas aquí al lado, medio dormido, sin darte cuenta de que tenías la polla tiesa. Yo me la quedé mirando y mi novio se dio cuenta. Para cabrearle le dije que la tenías muy bonita y se acabó lo que se daba.

—¿Sólo lo dijiste para cabrearle?

—La verdad es que la tienes muy bonita.

—Puestos a ser sinceros, te diré que yo también me había fijado en ti. Tienes un culo precioso. Lo pude comprobar un día que estabas agachada buscando no sé qué en el bolso. Se te veían perfectamente los dos agujeros, entreabierto el de delante, sonrosadito el de atrás. Y me entraron unas ganas tremendas de clavártela en ambos, por turnos.

—Se te está poniendo gorda.

—Siempre me pasa cuando digo guarradas. Si me meto en el agua se me pasará.

—¿Y para qué quieres que se te pase? Ya que has acabado con mi noviazgo, lo menos que podrías hacer es follarme, ¿no?

—Tienes más razón que un santo.

Se levantaron, se echaron la toalla al hombro y, cogidos de la mano, caminaron hasta el bungalow de Alfonso. Una pareja de gordos de mediana edad les miró muy mal, probablemente porque la erección de Alfonso no remitía.

—Mucha envidia es lo que hay —dijo Laura, pues ése era el nombre de la mujer que, por fin, había aparecido para dotar de lógica las vacaciones de nuestro hombre.

Pasaron los tres días siguientes dedicados al sexo, actividad que sólo interrumpían para pedir algo de comer y de beber al servicio de habitaciones o para acercarse a la playa o a la piscina a darse un chapuzón. Para gran alegría de Alfonso, Laura practicaba unas felaciones fantásticas cuya voracidad confería especial verosimilitud a la expresión «comer la polla». En vez de ir directa al grano, Laura se entretenía lamiendo las ingles y los cojones de Alfonso, metiéndoselos en la boca, primero uno, luego el otro, deslizando la

lengua por el perineo hasta insertarla cosa de un centímetro en el ojeté de su amante. Su manera de lamer, con la punta de la lengua, el orificio del pene, enternecía especialmente a nuestro nudista accidental. Por no hablar de cómo inflaba los carrillos cuando tenía la boca llena de semen, que a Alfonso le recordaba a la mascota de un quitamanchas de su infancia, o cómo se echaba a reír dejando que el esperma le resbalara por las comisuras y se deslizara hasta sus pechos...

—Demasiado *whisky* durante los últimos días —fue su diagnóstico la tarde que conoció a Alfonso—. A ver si llevamos una alimentación más saludable, colega...

Alfonso no podía creer la suerte que había tenido. Su viaje estaba obteniendo los resultados apetecidos y, además, Laura no sólo era una estupenda compañera de cama, sino que tenía un gran sentido del humor, una conversación fluida y agradable y una actitud general ante la existencia que a Alfonso se le antojaba ejemplar.

Empezaba a pensar que tal vez Laura era algo más que un polvo de verano cuando el destino, en forma textil, se coló en su idílica existencia enturbiándola profundamente. Todo empezó la noche en que decidieron cenar en el comedor como el resto de los huéspedes del hotel. Zampar en la cama tenía su gracia, pues a Alfonso le encantaba comerse la *mousse* de chocolate untada en las tetas de Laura y a Laura le gustaba mucho cubrir con yogur de fresa la polla de Alfonso, pero tampoco era cuestión de convertir el sexo en una rutina, ¿no es cierto?

Así pues, jugaron a concertar una cita y quedaron en verse en el comedor a la hora de la cena.

Alfonso se puso una camisa de lino de color azul celeste de Ralph Lauren que le gustaba especialmente y unos pantalones blancos de Calvin Klein y acudió de un humor inmejorable a la cita. Lamentablemente, lo que vio le causó una tristeza rayana en el desasosiego. Y es que Laura llevaba una ropa que nuestro hombre no dudó en calificar mentalmente de imposible: esa camiseta rosa con el estampado de un tigre de purpurina, esos pantalones acampanados de color verde loro, esas sandalias doradas con tacón de aguja... La mujer que tanto le gustaba desnuda ofrecía vestida un aspecto a medio camino entre furcia y travestí. El maquillaje

exagerado y el repugnante osito de plata, marca Tous, que colgaba de su cuello, no contribuían precisamente al buen gusto general de la propuesta.

—Estás muy callado —le dijo Laura mientras cenaban—. ¿Te ocurre algo?

—No, qué va..., —disimulaba Alfonso—. Igual es que estoy un poco cansado de tanto sol, tanta agua y tanto folleto...

—Pues esta noche no te libras de clavármela —sonrió Laura mientras mordía sugerentemente un rabanito de la ensalada—. Hoy me apetece por el culo...

—Qué bien... —dijo Alfonso mientras notaba cómo su miembro viril se iba empequeñeciendo.

¿Tendría razón Unamuno cuando dijo que a los catalanes les pierde la estética?, se preguntaba Alfonso mientras caminaba abrazado a Laura en dirección a su bungalow. Tal vez sí, se dijo, pues a la que Laura estuvo desnuda de nuevo su rabo siguió el proceso reglamentario y la sesión de sexo de esa noche fue tan satisfactoria como las anteriores.

De todas maneras, poco antes de dormirse, mientras Laura roncaba suavemente junto a él, Alfonso intuyó que el vestuario de su amante iba a traerle problemas.

Lo pudo comprobar a diario durante los días que restaban de su estancia en la colonia nudista. La camiseta del tigre y los pantalones acampanados resultaron ser un prodigio de discreción comparados con lo que vino luego: mallas de estampado felino, camisas transparentes, zapatos de plataforma (un par de ellos, con agua en el tacón y un pez de plástico flotando), pendientes en forma de piezas de *sushi*, pestañas postizas con purpurina, unos colores de lápiz labial y laca de uñas que hacían daño a la vista...

Laura también vivía en Barcelona y Alfonso, hasta que la vio vestida, se relamía con la perspectiva de tener una novia nueva tan simpática y folladora como ella. Pero ahora, mientras se acercaba el final de sus vacaciones, veía que nunca tendría el valor de pasearse con ella por su ciudad ni de, ¿adónde iríamos a parar?, presentársela a sus amigos: esa pandilla de profesionales de buena familia, en la que había varias *fashion victims*, les crucificaría a ambos.

Clara era más presentable socialmente, pensaba Alfonso, pero la

verdad es que Laura la chupa mejor y se deja dar por el culo que es un contento. ¿Tan difícil sería que la pobre tuviera mejor gusto a la hora de vestirse? Y es que es poco probable que acepte el cargo de esclava sexual y se pase los días encerrada en casa, en pelotas, esperando que yo aparezca para darme gusto...

Con gran dolor de su corazón, esta víctima de la estética se despidió de su nueva amante tras darle un número de teléfono falso. Era lo mejor. Todo había estado muy bien, pero era preferible considerar la experiencia como un delirio veraniego que no podía tener continuidad en el mundo real. Había que rendirse a la evidencia: la pobre Laura era impresentable. En unas semanas se olvidaría de ella y volvería a su apacible vida cotidiana, en la que las mujeres no llevaban peces de plástico en las plataformas de los zapatos ni mallas con estampado leopardesco...

A cambio del buen gusto vestimentario, todo había que reconocerlo, solían mostrarse renuentes al sexo anal y a la ingesta de semen. Y el sentido del humor, del que Laura andaba sobrada, tampoco era precisamente moneda de cambio en el universo elegante y estirado en el que se movía nuestro hombre. ¿Serían estas contradicciones las que le hacían llorar como una magdalena en el taxi que le conducía a su apartamento en la zona alta de Barcelona? Bah, pamplinas: en un par de semanas se habría olvidado de esa guarra.

Dos meses después, Alfonso seguía sin poder quitarse de la cabeza a Laura. De repente, las cenas con sus amigos habían dejado de divertirle. Su vida de diseño se le antojaba súbitamente desprovista de diversión, alegría y estímulos de ningún tipo. Es más, estaba empezando a cogerles manía a sus conocidos. Antes, les miraba y alababa mentalmente su nueva corbata de Versace o ese reloj Jaeger-LeCoultre tan elegante. Ahora, estaba convencido de que todo era un disfraz tras el que se escondían pervertidos como él, adictos a la felación, la sodomía, la lluvia dorada y, tal vez, la coprofagia, que se sentían superiores a los demás porque cubrían sus cuerpos viles con ricas telas y carísimas joyas.

Un par de aburridísimas cenas con dos mujeres conocidas en sendas fiestas acabaron por despertar en él, de forma dolorosa, la

nostalgia por los días vividos con Laura en la colonia nudista. Y es que esa mujer, ahora lo veía claro, ¡por fin!, merecía la pena. ¿Qué más daba cómo vistiera o que no quedara bien en el entorno que él se había construido? ¡Si ese entorno cada día le daba más grima! Vamos a ver: ¿pasaría algo por no volver a ver a sus estirados amigos o a esas dos pelmazas que no pillaban un chiste y que le habían amargado las onerosas cenas que él había generosamente sufragado?

Nada. No pasaría nada.

Para una vez que encontraba a una mujer que valía la pena, lo echaba todo a rodar por un osito Tous y un maquillaje algo exagerado. En la distancia, incluso, el vestuario de Laura empezaba a hacérsele tolerable. Siendo constructivo, la verdad es que había que reconocer que esas mallas con estampado felino esculpían su trasero de forma perfecta. Ese trasero..., esos dos insuperables quesos de bola, uno junto al otro, que tanto le gustaba acariciar, besar, lamer, morder...

Decididamente, había que salir del armario estético en el que se había encerrado y aspirar a un nuevo tipo de vida... Pobre Laura, la imaginaba llamando al número falso que le dio y echándose a llorar por su traición... Había que hacer algo: llamarla, pedirle perdón, pretextar una terrible enfermedad que le había mantenido postrado en el lecho durante semanas... O aún mejor, mantener que le había dado el teléfono bueno y que ella lo había apuntado mal, hacerse el enfadado, asegurar que era él quien se había sentido traicionado al no recibir una llamada suya...

¡Dios, qué ganas tenía de follar con Laura! Mientras marcaba su número de teléfono, se veía a sí mismo en la cama con ella, visitando sus tres orificios naturales en el mismo polvo, empezando por la boca, siguiendo por el coño y rematando la faena llenándole el culo de semen...

Pero cuando oyó la voz al otro extremo del hilo telefónico, supo que él no había sido el único en considerar la historia del club nudista como una simple aventura veraniega y que, tal vez, su elegancia en el vestir no era de alcance universal, pues en mundos distintos al suyo los tigres de purpurina, los ositos Tous Y los peces de plataforma eran considerados, quizás, el colmo del buen gusto:

—Pizzeria Figaro Foie, ¿dígame?

Barcelona, marzo de 2002

Retrospectiva de Bernabé Lofeudo

Eduardo Berti

Un verano, 68 minutos

Blanco y negro. Sin sonido

Con F. Alcorta, N. Marchi, A. Troncoso y elenco

Guión, encuadre y dirección de Bernabé Lofeudo

Estrenada en el cine Astor de Buenos Aires, el 2 de abril de 1922

Suele afirmarse que si Bernabé Lofeudo hubiera hecho tan sólo esta película, habría bastado para otorgarle un lugar predominante en la historia del cine mudo argentino. Suele afirmarse asimismo que ninguna de sus producciones anteriores hacía prever el carácter de *Un verano*, aunque esto es hoy arduo de comprobar: de aquellas obras —quemadas o perdidas, ¿quién lo sabe?— apenas se conservan unos fotogramas y un plano que no sobrepasa los quince segundos. En cualquier caso, queda claro que este film determina un corte tajante: si los primeros trabajos de Lofeudo conformaban una trilogía gauchesca en la que había —así señaló la crítica— «más caballos y vacas que actores», es a partir de *Un verano* que el cineasta irá a instalarse en un ambiente más cosmopolita, atento a la sensibilidad femenina, para convertirse en un «auténtico pionero del melodrama erótico local», como bien lo llamara Alfredo Wepler en su *Historia de nuestro cine*. Obsérvese, sin embargo, que Wepler habla de «melodrama erótico» y no de «erotismo» a secas, dado que por entonces ya circulaban en todo el país innumerables cortometrajes semiclandestinos con desnudos parciales o totales.

¿Hasta qué punto el erotismo fue el propósito primordial de *Un verano* y de los films que siguieron? Raúl Lofeudo, hijo menor del cineasta, ofrece una reveladora anécdota en su libro de memorias familiares, editado en 1953. «Estando una noche mi padre con el actor y boxeador amateur Pascual Guidi, éste dijo, quizá para provocarlo, que una película jamás lo había excitado sexualmente y que era improbable que esto sucediera. Mi padre se puso de pie y le

apostó una suma de dinero —una suma que he olvidado pero era, en cualquier caso, elevadísima— a que él lograría excitarlo sin necesidad de imágenes explícitas». No se aclara cómo se arbitró el asunto ni quién se encargó, concluida la película, de fiscalizar la excitación de Guidi.

Durante años se dio por cierto que una apuesta había impulsado la idea de *Un verano* y que el proyecto, a su turno, había puesto al director en la busca de una actriz sensual y joven, como lo era Nelly Marchi. En 1990, no obstante, la periodista Silvana Reinaldi publicó en Buenos Aires una pormenorizada biografía de la actriz, con un nada sucinto apéndice de su correspondencia personal, y de ahí resulta que la primera carta dirigida a Bernabé Lofeudo data de catorce meses antes del estreno de *Un verano*. ¿Debe concluirse que el cineasta acuñó el proyecto a partir de un encuentro con la actriz y no a la inversa, tal como se presumía?

Comparado con lo que vendría después en materia de erotismo, *Un verano* es un producto cauto, más travieso que inmoral, con una trama sumamente sólida para lo que se estilaba por esos tiempos: una joven (Nelly Marchi) llega a una ciudad balnearia que podría ser una imitación de Biarritz, sin otra compañía que la de su perro pequinés, se aloja en un hotel suntuoso, en una habitación con vista al mar, y traba relación con un hombre casado. La acción se inicia con la muchacha que traspone la puerta giratoria del hotel. A pocos pasos la sigue una mujer de unos cuarenta años, quien también acaba de arribar. La mujer anuncia que su esposo, el abogado Valentín Aguirre, se le unirá «dentro de dos o tres días». Los Aguirre han reservado la habitación 304, la misma que ocupan desde hace cinco veranos; pero el gerente del hotel tiene en esta oportunidad malas noticias: «La dama que estaba en el cuarto y debía abandonarlo esta mañana ha caído muy enferma», dice. «Agoniza y el médico nos prohíbe moverla de aquí». Lo que sigue es esperable: puesto que no hay otros cuartos libres —ni en éste ni en los otros hoteles de allí—, la señora de Aguirre tiene que pasar esa noche y la siguiente con la joven, en su habitación, la 203, que es la única ocupada por una mujer sola.

Dos mañanas después llega Valentín Aguirre (Alberto Alcorta) y se cruza en el vestíbulo con un par de enfermeros que en una camilla cargan algo cubierto por una gruesa manta, algo con

notoria forma de cadáver. «¿Qué ha pasado?», les pregunta. «La mujer de la 304», le informan. Aguirre suelta bruscamente las maletas (primer plano de las manos), se tambalea como a punto de desmayarse y al fin se deja caer sobre un sillón. Lofeudo explora su rostro por medio de un extenso primer plano. La expresión de Aguirre cambia poco a poco. Dolor, tristeza, espanto, desamparo. De repente se funde con la imagen de su esposa, que en su recuerdo se echa a reír de manera vulgar, y tras un segundo fundido vemos de nuevo al abogado, algo menos compungido, como dispuesto a habituarse a la viudez.

La escena en que Aguirre conoce a la muchacha es tan graciosa como erótica. Aclarado el equívoco con los recepcionistas del hotel, el abogado oye decir que su esposa está alojada en la habitación 203, trepa corriendo una escalera blanca —una escalera que parece hecha no de mármol, sino de merengue—, abre la puerta sin haber llamado y se queda absorto contemplando la hermosura de la joven, toda ligera de ropas, la blusa desabrochada, los muslos al descubierto y poniéndose unas medias de seda. Aguirre traga en seco y logra preguntar: «¿Y mi mujer?». La cámara recorre el cuerpo de Nelly Marchi, de los pies a la cabeza. Sus piernas son extremadamente delgadas para el exuberante busto, como los cimientos de una construcción que hubiera resultado más colosal que lo planeado. Los ojos son de esos que suelen tildarse de soñadores, acaso porque en vez de grandes y redondos son levemente achinados, oblicuos, elevados hacia los pómulos y dotados de ese equívoco aire de introspección que suele haber en las miradas miopes. Una serena aunque también poderosa sensualidad resulta de la combinación de estos ojos con una boca como indecisa —labios superiores delgados, labios inferiores carnosos— pero aún más de la tensión entre el par de ojos celestiales y unas cejas combadas igual que lo haría un arco al reclamar con urgencia alguna flecha. Valiéndose de un gesto cuidadosamente descuidado, si es que se permite la expresión, la joven se acomoda tras la oreja un mechón de pelo y sólo entonces responde: «Su mujer fue a llevar, con ayuda del botones, sus cosas a la 304». El abogado está por retirarse cuando la muchacha pide que la ayude a abotonarse la blusa. «Acabo de pintarme las uñas», argumenta. Los dedos temblequeantes de Aguirre cumplen con lo

pedido. El doctor se extravía observando la piel suave de su espalda, como espolvoreada con manchas cutáneas. «Es usted un perfecto caballero», agradece ella.

La película decae de aquí en más. La trama pierde rigor y el cineasta, para poder concentrarse en el flirteo entre la joven y el recién llegado, apela a un ardid algo burdo: la señora de Aguirre cae enferma y un médico, rascándose el mentón, sostiene que «es el mismo mal que aquejaba a la anterior ocupante». Un par de escenas más tarde, el abogado visita a la joven con la excusa —o el pleno convencimiento— de que no logra encontrar cierta indumentaria de su esposa. «¿No habrá quedado olvidada en este cuarto?». Buscan en vano, tropezando con diversas prendas íntimas, por ejemplo una media de seda que el abogado (plano detalle de un bolsillo) no se resiste a hurtar a la primera distracción de la muchacha. La tensión aumenta escena tras escena. El deseo es mutuo y cada vez más fuerte. Lofeudo da cuenta de ello pero demora el acercamiento más de lo que desearía un espectador medianamente ansioso: presenta al abogado que, a hurtadillas, olisquea el perfume de la media que robó; muestra de nuevo la escena en que Aguirre debe abrochar la blusa de la joven aunque esta vez, en su imaginación, las manos no van justamente a los botones.

Una mañana en que Aguirre se ha instalado frente el mar, en una playa medio despoblada, la joven se interna en el agua sin mirarlo pero, resulta evidente, con la intención de que él la contemple jugar entre las olas. Su traje de baño, demasiado audaz para la época, se trasparenta sencillamente al mojarse. Dos mujeres de la edad de la señora de Aguirre la miran, cuchichean, menean las cabezas. Otra mañana el abogado recibe una «encomienda personal», como dice un recepcionista. Es una caja cuadrada, más bien pequeña, envuelta en papel de regalo. Adentro está la otra media, acompañada de una carta: «Jueves por la noche, en mi habitación». El gesto es de una osadía extraordinaria. Se comprende, por consiguiente, que algún crítico comparase más tarde a la heroína de este film con las jóvenes que retratará el escritor Scott Fitzgerald.

Nadie quedó más disconforme con el desenlace de *Un verano* que el propio Bernabé Lofeudo. «El rodaje fue interrumpido durante cinco días. No sabía cómo terminar la película», reconoce su hijo.

Los motivos de esta indecisión no son difíciles de imaginar: Lofeudo vivía en pareja desde 1915 con la actriz española Dolores Baquero, diez años mayor que él. No estaban legalmente unidos porque ella se había casado once o doce años atrás con un oscuro torero de Sevilla, pero ya habían nacido sus dos hijos: Clara y Raúl. Este último escribió: «La trama enfrentaba a mi padre con su mundo real: mi madre tenía cuarenta años, lo mismo que el personaje de la esposa del abogado. Y mi padre, según creo, ya había caído enamorado de la joven Nelly Marchi».

Figura del teatro argentino, Dolores Baquero veía con malos ojos el cine que no era —palabras suyas— «más que un refugio y un consuelo para todos los actores extranjeros (léase en particular *italianos*) que no hablan debidamente español». A la luz de tamaña aseveración, es normal que, pese a las súplicas de Lofeudo, se negara a interpretar a la señora de Aguirre.

Sobre la última escena de *Un verano* se han escrito y se escribirán aún centenares de páginas, lo que viene a demostrar que muchas veces la crítica no se detiene frente a las escenas más logradas, sino ante las más controvertidas. El final es así: Aguirre resuelve visitar a la joven, se encamina a la habitación y está por llamar a la puerta con el número 203 cuando una especie de vértigo lo asalta. Sale corriendo, alcanza la orilla del mar y allí se moja la frente como queriendo borrar su errónea idea. Por un instante ha conseguido serenarse. Pero justo entonces levanta los ojos y ve a la joven tras un ventanal. El espectáculo es sublime: la silueta de Nelly Marchi se recorta netamente, a contraluz. Parece estar fumando, de allí el diminuto punto brillante que va y viene de su rostro. De pronto separa las piernas y un haz potente, puede que orientado adrede hacia el sucio vidrio, corre por entre sus rodillas como si franqueara un terso túnel. Aguirre aprieta los puños, reafirma la decisión y echa a andar rumbo al hotel. Es allí cuando vuelve a tropezar con otro par de enfermeros que cargan otra camilla. «¿Es mi esposa? ¿Es mi esposa?», les pregunta. Los hombres se detienen y, a su pedido, destapan el rostro cubierto por una manta. Tan sólo Aguirre puede verlo. Su boca se convulsiona. Sus ojos se abren, desmesuradamente. Se cubre la cara con las manos y llega el cartel de FIN.

En esta escena, a juicio de Ricardo Hofman, «conviven el deseo

reprimido y la culpa» (*Sexo y moral en Bernabé Lofeudo*). «Al tomar por segunda vez la decisión de ir a la habitación de la muchacha, el abogado ya ha matado simbólicamente a su mujer; pero la muerte se hace real antes de que él pueda consumir el acto y, al materializarse, inhibe y desarma el deseo de Aguirre». En una línea de análisis similar, muchos críticos sostienen que detrás de los números de las habitaciones se esconden los veinte años de Marchi (203), los cuarenta de Baquero (304), y los treinta recién cumplidos por el cineasta.

Otro verano, 56 minutos

Blanco y negro. Sin sonido

Con N. Marchi, F. Alcorta, J. Ruiz Arvel y elenco

Guión, encuadre y dirección de Bernabé Lofeudo

Estrenada en el cine Renacimiento de Buenos Aires, el 13 o 16 de marzo de 1923

Luego del estreno de *Un verano*, las cartas de Nelly Marchi a Lofeudo se vuelven más personales. Alcanza con seguir la evolución de los encabezados: desde «Estimado señor» hasta «Querido Bernabé», o hasta el «Berna-bebé» de febrero de 1923, median menos de dos años. Para entonces el matrimonio de Lofeudo se halla en crisis. La crisis se adivina terminal y a nadie extraña que Dolores Baquero acepte, en julio de 1922, un contrato para actuar en un pequeño teatro de Montevideo. Cuando allí se traslada con sus hijos, tanto ella como Lofeudo saben que se trata de un adiós final.

La filmación de *Otro verano* no comenzará hasta fines de diciembre. Animado por el éxito de su obra precedente, Lofeudo decide que es tiempo de poner más énfasis en lo sexual. Hasta Pascual Guidi aprueba la idea y se postula para actuar al lado de Nelly Marchi. La negativa de Lofeudo lo deja sin consuelo.

Marchi encabeza en esta ocasión el reparto y la historia vuelve a cumplirse en el mismo hotel de la misma ciudad. El film debe verse como una continuación, en el estricto sentido del término. A guisa de prólogo, Lofeudo pondrá una sucesión de carteles para que refresquen la memoria del público. La joven regresa «un verano después», leemos, en procura de «un hombre al que no pudo

olvidar», convencida de sus chances de reencontrarlo. El verano ha resultado gris, lluvioso. El hotel está semivacío. La muchacha ha solicitado otra vez el cuarto 203. Pasan días sin novedades hasta que el clima mejora y el lugar es asaltado por una nueva oleada de veraneantes. Entre ellos, se diría que el abogado. «¿Ha llegado el doctor Aguirre?», pregunta en la recepción. «¿Aguirre? No, señorita», le responden después de haber revisado los registros. Por la noche, no obstante, vuelve a verlo. La acción transcurre en el bar del hotel, no mostrado en la película previa. La joven y el hombre se miran, con intensidad y a la distancia. De pronto el hombre se incorpora, avanza hacia la mesa de ella y se presenta como «Andrés Valente, pintor». Ella lo invita a sentarse. Él dice: «Usted se parece a una mujer que vengo pintando, sin conocer, desde hace más de quince años». La joven ríe, tal vez nerviosa o descreída, tal vez porque supone que Aguirre está jugándole una curiosa broma. Pero el hombre —que viste y gesticula de una forma que no es la del abogado— insiste con esta historia y le muestra, al día siguiente, una veintena de óleos en los que se repite, no hay la menor duda, una mujer idéntica a ella.

Aunque la lógica indicaba lo contrario, Lofeudo quiso que Alberto Alcorta encarnase al pintor Valente. «En lugar de escoger un actor parecido a Alcorta/Aguirre, mi padre mantuvo el mismo para crear un efecto perturbador», escribe su hijo. «Su objetivo, así me dijo, era suscitar en la audiencia una confusión análoga a la que debía de estar experimentando la muchacha». De esta decisión resulta, como lo afirmara Ricardo Hofman, que «ambos son, mutuamente, el mismo y otro: el abogado y/o el pintor, la joven y/o la modelo desconocida».

Si alguna escena de *Otro verano* pasó a la historia, ésa es la del desnudo. Convendría antes rememorar, probablemente, esa otra en la que el pintor, tras decirle a la muchacha «conozco sus facciones de memoria» («¿pero cabe decir *memoria* cuando ha sido un presentimiento?», especula Hofman con agudeza), cubre sus ojos con un antifaz ciego, se lanza a describir, poseído, la curva exacta de los labios, el raro laberinto de las orejas, y luego empieza a enumerar cada lunar, cada peca, cada minúscula arruga en el rostro, en los brazos, en el cuello de la joven. En ese momento, ella no puede dejar de preguntarle si conoce de igual forma todo su

cuerpo, es decir, si la ha pintado desnuda. «Lo he intentado en vano», responde él. Lo que da pie al momento cumbre, cuando la joven acepta desnudarse para que Valente pueda pintar lo que fue incapaz de imaginar.

La secuencia abre con un primer plano de Nelly Marchi. Aunque no vemos más que sus hombros todavía cubiertos, por sus movimientos calculamos que está desnudándose. Los contraplanos del pintor, mirándola, «cumplen una clara función retardatoria» (Hofman). La expresión de Valente oscila entre la lujuria y el embeleso. No obstante, como nota el mismo Hofman, «ninguno de los cuatro contraplanos sirve de llave al desnudo de la joven», puesto que Lofeudo sigue limitándose a un ceñido encuadre que sugiere sin mostrar. De pronto, y es una sorpresa, Lofeudo asesta un golpe abrupto: Marchi se desata el cabello y el gesto da paso a un plano abierto que la exhibe de cuerpo entero. No lleva puesto sino un portaligas y un ajustado corsé color oscuro —¿negro?— que subraya más aún su palidez casi lunar. La posición de las piernas es crucial: el pie derecho adelantado pretende contrarrestar un poco la pasividad de su postura, como un felino a punto de dar un salto y a punto, a la vez, de ser atrapado.

El desnudo ha de cumplirse en tres etapas: (1) plano entero, empieza a desvestirse lentamente, de la cintura hacia abajo. Cuando está por mostrar más de lo debido, Lofeudo corta (2) a un plano medio. Ahora la joven, si desea quedar desnuda, debe tan sólo quitarse el corsé. Así lo hace y de nuevo Lofeudo recurre a un oportuno corte en el eje (3) para regresar al primer plano. La diferencia, a ciencia cierta, es que el segundo corte ha sido más audaz y el público alcanza a atisbar los senos al descubierto de Nelly Marchi. No hay duda de que Lofeudo demoró el corte hasta el último segundo o incluso una fracción de más, pero en breve volveremos a este asunto.

En su biografía, Reinaldi asegura que la actriz en un principio no quiso rodar la escena en el orden fijado por Lofeudo. «A su entender, mostrar el vello púbico antes que los senos comportaba una conducta escandalosa, inaceptable». Mucho debió esforzarse el cineasta para convencerla de que ese orden obedecía a una estrategia de compaginación. La actriz aceptó pero, a cambio, consiguió que no se incluyera una toma del retrato de Valente que

debía mostrarla desnuda.

Una carta de la actriz a su hermana Azucena indica que «Bernabé me propuso filmar el desnudo a solas, sin nadie en el estudio: ni actores, ni asistentes, ni curiosos». El propio Lofeudo manipuló la cámara. La escena tuvo que repetirse, si hemos de creerle a la actriz, «unas doce o trece veces». La carta acaba sugiriendo que esa noche, finalizado el trabajo, actriz y director se volvieron amantes. Y aunque nadie en un principio estuvo al tanto del romance, alguien debió propagarlo porque la noticia llegó, incluso antes del estreno, a oídos de Dolores Baquero, recién regresada de Montevideo. «La divulgación del affaire afectó mucho a mi madre», escribe Raúl. ¿Quiere decir con esto que, de no haber corrido el rumor, ella acaso habría reaccionado de un modo más permisivo?

Todavía se debate cuán involucrada estuvo Dolores Baquero en la iracunda campaña que una liga ultracatólica emprendió contra este film, una vez estrenado. Durante un mes el grupo se plantó con pancartas a las puertas del cine Renacimiento. Sólo cuando comprendieron que no hacían sino atraer aún más la atención general, recurrieron a la justicia o, mejor dicho, a un juez que era el hermano mayor de uno de los principales miembros de la agrupación. El juez pidió que se secuestrara una copia de Otro verano y se abocó a examinada cuadro por cuadro: los senos de Nelly Marchi aparecían enteros («pezones visibles», reportó el magistrado) en dos «fotogramas impertinentes». Lofeudo se manifestó «hondamente sorprendido», como si el montaje hubiese sido inexacto a pesar de sus esfuerzos. El juez lo conminó a corregir el corte, a mutilar ese par de fotogramas con pezones. Un primo hermano de Dolores Baquero, que militaba en la liga, ponderó el fallo como «un triunfo de las buenas costumbres».

Vida indecente, 63 minutos

Blanco y negro (algunas escenas coloreadas). Sin sonido

Con N. Marchi, M. Lima, F. Alcorta y elenco

Guión de B. Lofeudo y N. Marchi

Dirección de B. Lofeudo

Estrenada en el cine Renacimiento de Buenos Aires el 10 de octubre de

Más de dos años pasaron hasta la concreción de esta película que casi todos los cinéfilos coinciden en designar como la peor del tándem Lofeudo-Marchi. El tiempo transcurrido obedece, según Raúl Lofeudo, a que «mi padre pretendía que se aplacasen los ecos del escándalo». Otras fuentes sugieren que el director necesitaba respaldo financiero para el rodaje (la ruptura con Baquero le había costado muy cara) y que no le fue sencillo conseguido: los escasos mecenas que se acercaban exigían control total sobre la obra a fin de evitar que fuese muy alto el voltaje sexual, o bien todo lo contrario, para asegurarse de que hubiese allí algún escándalo en potencia. Una tercera versión habla de desencuentros entre la actriz y el realizador. «A Nelly Marchi le parecía prudente abandonar la vena erótica», revela Reinaldi en su libro. «Lofeudo sostenía lo opuesto. Deseaba poner fin a su segunda trilogía». Lofeudo y Marchi, siempre según la misma fuente, ocupaban desde junio de 1924 un piso en el barrio porteño de Congreso. «La solución más sensata que encontraron pasaba por escribir un guión en conjunto, cuestión de negociar cierto término medio». Muy distinto es lo que afirma Salvador Lofeudo (hijo de Raúl, nieto del realizador) en un reciente reportaje: «Mi abuelo escribió todo el guión. Ocurre que mi abuela Dolores le exigía por entonces una porción muy alta de sus ganancias. Declarando a Marchi como coautora, ponía a resguardo gran parte del dinero».

Uno tiende a inclinarse por esta hipótesis al repasar la trama de *Vida indecente*. Todo empieza con un cartelón que reza «1968». ¿Va a aventurarse Lofeudo en una excursión futurista? Nada de eso. La acción arranca con una anciana consagrada a hojear un viejo álbum de fotos. Algo así como un humo se distingue en segundo plano. La anciana se pone a olfatear con expresión de extrañeza, incluso de miedo. Acto seguido vemos un enorme incendio: un grupo de edificios envueltos en llamas. La toma fue rodada con maquetas y, contra lo que esperaba Lofeudo, esto se advierte demasiado. «Puede que el recurso de colorear el negativo en diversas escenas de este film se originase en la necesidad de darle, con una nota de rojo, mayor verismo al fuego», arriesga Hofman. Sea como sea, la anciana no sobrevive al voraz incendio y aparece, álbum de fotos a cuestas, en un ámbito imposible, una especie de antecámara al cielo

o al purgatorio que es atendida —como informa un letrado— por un «Licenciado Ángel Rojo». Dicho personaje, a cargo del popular comediante Mario Lima, es sin duda lo mejor de la película. Mitad angelical y mitad demoníaco, lleva un tridente a la vez que una aureola y presenta, visto de espaldas, una cola punteada a la vez que un par de alas. «Mi trabajo consiste en recibir a los muertos de destinación dudosa para ver si corresponde enviados al infierno o al paraíso», indica Rojo. La mujer, claro está, debe contarle su vida. Se la acusa de «vida indecente».

Que el tal Rojo establezca el veredicto a partir de lo que le cuenta la anciana es un punto objetable del guión. Más lo es que la anciana proceda a narrar su historia sin escamotear detalles «indecentes», al contrario, acentuando esos aspectos, se diría que desesperada por un pasaje al infierno. La película funciona en un perpetuo ida y vuelta. La anciana evoca un episodio; Lofeudo nos la muestra joven y es allí cuando aparece Nelly Marchi. Lo decepcionante del caso es que muchos recuerdos de la anciana dan pie a escenas ya vistas en los dos films anteriores. ¿Una treta para ahorrar dinero? Es altamente probable. En cuanto a las nuevas escenas —cada una de las cinco con la participación de otro galán—, ninguna es digna de mención ni agrega algo a lo filmado, excepción hecha de una secuencia que quedó relegada y que, hace sólo dos años, Salvador Lofeudo encontró de milagro entre otras pertenencias de su abuelo.

«Presionado por su socio financiero, Lofeudo compaginó dos versiones distintas de *Vida indecente*; la más conservadora se proyectaría en Buenos Aires y en las grandes ciudades, otra un poco subida de tono se ofrecería en las salas más remotas, fuera del alcance de la censura y de las agrupaciones moralistas», revela Silvana Reinaldi. La secuencia hallada por el nieto, no eliminada del todo, fue reservada para lo que el cineasta denominaba en privado «versión dos».

Ni siquiera Alfredo Wepler, incondicional defensor de Lofeudo, se muestra muy entusiasmado con esta obra que, a su juicio, «sufre de los típicos vicios que hay en el final de toda saga: síntomas de agotamiento y una tendencia a la autocelebración». El veredicto no le impide resaltar un «rasgo de agudo ingenio»: la mujer rejuvenece a medida que va evocando su historia ante Ángel Rojo. «El relato

avanza y recula en simultáneo», apunta Hofman. Si la mujer rejuvenece de verdad, bajo el influjo de recuerdos tan vitales, o si el otro en su fantasía empieza a veda más joven, poco importa en definitiva. Se trata de aceptar un juego cuya meta, previsiblemente, es una tórrida escena entre Nelly Marchi y el ángel-demonio. «La paradoja, ya que el ángel-demonio es sobornable, consiste en que un nuevo pecado, si no el último, le hará ganar el reino de los cielos», razona Hofman. La escena muestra en un momento a Ángel Rojo de espaldas, ¿como para dejar sentado que sólo los ángeles puros y genuinos no tienen espaldas? Mientras la aureola se derrite (Lofeudo obtuvo el efecto colgando una aureola de hielo y acelerando luego la acción), su cola punteada se erecta y va tiñéndose de morado.

En un momento, hasta donde sabe Reinaldi, «Lofeudo sopesó la posibilidad de no usar más de tres actrices: Marchi, la anciana y una que hiciera de *eslabón intermedio*». Debía bastar con un idóneo maquillaje para infundir la ilusión de retroceso en el tiempo. A fin de cuentas se emplearon seis actrices, demasiadas para que el recurso fuese verosímil. Dos de ellas, para peor, poco y nada se parecían a Marchi. Pero otra, la segunda en orden decreciente, «una tía del iluminador Ernesto Bobeo», según Reinaldi, entrega una imagen tan fiel a la Nelly Marchi de cuatro décadas más tarde que uno cree estar asistiendo a una visión premonitoria.

No es esto lo único que cabe tildar de premonición: a los nueve días de estrenarse la película, el 19 de octubre de 1925 para ser más exactos, Dolores Baquero pereció en un incendio todavía recordado en Buenos Aires. «Mi hermana y yo nos salvamos —eran las tres de la tarde, estaríamos en la escuela— y en adelante vivimos con nuestro padre», relata Raúl en su libro, para decir después que el director «por el resto de sus días sintió que había propiciado la muerte de mi madre con la primera escena de este film». Mejor no preguntarse qué hubiese sentido de haber vivido para averiguar que Nelly Marchi moriría efectivamente en 1968, cumpliendo otro vaticinio de la película.

Destinación Valparaíso, 72 minutos
Blanco y negro. Sin sonido

Con N. Marchi, R. Rubio y elenco

Guión, encuadre y dirección de Bernabé Lofeudo

Estrenada en el cine Luxor de Buenos Aires, el 6 de septiembre de 1926

A Lofeudo no le cupo duda: era tiempo de poner en marcha una tercera trilogía que, de paso, sintetizase las dos vertientes de su obra: por un lado el campo y el chato vértigo de la pampa, por el otro el sexo y el romance. «El proyecto de *Destinación Valparaíso* nació por el título», cuenta su hijo. «Una mañana mi padre recibió un telegrama equivocado, dirigido a otra persona de apellido Lofeudo, en el que se leía algo así como: VIAJE URGENTE. DESTINACIÓN VALPARAISO. REGRESO MES PRÓXIMO. En un estado casi febril, se puso a inventar una historia».

La historia trataría sobre una muchacha que resuelve viajar a caballo desde Buenos Aires hasta el puerto chileno de Valparaíso. «Andará sola, de punta a punta, encontrando peligros, misterios, amistades y amores», escribió el propio Lofeudo en un boceto rescatado por sus hijos. El argumento era más bien aleatorio. Partiendo de un predeterminado marco ficcional (la joven viaja a Chile para reunirse con un amor, tras discutir airadamente con sus padres), Lofeudo intentaría filmar, a modo de documental, los azarosos percances que planteara la travesía.

«Lofeudo se emperraba en una visión sublimada, casi feminista de Nelly Marchi», cree Reinaldi. «Su heroína encarnaba una mujer independiente, valerosa, aventurera». La realidad, desde luego, era diametralmente opuesta. La actriz reclamaba a esta altura que el cineasta se casase con ella. Quería hijos. Soñaba con una mansión lujosa, un automóvil norteamericano y otras cosas por el estilo. «Mi padre accedió a cada uno de sus pedidos menos el de tener hijos», explica Raúl en sus memorias. La compra de una mansión y de un automóvil colocaron a Lofeudo en una endeble posición económica, a tal punto que el proyecto tuvo que simplificarse. La homérica odisea, que por fuerza exigía el cruce de los Andes, se redujo a un viaje de menos de doscientos kilómetros. El caballo debió ser reemplazado por una moto porque uno de los socios financistas, que se dedicaba a la importación de motocicletas, planteó esto como condición *sine qua non*. Las imágenes de Valparaíso que se observan cerca del final corrieron por cuenta de un camarógrafo chileno.

Para el papel coprotagónico Lofeudo pensó en convocar a

Pascual Guidi, pero éste acababa de perder una tremenda pelea que lo había dejado con la nariz rota y la cara inflamada, envuelta en gasas y algodones. Ni lerda ni perezosa, Nelly Marchi, quien venía arguyendo que Guidi era viejo para el rol (no tenía treinta y cinco años pero verdad es que aparentaba más), propuso al ignoto Rodolfo P. Rubio, un joven del que nadie, ni siquiera la ubicua Reinaldi, acierta a decir de dónde salió. Raúl Lofeudo insinúa que la actriz convenció a los tres financistas del film (un tal Herralde, un tal Mattoni y el tal Gallegos que importaba las motos) y que el cine asta «no tuvo fuerzas para negarse». Reinaldi asegura que «las reyertas conyugales fueron el *leit-motif* de la filmación. Cada propuesta de Lofeudo era desaprobada por Marchi. No había tregua».

«Mi padre no podía explicarse por qué ella lo trataba así», escribió el hijo. La experiencia le dijo al cineasta, sin embargo, que el film y su matrimonio estaban por naufragar, y esto quizá lo empujó a la drástica medida de cambiar el final del guión, sin consultar ni prevenir a nadie. Añadió una escena brutal en la que, a poco de alcanzar su meta, la muchacha es violada por un hombre en una casa de campo. Suprimió el ansiado reencuentro con Patricio Guzmán que debía deparar una elocuente escena de amor con el joven Rubio. Y, todavía insatisfecho, tuvo la ocurrencia de concluir con una secuencia en la que Marchi, deambulando a altas horas por una calle perdida, se topa con un mendigo y se le entrega en un rapto de piedad o más bien de locura. La actriz reprobó este final e intentó de nuevo el socorro del triunvirato de financistas, pero el rodaje avanzaba tan despacio que los empresarios se habían esfumado hacía buen rato.

Empecinado, Lofeudo rodó su nuevo final y encarnó él mismo al mendigo, cuidando de que no se le viese la cara. Con la impaciencia de esos niños que hacen trizas el envoltorio de un regalo, las manos sucias del mendigo hurgan entre las ropas de la joven. No es tan descabellado suponer que estamos asistiendo, en definitiva, a la última ocasión en que Lofeudo pudo tocar la carne de Nelly Marchi. Ricardo Hofman interpreta esta escena como «un símbolo del vínculo entre el director que pide y la actriz que da», pero Reinaldi deja en claro que no es solamente el cineasta quien está mendigando. «También mendiga el hombre», afirma allí.

a) *Fragmento de Vida indecente (versión dos), 8 minutos*

Blanco y negro. Sin sonido

Guión de B. Lofeudo y N. Marchi

Dirección de B. Lofeudo

Estrenada en 1925

b) *La venganza en la piel, 59 minutos*

Blanco y negro, sin sonido

Con N. Marchi, P. Guidi y R. Rubio

Guión y dirección de B. Lofeudo

Filmado en noviembre de 1926. Inédito hasta la fecha

Cuenta Reinaldi que Bernabé Lofeudo comprendió la razón de los malos tratos que le obsequiaba su esposa sólo al finalizar el rodaje de *Destinación Valparaíso*. Dijimos, unas líneas más arriba, que se habían compaginado dos versiones de Vida indecente y que una de ellas, la más «libertina», si cabe, debía limitarse a una serie de salas. No dijimos en cambio cuán precarias eran las vías de distribución ni cuán difícil de garantizar era que esta versión dos no acabase, transcurrido cierto tiempo, en algún cine de Buenos Aires.

En enero de 1926, Nelly Marchi recibió una carta de su hermana Azucena, de viaje por la provincia de Córdoba junto con su novio y futuro marido, el cantor Orestes Barrios. «Ayer fuimos al cine con Orestes y terminamos viendo tu última película pero en una versión algo distinta. Tenemos que hablar no bien vuelva a Buenos Aires». Dos semanas más tarde, según Reinaldi, Azucena relató lo visto. «Un horror», concluyó refiriéndose no tanto a la escena final con el ángel-demonio (más explícita en la *versión dos*) como a una secuencia marginada de la *versión uno*, en la cual la joven debía desnudarse en presencia de varios policías, antes de ser conducida a un calabozo. «Lofeudo le había asegurado que la toma de espaldas la mostraría de la cintura hacia arriba, pero Azucena juró haber visto un desnudo integral, de espaldas y también de frente», dice Reinaldi. A Nelly Marchi no le molestaba aparecer sin ropas, pero nunca se le había cruzado por la mente que Lofeudo pudiera engañarla así. Y aun cuando confiaba en su hermana, se resistía a dar crédito a esta historia. Así que, no bien hubo averiguado que un perdido cine de Parque Patricios, el Select, ofrecía la *versión dos*, se dirigió allí de incógnito, en compañía de Azucena, que se negaba a

ver de nuevo ese «horror», pero más a dejar sola a su hermana.

Salvo en lo concerniente al desnudo frontal, en realidad de la cintura para arriba, Azucena no había exagerado nada. «Nelly Marchi no podía decir qué la exasperaba más: si el proceder de Lofeudo o si las palabrotas y los gemidos que se elevaban por encima de las butacas», apunta Reinaldi. «Al encenderse las luces constató que ella y su hermana eran las únicas mujeres en la sala. Sintió un miedo irracional. Sintió una escalofriante soledad. Y sintió una aversión total al cine».

Cuando Nelly Marchi, más que enfurecida, fue a exigirle explicaciones a Lofeudo, el único comentario de éste fue que acaso el camarógrafo se había equivocado de encuadre. Corría el mes de marzo de 1926 y acaba de concluir la filmación de *Destinación Valparaíso*. La respuesta la ofendió tanto que allí mismo amenazó al cine asta con un juicio. «La situación se calmó un poco cuando Lofeudo aceptó abandonar la mansión que compartían», dice Reinaldi. Y uno debe guiarse por su versión de los hechos dado que, en sus memorias familiares, Raúl no consagra a este episodio una sola línea.

Dos o tres meses pasaron y, entre mayo y julio del mismo año, el director fue a ver a Marchi para hablar puramente de trabajo. «Bernabé y yo firmamos un contrato que nos obliga a otra película conmigo al frente del elenco. Me resisto a hacerla pero él insiste», reza una de las abundantes cartas a Azucena.

Entre los diversos proyectos que barajaba, Lofeudo se inclinó por el más erótico (la historia de una prostituta que asesina a sus clientes), como si le hiciera falta cometer un acto provocador. A Marchi no le agradaba la idea pero tenía que cumplir con el contrato. El diálogo fue ríspido, aunque amable. La actriz no deseaba más que volver a trabajar al lado de Rodolfo Rubio. Pronto Lofeudo comprendió que Rubio era su nuevo amante, que vivía con ella en la mansión y que, más grave todavía, su presencia actoral era el precio que debía pagar a cambio del sí de Marchi.

La venganza en la piel demandó apenas seis días de rodaje. Para evitar cualquier intromisión, consciente de que iba a realizar una obra de tono subido, Lofeudo decidió filmar en poco tiempo y sin previo aviso. Surtió efecto. Cuando los financistas comenzaron a reaccionar y a sentir curiosidad, las escenas más controvertidas ya

estaban listas. También el guión fue escrito contra reloj, como señalase su hijo. «El grueso de la historia estaba concebido, no obstante mi padre modificó el comienzo y le dio nuevos fundamentos a los crímenes».

Por su estructura general, la película puede dividirse en tres actos. En el primero un hombre, interpretado por Pascual Guidi, pierde su hogar, sus ahorros y hasta su esposa por culpa de una pandilla de estafadores. Desconsolado, está por suicidarse arrojándose a un río cuando providencialmente una mujer (Marchi) lo salva. El hombre le cuenta su desventura, tapándose la cara para no llorar. La mujer, una prostituta callejera (es decir, que no trabaja en un burdel), lo alberga en su miserable casucha y le obsequia una noche de sexo, diciéndole que «no todas las personas son malvadas». Al día siguiente, al despertar, se encuentra con el hombre ahorcado y con una carta de despedida en la que figuran los datos de los tres sujetos que lo timaron. La mujer tarda en reaccionar. Por un tiempo prosigue con su actividad ordinaria. A la larga se pone a averiguar el paradero de los tres estafadores y logra dar con ellos.

La venganza marca el segundo acto y resulta, en un principio, más sencilla de lo que la mujer preveía. Los dos primeros hombres son asesinados de manera similar y Lofeudo ha compaginado el par de homicidios en paralelo. En ambos casos vemos que ella los seduce, los hechiza a caricias y promesas, para luego derramar furtivamente unas gotas de veneno en un vaso de *whisky* o en una copa aflautada de champán. Todo se complica con el tercer hombre, el verdadero cabecilla de la banda. Aunque intenta abordarlo repetidas veces, siempre ocurre algo que malogra el plan. Pasado un rato, Lofeudo presenta a ambos en un lóbrego cuarto de hotel. El hombre, recostado en la cama, asiste a un *strip-tease* de orden preliminar a cargo de la prostituta. La provocación se reduce a unos mohínes esenciales: recoge con una mano la falda, inclina la cabeza, humedece los labios, zarandea las nalgas, menea el cabello. Es un desvestirse incompleto, es una exhibición de anatomía encubierta para poner en celo al hombre, e incluye un momento en que ella le sirve una copa de alcohol a su exclusivo espectador. Pero allí el hombre reacciona: «No, gracias. Soy abstemio». Y ella no sabe bien qué hacer. «Qué calor», comenta. «¿Un poco de agua?». La respuesta

es alarmante: «No, no quiero beber nada. Quiero comerte». La prostituta interrumpe su acto, entra en el baño, saca de un bolso o de un bolsillo el frasco con veneno, termina de desnudarse, se mira en un espejo que duplica su cuerpo ondulado, tiene de pronto una idea que la hace sonreír, cierra los ojos y empapa su torso, sus pechos con el líquido letal. Los pezones se endurecen, se erectan y los poros en torno a ellos se van impregnando de veneno. Hay algo de ceremonia guerrera. Hay algo de bálsamo y de preparación para un altar sobre el que hará a un tiempo de víctima y verdugo.

Tras un corte vemos al estafador mordién-dole, besán-dole los senos con placer salvaje. No percibe ningún sabor extraño. Tampoco cae fulminado como los otros. La mujer se disculpa, con torpeza, con nerviosismo, regresa al baño y vuelve a untarse la piel. Ahora sí, el veneno parece actuar. El hombre quiere pasar a otras instancias, pero ella insiste en ser lamida, mordisqueada, y por fin él siente un malestar. Tiene temblores, le duele el estómago. En primer plano vemos sus ojos dilatados, exorbitados. Después, mediante una secuencia onírica, Lofeudo narra el delirio del hombre emponzoñado, acaso moribundo. Está en la misma cama del mismo hotel y con la misma prostituta, pero tiene ella seis inmensos pechos o, podría decirse, tres pares de pechos escalonados y como en aumento de arriba abajo. La truca es verosímil y perturbadora. Casi igual que un insecto, el estafador es dueño de seis manos flacas y peludas que pellizcan, restriegan, amasan, frotan en simultáneo los blancos y redondos pechos, como un quimérico artefacto quiropráctico. La escena, de un erotismo monstruoso, finaliza abruptamente cuando ella le clava un enorme cuchillo por la espalda. En seguida vemos al hombre echado boca abajo, acuchillado. Dos policías se pasean por la habitación. Uno de ellos, de apellido Avendaño, recoge del suelo un pendiente (recordemos que el hombre estafado se había pendido) y proclama: «Tengo mis sospechas. Me pondré a investigar».

En el tercer y último acto de *La venganza en la piel* el investigador Avendaño (Rubio) localiza a la prostituta. Se hace pasar por un cliente. La visita varias veces, está claro que disfruta de cada encuentro a pesar de las prevenciones de estar con una posible asesina, está claro que le gusta su «piel aterciopelada», como él dice, y aunque le faltan pruebas para arrestarla tiene la certeza

de que ella es la autora de las tres muertes. Cuando por fin la mujer se quiebra y le confiesa todo, Avendaño está perdidamente enamorado. El film concluye con el policía encubriendo a su amada prostituta. Se justifica a sí mismo diciéndose que las víctimas eran unos siniestros embusteros. Ella, a cambio, abandona la actividad y se une a él.

«A pesar de su aparente *final feliz*, la película está toda atravesada por un sentimiento de venganza», indica Hofman. En la estafa sufrida por el hombre que se suicida hay claros ecos de lo que le ha sucedido a Lofeudo con Marchi y Rubio. ¿Obedece a una pura casualidad que la actriz aparezca aquí afeada, caracterizada aparentando más años de los que tenía en verdad, menos hermosa y menos refinada que en cualquier film anterior? En este hecho hay también algo lindante con la venganza.

La proyección privada deparó un escándalo. «La censura impugnó no sólo las escenas más lascivas», contó alguna vez Sandro Mattoni, último superviviente del triunvirato de financistas. «También se objetó que un policía apañase a una criminal o que se mostrase a una *mujerzuela* como encarnación de la justicia». El estreno fue aplazado por «tiempo indeterminado». Nelly Marchi se juró no trabajar más como actriz.

Al publicar su biografía, Reinaldi señaló que, a pesar de sus múltiples pesquisas, no había hallado una sola copia de *La venganza en la piel* ni de *Vida indecente* en su *versión dos*. Corría la leyenda de que, en el primer caso, Lofeudo había destruido la película en un arranque de furia. Se decía, en el segundo caso, que la actriz se había ocupado en persona de obtener todos los rollos existentes, con el solo fin de prenderles fuego. Las copias que por primera vez se exhiben en el marco de esta retrospectiva fueron halladas hace apenas dos años por Salvador Lofeudo y no sólo permiten comparar directamente ambas versiones de *Vida indecente*, sino tener por fin acceso a un film «maldito» y legendario.

O Criador, 94 minutos

Blanco y negro, sonoro

Con I. Mattos, O. Vianna y E. Windmaier

Guión de M. Brandao

Dirección de Salvador Lofeudo

Estrenada en el cine Imperio de Río de Janeiro, en julio de 1949

Tras la fallida y tumultuosa experiencia de *La venganza en la piel*, Lofeudo cayó en desgracia y optó por viajar a Brasil, contratado para dirigir un film con actores y técnicos locales. «Fuimos en teoría por cuatro meses y permanecemos casi veinticinco años», cuenta su hijo. Antes de partir, como intuyendo que la ausencia podría prolongarse, Lofeudo puso la escritura de la mansión a nombre de Nelly Marchi. «Fue la última vez que se vieron, rodeados de un ejército de escribanos y abogados», exagera Reinaldi. Lejos de cualquier espontánea generosidad, la donación tuvo como objetivo principal el de impedir que la actriz llevase el caso de la *versión dos* a la justicia o a la prensa sensacionalista.

De los siete largometrajes sonoros que Lofeudo realizó en Brasil, ninguno es tan personal ni se aproxima a su sensibilidad como *O Criador*. El proyecto se originó a partir de un guión escrito por el poeta Marcio Brandao, que Lofeudo retocó un poco pero sin alterar en lo esencial. El film presenta la historia de un director de cine y de una actriz que son marido y mujer y que, un buen día, aun cuando siempre lo evitaron, se ven forzados a trabajar juntos. La actriz Iracema Moreira, pareja de Lofeudo desde fines de los años treinta, fue escogida para el papel estelar. «La relación de Iracema con Lofeudo era un reflejo acaso voluntario del guión de Brandao que era, a la par, un reflejo involuntario de la historia entre Lofeudo y Nelly Marchi», ha escrito Hofman.

La película ni es sobresaliente ni cosechó buenas críticas ni fue un éxito de público. Se la recuerda, en principio, por una escena algo subida de tono que parece extraída de la trilogía erótica con Marchi. En ella, la actriz debe desnudarse ante un actor pero dándole la espalda a la cámara y, entendiéndose, también al marido y director. Mal que le pese a Vítor Paiva (el director en la ficción, interpretado por Edson Windmaier), la actriz insiste en mostrarle su cuerpo al actor Elcio Andrade (Orlando Vianna). «Hace falta que él me vea desnuda de verdad», argumenta cuando el cineasta le sugiere «cubrirse un poco», ya que apenas enfocará su espalda. El director no tarda en preguntarse si ella no estará engañándolo con el coprotagonista. Pasado un rato, en un diálogo más que

estrafalario, Andrade le dice a Paiva que mirará a su mujer «con ojos profesionales y tan sólo lo necesario». El director no le cree, lo acusa de mantener una relación con su mujer. Estalla una disputa. Paiva extrae un arma y de un solo balazo mata al actor.

«Mi padre sintió que Brandao había escrito un guión que por accidente hablaba de su vida y que esto era una señal», afirma Raúl en su libro. «Mi padre también sintió, de sopetón, que era hora de volver a realizar una película ciento por ciento propia».

Lofeudo no estaba muy lejos de alcanzar la sesentena cuando se impuso la tarea de filmar *Un verano* nuevamente, esta vez con sonido, ambientando la acción en un balneario de Brasil y con el final alterado: el abogado entraría ahora en la habitación 203. Todo estaba apalabrado para empezar a rodar, pero Iracema Moreira se negó a interpretar el papel de la muchacha, acaso a sabiendas de que debía reencarnar a un antiguo espectro. Víctima de una repentina enfermedad, Lofeudo dejó de lado todo proyecto. Murió en Río de Janeiro, el 2 de mayo de 1951: Amante de las trilogías, había tenido un lustro atrás un tercer hijo, Celso, con su tercera mujer Iracema.

Nelly Marchi, por su parte, moriría tiempo después, en febrero de 1968; absolutamente alejada del cine. «No salía a la calle. No concedía reportajes. Ni siquiera iba a ver una película como mera espectadora», se informa en su biografía. Y si bien tuvo incontables ofertas para volver a actuar, lo hizo una sola vez y ya casi olvidada, en 1963, porque su sobrino Leopoldo Rubio debutaba como director. «Puede vérsela de manera fugaz, asombrosamente igual a una de las actrices más ancianas de Vida indecente», señala Silvana Reinaldi. En efecto, su aparición es muy breve, como a título de prueba, acaso para confirmar que había hecho bien en apartarse de ese mundo.

París, febrero-marzo de 2002

La española cuando besa
Fernando Iwasaki

Cuántas veces, a tientas, en la noche,
sueñan dos cuerpos fundirse en uno
solo sin saber que al final Son tres o
cuatro.

Eugenio Montejo

La española

Desde que llegué a Nueva York presentí que sería testigo de maravillas, pero nada fue comparable a lo que viví aquella noche de verano en el Village. Ni las tiendas, ni los museos, ni las multitudes, ni los rascacielos me impresionaron tanto. Fue como participar en el rodaje de una película y todavía se me pone la carne de gallina al recordarlo.

Mientras duró aquel tour recorrí los bohemios bares del Village durante las sofocantes madrugadas. ¿Sabes lo que te digo? En Sevilla ni siquiera salgo de día y no me iba a privar de las famosas noches neoyorkinas lejos de Arturo y de los niños. Los museos están bien y en los escaparates de la Quinta A venida hay virguerías, pero era horroroso ir a todas partes en mogollón para luego terminar peleándonos por las rebajas de los bazares de la Calle 14. Los viajes organizados son deprimentes y por eso me busqué la vida sola. Así descubrí el

Goody's,

un bar de copas que está en la Avenida de las Américas, entre la 9 y la 10. Algo cutre, sí, pero era como en las películas.

En la barra había una pareja que no dejaba de discutir. Él parecía un hombre bueno. Quizás un poco lacio, pero su mirada irradiaba desamparo. No estaba mal. Ella había bebido demasiado y

cada vez hablaba más fuerte. Su novio pasaba una vergüenza espantosa y me miraba como pidiendo disculpas por el papelón que hacía su chica. Me hubiera gustado saber inglés para enterarme de qué le decía a gritos, porque él tenía cara de estar deseando que se lo tragara la tierra. Me lo estaba diciendo también a gritos con sus ojos azules. Entonces ella comenzó a coquetear con el otro.

El otro también estaba sentado en la barra y de vez en cuando se interesaba por la pelea y le echaba unos reojazos descarados a la chica. Seguro que era por la bebida, pero el caso es que ella se dedicó a relamerlo con la mirada y a enseñarle sin pudor alguno la punta de la lengua, mientras el pobre novio buscaba mi solidaridad muerto de vergüenza. De pronto el chico no aguantó más y se fue, y ella avanzó como una gata borracha hacia ese hombre que la incendiaba de deseo.

Contemplando cómo se besaban y acariciaban indiferentes al mundo, me pregunté si a mí podría ocurrirme algo así. ¿Cómo saberlo si nadie jamás me ha mirado de aquella manera? Mi marido no es tierno, pero tampoco se pone animal como aquel hombre se estaba poniendo en la barra. Y la chica, qué fuerte, dejando al novio en la estacada. Esa mujer se estaba entregando a un desconocido tan sólo por una mirada que la había hecho sentir única, deseada y especial. Las bragas se me estaban empapando cuando el novio regresó al

Goody's

dando un portazo.

El hombre se zafó de la chica y entró veloz en los servicios. Y como tampoco era plan quedarse ahí para presenciar una pelea, yo me fui corriendo al de señoras. La luz era turbia y olía a sexo. Mientras me palpaba las braguitas escuché los gritos y los porrazos. Todo eran resuellos y palabras incomprensibles, tal vez obscenas. Me dolían los labios de tanto cerrarlos y mis dedos apestaban igual que el baño. Cuando todo terminó pensé en los ojos azules del novio y me alegré de haberle evitado otra sesión de vergüenza ajena. Entonces me animé a salir.

El novio se había marchado definitivamente y la chica estaba enroscada otra vez al hombre de la barra. Se besaron de nuevo, sin pasión, y de golpe él la abandonó también. Cerré la puerta del Goody's

mientras el camarero la atendía desplomada sobre la encimera de mármol, y descubrí que el novio la aguardaba, enamorado todavía, en el pasadizo oscuro que conducía a la Avenida de las Américas. La misma mirada de azogue, suplicante, avergonzada y melancólica. ¡Lo que daría porque me quisieran así!

Los primeros rayos de sol penetraban como una luz tuberculosa en esa especie de túnel, y me sentí conmovida por haber descubierto el lado oscuro del deseo: el deseo que conduce a la degradación, el deseo que te precipita al sexo a ciegas, el deseo que consigue abolir tu propia personalidad. Mientras los ojos del novio me barnizaban de su luz azul, ella vomitaba en la barra del Goody's.

La pobre.

El hombre de la barra

¿Quién dice que en Nueva York no pasa nada en verano? El Village ya no es lo que era, pero cuando menos te lo esperas ocurre algo extraordinario. La noche había sido agotadora, y apenas terminó mi turno en el *subway* me fui a un bar de putas. El Goody's, creo.

Al entrar el *barman* me señaló con las cejas a una chica nueva que bebía *ginger ale* en una mesa del fondo. Parecía cansada, quizás enferma. No tenía las tetas gordas pero prometía un buen polvo. Pedí un *scotch* para hacerme la idea cuando llegó la Wendy. Aunque Wendy está un poco desfondada, sigue siendo la que mejor la chupa del Village. No hay como un *giving head* antes de irse al sobre, así que entre lo malo conocido y lo peor desconocido, me bebí el *whisky* saboreando el inminente mamazo de la Wendy.

Los chulos no deberían dejarse ver por los clientes porque es de mal gusto. Wendy quería saber qué hacía una nueva en su zona y el maromo le juraba que no era de su ganadería. Pero esa zorra tenía que ser una auténtica profesional porque le sostuvo la mirada al chulo sin pestañear. Wendy me preguntó cómo estaba y yo le dije que muerto de calor. En cuanto su hombre salió a preguntar de quién era la nueva chica del

Goody's,

Wendy me cogió la polla. Hay gestos que valen más que mil palabras.

La nueva resultó ser una que iba por libre y el chulo regresó furioso metiendo una patada en la puerta. Mierda de tío, justo cuando estaba empalmando. Wendy me pidió que la esperara en el baño de señoras y me metí sin encender la luz. Me la estaba machacando cuando alguien entró de golpe: era la nueva. Los neones del Jefferson Market iluminaban el baño con relámpagos de colores y entonces la vi más guapa que en el salón: tendría unos treintaitantos, estaba delgada y sus piernas todavía parecían duras. Cuando una tía cierra el pestillo delante de una polla tiesa sobran las presentaciones, pero yo le dije algo dulce^[1] y ella me llamó *cariño*^[2].

Las hispanas son así de apasionadas. Me chupó hasta los huevos y no se cortó ni un pelo cuando el chulo comenzó a aporrear la puerta. Una gran profesional: se quitó las bragas y se encabritó sobre mi polla mientras me repetía con su idioma tan dulce: *Cariño, cariño. Ay, cariño*. No le importaron los golpes, no le importaron mis gritos, no le importó un carajo el escándalo. Si no fuera porque yo mismo lo creo imposible, juraría que también se corrió. Dejé un billete de cincuenta dólares en el lavabo y salí a cantarle las cuarenta al hijoputa del chulo.

Yo no le tengo miedo a los chulos. En cuanto me vio aparecer se largó cagando leches. Wendy me volvió a coger el nabo y yo me disculpé con un piropo^[3]. Pobre Wendy, tal vez ya no es la mejor comepollas del Village.

Wendy

¿Cuántos años llevo haciendo esta calle? ¿Cuatro? ¿Cinco?

Ya he perdido la cuenta, pero yo veo una polla y le doy el carné de identidad. Con eso te digo todo. Por eso me enfrenté a Nicky, porque su obligación es despejarme la zona. Me revienta que una buscona cualquiera me levante los clientes, como la otra noche en el Goody's.

Tú sabes que en verano lo tenemos más difícil que en cualquier otra época del año. No era del Village, no. Debía de ser de Queens o

de La Guardia, porque tenía toda la pinta de esas húngaras y polacas que acaban de llegar para follárselo todo. La muy zorra iba con su mapa de Nueva York y hasta llevaba un crucifijo colgado del pescuezo. ¿Los polacos son católicos? Ni siquiera vestía bien. Seguro que era polaca.

Cuando entré en el

Goody's

la vi tan fresca que le exigí a Nicky que la echara a la puta calle. Pero Nicky fue un cobarde y quiso asegurarse antes de que la húngara esa no fuera de la cuerda de «Ironcock» Jones. Nicky se caga cuando le hablan de «Ironcok» Jones. A lo mejor me conviene chupársela a ese tío.

La noche no había sido buena y en la barra sólo estaba el cerdo de Nat King Kong. «¿Qué podemos hacer por treinta dólares?», me preguntó. Yo le dije que por treinta le hacía un manual^[4], pero que si estiraba hasta cincuenta le hacía el genuino mamazo americano^[5]. En eso volvió Nicky y armó la gorda por que los hombres de «Ironcock» Jones le habían dicho que ninguna de sus muchachas estaba trabajando en nuestra zona. Yo le dije a Nat King Kong que se fuera lavando la polla en el servicio y esa zorra se metió detrás. Nunca me la habían jugado así. Todo fue tan rápido.

Nicky pateaba la puerta y amenazaba a la polaca con rajarle las tetas, pero la hija de la gran puta seguía en lo suyo mientras Nat King Kong se encaraba con Nicky desde el baño. Tengo que admitir que yo no hubiera podido hacer mi trabajo así, con tantos alaridos y porrazos. Nat King Kong salió del baño y aventó a Nicky contra la pared. «¡Ni se te ocurra tocarla, cabrón!», le advirtió a Nicky, metiéndole en la boca el cañón de su

Smith & Wesson.

Y Nicky siempre obedece cuando le piden las cosas a buenas.

«Ésa no la chupa mejor que yo», le susurré a Nat King Kong mientras le acariciaba los huevos, pero me puse enferma cuando me dijo que la muy zorra se lo había tragado todo. En aquel momento la húngara salió del baño, y al verle la cara de mosquita muerta me vino a la memoria el semenapestoso de Nat King Kong. Creo que vomité sobre la barra del

Goody's.

Nicky

El verano debería ser la estación más tranquila porque todo el mundo está de vacaciones, pero está claro que para nosotros no hay descanso. Qué trabajo más ingrato el nuestro: ellos follan, ellas cobran y a nosotros nos dan de hostias. Pero bueno, a veces tiene sus compensaciones. Ya sabes.

La madrugada pasada estaba haciendo la última ronda por los garitos que están entre la 8 y la 10. Ya sabes, el Brevoort, el Aunt Clemmy's,

el Alice

McCollister's,

lo peorcito del Village. En el

Goody's

estaba esa guarra de Wendy. No la soporto. Con todos los kilómetros de polla que ha mamado se podría llegar hasta Los Ángeles, pero se cree que todavía es la musa del Village. ¡Que le den por culo^[6]!

La Wendy cogió un rebote porque en el

Goody's

había una chica nueva. Tenía la piel muy blanca y unos ojos como para comerle el coño. ¡Cómo me miraba la muy zorra!, pero yo no la conocía de nada. Podía ser de «Ironcok» Jones, de Billy «The Dick» o incluso de ustedes, pero me tuve que hacer el loco para que Wendy no sospechara nada. Ya sabes, si yo tuviera que vivir de la comisión de Wendy, mejor me dedico a aparcar coches. Así que me fui a preguntar quién había mandado la nueva mercancía al Goody's.

La hijaputa resultó una espabilada y en nuestras propias narices se encerró en el baño con un madero del subway. Yo no sabía que era poli, pero la guarra de Wendy sí lo sabía y no me dijo un carajo. Y yo tratando de tumbar la puerta del baño y amenazándole con rebanarle la polla. Cuando el poli salió del baño me encajó la ferretería en el hocico y me largó gritando que la chicana era suya. ¿Chicana? Esa zorra no podía ser chicana. Al menos a mí me parecía húngara. Bueno, ya sabes, de por ahí.

De todas maneras me escondí en el corredor para esperar a que saliera y me dijera quién era su chulo. Wendy le hizo al poli su numerito musical. Ya sabes, el de «otra polla en la pared^[7]», pero le

volvieron a dar por culo. El madero pasó delante de mí tarareando la canción de Pink Floyd y la chicana húngara no tardó en salir. La guarra de Wendy vomitaba en la barra.

Yo he conocido muchas mujeres. Ya sabes, follando, pero esa tía en cuanto me vio se arrodilló y me cogió suavemente la polla. Yo quise saber si era húngara y me respondió que sí, que tenía hambre^[8]. No entendía qué estaba pasando, pero cómo te la chupaba la hijaputa. Ya sabes, como si te quisiera mucho: con la lengua, con los dedos, con los labios, con los ojos. ¡Qué manera de mirarme a los ojos! Cuando me corrí no derramó ni una gota, y con una voz que sonó muy dulce ronroneó: *Cariño, pobrecito mío, cariño*. Le pregunté si era cubana y me dijo que no, que era española^[9]. Y se marchó corriendo, como una ardilla asustada de Washington Square.

La he buscado por todos los garitos del Village y nadie sabe decirme nada sobre ella. El *barman* del Goody's

asegura que durante una semana estuvo allí todas las madrugadas, pero desde aquella noche no la ha vuelto a ver. A mí me la han mamado muchas mujeres, pero como esa española ninguna. Ya sabes, si viene por tu zona me avisas.

El barman

En verano la gente se vuelve loca, se calienta, te rompe el quiosco por cualquier huevada. La otra madrugada tuvimos una escenita. Una pelea de putas, qué otra cosa puede haber por aquí. Los de siempre: las putas, los chulos y la policía. Nada grave, dos sillas rotas y una vomitona sobre la barra. ¡Por lo menos me encontré cincuenta pavos en el lavabo! Tengo que llamar al fontanero porque ese retrete ya no va a aguantar otro polvo.

San José de la Rinconada, casi primavera de 2002

La puerta

Marcia Morgado

Para Intrepid:
gracias por dejarme entrar.

Titubeas al descender del *jeep*. Enfrentas la puerta: dos hojas unidas bajo un medio punto, maciza como la Cordillera Central que te bordea. Alborotadas por el calor, medran en miríada de matices las buganvillas: brácteas azafranadas, escarlatas y púrpuras trepan por la pared lindante a la sala. Cuajados de fruta los arbustos de marañón: rojo y jugoso el glande hinchado que al morder aprieta: sexo femenino al ser penetrado. Jadeo nevado el de las florecidas mariposas perfumando el portal. Árboles frutales por doquier. Variedades de mango y zapote, guanábana, anón, chirimoya. Y mamey, tu favorito. Identificación idónea, te remite a la pulpa succulenta rodeando el corazón: espléndida negrura inmersa en coral.

Blancos y solitarios, bisexuales, los capullos de las jagüillas. A la sombra de sus preñadas ramas danzan en rojo y verde los cafetos cargados de semillas en proceso de maduración. Femeidad desprendida en ramilletes, redondez multiplicada, reverso hendido. Jacarandosas sus grietas longitudinales movidas por la brisa.

Colando café. Intenso emerge de la casa el olor a infusión. A la usanza antigua: el grano recién tostado, molido antes de hervirse con agua y azúcar en jarra de metal. Borboteo consumado en explosión. Densa se filtra la poción en manga.

Vigorosa su (entre)tela. Concentrado, su elixir.

—*No ha cambiado*—murmuras, observando el lema tallado en el arco de madera rojiza: *Carpe diem*.

Cafetal maduro y pastoso su lengua trenzándose al levantar. Cantonean sus contundentes caderas al entrar radiante portando el desayuno. Humeantes tazas de café acogiendo amanecer tras

amanecer compartidos. Trepidación al evocarlos: los mejores que he gozado. Ver nacer el día arrebujaada en su calor resultaba *una fiesta innombrable*^[10]. Inmensa. Un suspiro la luna al oeste, el cielo velado en rosa. Entre nuestros cuerpos desnudos, la bandeja con mantel y servilletas de hilo almidonadas, tazones de café con leche espolvoreado de canela, crujientes tostadas embadurnadas de mantequilla. Mermelada hecha en casa. De mango. Punto y aparte su relación con esa fruta.

Mango envolviéndola. Su elixir laminándola. Chorreado por su atezada piel. Impulsada, agarro la resbalosa fruta, pego su espalda a mi pecho. La froto. Erguidos, tiesos, erizados, sus pezones. Vientre abajo unto sus pliegues con la melosa pulpa. Aromático el amarillo líquido mezclado con el suyo. Viscoso. Punzante. Mango y sexo infiltrando la cocina.

Prefería esa habitación situada al fondo de la casona edificada el siglo pasado. Dos cómodas butacas junto a una rústica mesa próxima al ventanal con vistas al patio. Quietud. Refugio al atardecer, allí observaba las montañas bebiendo una copa de jerez helado.

Dentro de ese marco, ella se inspiraba cocinando, tarareando boleros en cueros. Exaltación. La recorría con mis labios: por el lóbulo ahondaba el oído —punto clave para que sus jugos comenzaran a fluir como el deshielo a principios de la primavera—. Un manantial guardaba. ¿Dónde almacenaría tanto líquido? Dulce su cuello. Manoseaba los turgentes senos calentándome hasta la médula al erizarle las aréolas. Sobre la meseta, en medio de ollas, vegetales, frutas y especias, lamía su sexo hasta hacerla llorar de éxtasis. Verla irisarse de emoción nos iniciaba otra ronda.

Y así durante semanas hasta el maldito día en el que me obligué a renunciarla. Abandonarlo todo. A escapar.

Desatadas, las memorias afloran ininterrumpidas.

Pasión florecida: moradas, cerúleas, malva, encarnadas las coronas de las pasifloras; entretejiendo sus zarcillos a los estefanotes. La fragancia de sus níveos ramilletes alcanza la ventana, donde extasiada contemplo su bronceada voluptuosidad destacar sobre las blancas sábanas, perfumando la habitación. Me recreo ante el tono menos tostado del chato culo que hubiera besuqueado. Delicioso manjar. Aperitivo al plato fuerte: el frondoso

monte cuya espesura nunca me canso de sondear.

Comienza a moverse. Miro al exterior.

—¿Por qué no estás en la cama?

Regocijo en su voz.

—Observo el jardín.

Circunspección de mi parte.

—Ven y acurrúcame.

Galopa mi sangre al escuchar su burbujeo.

—Estoy bien aquí.

—¿Qué te ocurre?

Imposible calcular el laberinto de mis dudas. Tupido chapoteo mente adentro. Angustia invadiéndome célula a célula.

Confundida, engurruña el entrecejo.

Lacónicamente respondo a su asombro ante mi estado anímico:

—Nada.

—No comprendo qué te ha sucedido.

—Nada.

—Estábamos de maravilla.

—Uhhh.

—¿Te gusto?

—Claro.

Tampoco iba a mentirle.

En realidad, gustarme no reflejaba lo que me provocaba al acariciar su piel, abrigarme en su ternura, investirme en su flameante sensualidad. Poseyéndola. Tamarindo derramándose en mi boca. Su cuerpo hecho a la medida de mi sensibilidad. Sus dedos en mí incitando una sinfonía sensorial. Su olor a océano escaldándome el olfato: algas rodeándome en aflujo perenne. Impulsada por su oleaje me aproximé. De inmediato me replegué. Vahído. Pánico. Retraimiento.

Por meses el deseo me había acribillado la sensatez. Obnubilación. La soñaba a todas horas; la veía en todas partes. No lograba sacarla de la mente. Me iba con su imagen a la cama y con ella amanecía. No sopesé cuáles serían los resultados si relajaba mis protecciones a cambio de enredarme en su cuerpo. ¿Qué me disponía a arriesgar? ¿Hasta dónde estaba dispuesta a ir? A comprometerme.

Caos interior desencadenado por su planteamiento, efectuado la

noche anterior en tono natural, exento de trascendencia. Desazón. Pavor.

—¿Qué vamos a hacer, nena mía? ¿Te mudas conmigo para acá o me instalo en tu apartamento?

Perturbada, cambié el tema. Con el paso de las horas su idea se trocó en disyuntiva trascendental cacheteándome las sienes. ¿Qué podía hacer? Desvelo. Estaba al borde de la desesperación.

Ella entristecía desplomada en el lecho donde disfrutamos una felicidad impensada. Yo paralizada. Si me acercaba, no sería capaz de alejarme. Debía alcanzar mi objetivo: salir del dormitorio, de la casa, encender el auto, llegar al aeropuerto. Precisaba distanciarme. Su cercanía era tentación: a olerla, a palparla. A sentirla.

Ni tan siquiera empaqué. Vestí un blusón y los primeros pantalones que encontré en el armario donde había ido dejando ropa. Bolso en mano, y sin mediar palabra de explicación, marché con el firme propósito de no regresar.

Y así lo hice.

Hasta el presente. Transcurrido tiempo y amagos de relaciones, retornaba sin poder olvidarla. Añorándola y ansiándola.

Repasas los clavos envejecidos blasonando la madera barnizada. Resina ensalzando su cobriza tonalidad. Como a ella el sol. Acercas los dedos a la aldaba. Sientes pasos. Un buche de aprensión llenándote la boca: hiel el miedo. Dudas. Retrocedes.

Suspiras.

Retornas al *jeep*, te acomodas en el asiento y cierras los párpados hinchados por la falta de sueño. Atropelladas sucedieron las horas a partir que la agencia telefoneó. Aceptaste la designación: volar al oeste de Puerto Rico para asistir en la recuperación de los daños ocasionados por el huracán. Los vientos y las inundaciones causaron considerables perjuicios. La historia se repite cada temporada. Año tras año las islas enfrentan algún ciclón. Recordatorio de que el paraíso tiene un alto costo. Turbulencia, vientos demoledores, lluvias torrenciales, ras de mar. Destrucción.

Y aquí estás a pesar de las dudas, el insufrible calor, y el insomnio.

Presa de vacilación. Ambigüedad. Deleite. Fogosidad. Por el

ardor caribeño. El brío de su gente ante la vida. La cadencia de sus cuerpos. Su espontaneidad. Alejada de esos deleites desde finales del verano pasado. Tiempo suspendido. Tal el relicario que te pende del cuello: pieza antigua de forma oval con un ópalo negro engarzado en plata con marquesitas, en cuyo interior encierras su foto. Luminosidad. Su rostro exuda la pasión del momento en que la tomaste.

El aterrizar en San Juan entrada la noche no permitió que percibieras el abrazo del mar. Azul añil circundando la isla. Matiz que te injerta a la infancia.

Añil el agua con que mamá blanqueaba las camisas de papá rumbeando, las sábanas coreando secretos, los manteles alardeando bordados, las batas de hilo siguiendo los compases desde las tendederas bajo la brisa, perfumada de jazmín y alhelíes, meciéndose al mediodía.

Mediodía: vértigo en los cuartos a la hora sagrada de la siesta.

¡A recholatear!

Llamado de la siesta caribeña. Deleite sin par. Ronroneo ludiendo las paredes, debajo de los mosquiteros, tras las persianas, por los rincones. Jadeo bajo sábanas, cuerpos enlazados, bocas sobre bocas, pelvis contra pelvis. Sexo restregando, penetrando, frotando, acariciando sexo. El sol filtrado por entre las sombrillas de los frondosos árboles lame, ambarino y fragante, los lechos, los escondites de la lujuria.

Plenitud la siesta abrigada entre sus brazos.

Bulles al pensar su aliento velándote la piel. Sus dedos atolondrándote. Sus labios en los tuyos, elevándote a la embriaguez.

Por qué coño me fui de aquí, de esta isla paradisíaca con gente tan hermosa. De ella. ¿Qué me llevó a abandonarlo todo? ¿Dónde estará? ¿Seguirá aquí? ¿Por qué huir para al cabo del tiempo volver con esta sensación de haber dejado pasar lo mejor de mi vida? ¿Sería ella la que colaba el café? ¿Habrá vendido la hacienda? ¿Y si no es ella, quién responderá a la puerta? ¿Y si es ella y me la tira de golpe en la cara? ¿Por qué he perdido tanto tiempo para

recapacitar?

¡Qué manera de echarlo a perder!

¿Es necesario iniciar este diálogo?

Te pasas la vida suprimiéndome, ahogándome con tanto análisis.

Es esencial...

¿Complicarlo todo?

Imprescindible reflexionar...

Lo importante es vivir.

Me haces la vida cuadritos.

¿Vas a actuar por fin?

En esas estoy.

Te aterra.

¿Qué?

Comprometerte.

Me disgustan las presiones: de haber sucumbido a esa exigencia suya de oficializar nuestra relación, ahora estaría controlándome la vida.

Excusas, excusas, excusas...

¿De qué lado estás?

Allá tú, el tiempo corre y la hora final se acerca.

Y si lo dejara al azar. Qué sucedería si nos encontráramos en alguna playa de Fajardo, de compras por el Condado, en una barra cualquiera de la Calle del Cristo. Lo más seguro es que ni me reconozca. A lo mejor se casó, anhelaba tener hijos. De cualquier modo estoy aquí: llamaré a la puerta. Si cuestiona el motivo, puedo decirle que estoy llevando a cabo una labor profesional. La hacienda está dentro de la zona impactada por el ciclón. ¿Habría sufrido daños? La casa parece estar en perfectas condiciones, pero a lo mejor el cafetal.

¡Qué maravilla de lugar! Despuntaba el día la primera vez que lo visitamos, la niebla le daba un aire de fábula. Llegamos aquí de casualidad.

No hay casualidades. Ya lo sabes, no te dejes confundir. ¿Por qué lo complicas todo?

Bueno, bueno. Dame una tregua. Acaso no tengo suficiente con el trabajo para soportarte rememorando algo cancelado.

Si así fuera, no contemplarías cómo regresar.

Y si me dejaras tranquila, a lo mejor actuaría.

Pues avívate...

Me estás torturando desde que me obligaste a salir de la cama.

Lo único que hice fue llamarte la atención para que no pierdas más tiempo... Si te rechaza, por lo menos te queda la tranquilidad de que hiciste lo posible por recuperar/a. No te retires sin intentar. No seas cobarde.

Aquí estoy; tanto andar para terminar donde siempre he querido estar. A partir del momento que sentí sus ojos quemándome. Su candor al confesar que me amaba. ¿Y si ya no me ama? ¡No!, no voy a comenzar de nuevo. Voy a por todo.

Rompe el día. Brillante. Caluroso. El cielo despejado. Ligera la brisa.

Retumba el motor de una camioneta remontando el atajo nacido en la carretera que bordea la montaña —precipicios culebreando el camino—. El sonido avanza sendero adentro, ingresa por las ventanas de la hacienda y despierta a la Mujer que dormita en un amplio lecho. Sola. Sin ropas. Despereza, sacude la larga, lacia melena castaño oscuro; tantea el piso con los pies. Desnuda se acoda en el alféizar enmarcado de flores. Otea el exterior.

Paralelo al portón que da acceso a su pequeño cafetal se detiene un Cherokee color plata. La Chofer: una cuarentona vestida con vaqueros, camisa blanca y botas, desciende. Una gorra negra cubre los oscuros, rizados cabellos; sobre la visera se distingue un arco iris.

Inmóvil, la Mujer parpadea segundos antes que abra el armario, calce sandalias, vista una bata blanca y ande hacia la cocina entonando una habanera:

... uno se despierta insensiblemente de pequeñas cosas

lo mismo que un árbol en tiempo de otoño se queda sin hojas^[11]...

Cedro y lavanda difundidos por la habitación.

De pie junto al jeep, la Chofer respira profundo y observa el entorno antes de moverse hacia la casa. Destacan los cafetos ostentando sus frutos entre la profusa y variada vegetación.

En la cocina, la Mujer muele café en un molinillo de mano. Mezcla agua con azúcar en un cazo de metal que pone al fuego; tan pronto hierve el agua, añade el café. Revuelve. Espuma marrón vertida en la manga, lenta cuela la infusión al tazón de cristal.

Frente a la puerta, la Chofer olfatea con fruición el aroma de café. Eleva los ojos aclimatándose al paisaje, repasa el sólido entramado de la puerta. Mete una mano por debajo de la gorra. Sonríe al leer la leyenda en el dintel, masculla algunas palabras antes de prender un cigarrillo. Da la vuelta y regresa al jeep. Sube, enciende el motor y el aire acondicionado. Se arrellana. Ensimismada enfoca el paisaje. Medita.

La Mujer ajusta la silla de manera que al sentarse puede contemplar el patio. Se acomoda. Paladea del café.

... uno vuelve siempre a los viejos sitios donde amó la vida^[12]...

Transcurre un rato, ambas se repiten: tema con variaciones. Suavemente modula la Mujer caminando hasta el dormitorio. Abre la gaveta superior de la cómoda y desenrolla una cinta de seda color oro con la cual se ata el cabello:

*... porque fuiste en mi alma como un amanecer,
porque así es que tenía que ser*^[13]...

La Chofer entra al portal. Minutos más tarde, ambas retornan sus posiciones: una en la cocina, la otra en el asiento del Cherokee.

Por vez tercera, la Chofer cruza el portón. Anda por el sendero hasta pararse junto al jambaje; oscila, busca sostén antes de agarrar el aldabón. Golpea la puerta.

Aturdida, la Mujer canta:

... sólo sé que en la vida es preciso saber esperar y callar^[14]...

Colmada la taza; con ella en mano guía sus pasos a la puerta. A punto de estallar, enrojecen las mejillas de la Chofer al escuchar el taconeo sobre las losas. Y la canción:

... para al cabo alcanzar lo que siempre anheló el corazón^[15]...

Sin abrir la mirilla:

... tu cariño me ha traído un algo, un no sé qué^[16]...

La Mujer descorre el cerrojo. Estremecimiento. Bajo el medio punto, despacio la puerta se entreabre.

Rubor caoba enmarcándola.

Nos miramos...

Sunny Isles Beach, marzo de 2002

Notas

[1] *Come, honey!* (N. del T.). < <

[2] En español en el original. (N. del T.). < <

[3] *Tomorrow night, honey.* (N. del T.). < <

[4] *Prickshake*. (N. del T.). < <

[5] *The american slurp-sucking*. (N. del T.). < <

[6] *Butt-fucking her!*. (N. del T.). < <

[7] *Another prick on the wall.* (N. del T.). < <

[8] *Hungary? Hungary?... Yes, hungry*

I'm

. (N. del T.). < <

[9] *Cuba? Cuba?... No, cariño. España, Spain.* (N. del T.). < <

[10] José Lezama Lima, «Noche insular: jardines invisibles», de *Enemigo rumor* (1941). < <

[11] *Las simples cosas*, canción de C. Icella/A. Tejada Gómez. < <

[12] Ibid. < <

[13] *Lo que tenía que ser*, V. de Moraes/A. C. Jobim. < <

[14] *No te importe saber*, René Touzet. < <

[15] Ibid. < <

[16] Ibid. < <